

José Jiménez Lozano



Retorno de un cruzado

EE
ENCUENTRO

LITERATURA

A los lectores

Esta colección está dirigida a aquellos lectores curiosos y atrevidos que anhelan encontrar una historia hermosa, un drama que revele algo de nosotros mismos o una percepción más aguda del misterio del hombre y del universo. Quien abre un libro espera que se le descubra algo más sobre el mundo y sobre su posición en él. De otro modo sería incomprensible que siguiésemos acercándonos a los libros, cuando la lectura es uno de los gestos del hombre más gratuitos e innecesarios. Como decía Flannery O'Connor, una buena pieza literaria lo es porque tras su lectura notamos que nos ha sucedido algo.

La colección Literatura de Ediciones Encuentro ofrece obras que permitan sentir con mayor urgencia el anhelo de un significado y la experiencia de la belleza. Textos en los que la razón se abre y el afecto se conmueve. Piezas teatrales, poemas, narraciones y ensayos en los que andar por otros mundos, abrazar otras vidas, espiar la hermosura de las cosas, y participar en la experiencia dramática que despierta un hecho escandaloso en la historia, el de Dios hecho hombre.

Guadalupe Arbona Abascal
Directora de la colección Literatura

José Jiménez Lozano

RETORNO DE UN CRUZADO

Posfacio de Guadalupe Arbona Abascal



© 2013

José Jiménez Lozano

y

Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta:

o3, s.l. —www.o3com.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-241-4

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.^a —28043 Madrid

Tel. 902 999 689

www.ediciones-encuentro.es

«Debemos recordar ante todo, como punto esencial, un hecho simple y evidente: que en aquella época el hombre era aún ‘medida de todas las cosas’».

(Las Cruzadas, ZOÉ OLDENBOURG)

«El gran impacto que nos causan las épocas pasadas y las fuerzas que se manifestaban no proviene de la afinidad que ellas podrían tener con nosotros, sino de su ‘ingenuidad’; es decir, de su tranquila seguridad de tener razón».

*(Juicio sobre la historia y los historiadores,
JAKOB BURCKHARDT)*

I

Historias de tío Pedro

Era al tío Pedro, el hermano de nuestra madre y de nuestra tía Lisa, a quien mi hermana Lisa y yo habíamos oído contar cosas de la guerra, desde cuando llegó a casa al final de ella, sano y salvo como suele decirse, pero ya roído del mal que le llevó a la tumba unos años después, cuando andaba acabando la treintena. Aunque, según los médicos y los repetidos análisis clínicos que no encontraban ningún desarreglo en la armonía y fortaleza del cuerpo, no era ningún mal determinado el que tenía tío Pedro, y tampoco era una melancolía o desgana de vivir, sino que ya no acertaba a hacerlo, como si hubiera probado de antemano cada bocado de este mundo, supiera a qué sabía y no encontrara ya razón para volver a probar, ni mordisquear siquiera, ninguna cosa más por la cual tuviera todavía que levantarse de la cama, o salir de la casa y de su huerto o jardín.

—Es que ya no es mi tiempo —decía—. ¿Acaso en agosto hay ahora haces de oro en las eras, y en febrero hojuelas? ¿Se oye acaso ahora el Ángelus de la mañana, del mediodía y del atardecer, que nos recordaba que el mundo y nosotros íbamos a algún sitio, y podíamos pisar fuerte en el camino?

Pero ¿qué podríamos contestarle nosotros? Nada, no sabíamos qué decir, y preguntábamos:

—¿Y ése es el Ángel de la Guarda, tío Pedro?

Y nos contestó que era algo así, pero que se llamaba el Ángel de la Historia, y un día le había visto él sentado y llorando, tapándose la cara con las manos, y aunque él, tío Pedro, se había acercado para consolarle, el Ángel le dijo que no podía, porque se había roto el eje del mundo y no podía arreglarse.

—¡Con lo bonita que era la esfera aquella que era la tierra entera y se la podía hacer girar con un dedo! ¿Os acordáis?

Nosotros dijimos que sí, pero que no habíamos visto nunca a un Ángel llorando junto a ella.

—Tampoco habéis visto lo enrojecida de sangre que está esa esfera en algunas partes. Ni Dios quiera que la veáis nunca, y no podáis ver partido el eje del mundo, ni al Ángel desconsolado.

Pero, al principio sobre todo, no le entendíamos muchas cosas a tío Pedro, y entonces nos poníamos a jugar al escondite o a las canicas, o a contar las estrellas más grandes y relucientes por las noches, o a jugar con lo que tomáramos como juguete; pero aquellas cosas nos quedaban dentro y luego, a lo mejor, las entendíamos. Aunque no sabíamos cuándo era «luego» y «más tarde» o «más adelante» que tío Pedro decía, y a lo mejor lo

decía porque durante mucho tiempo no le habíamos visto y a lo mejor creía que pronto no le volveríamos a ver, según nos daban que pensar, a tía Lisa y a nosotros, las cosas que decía mamá, como si tío Pedro se fuese a ir a otra guerra o quién sabía dónde, porque todas eran preguntas, interpretaciones y comentarios, como cuando llegó desde el frente y luego le sacaron de la cárcel donde estuvo detenido al final de esa guerra, y también cuando se fue y volvió de otra guerra más lejana. Pero realmente, hasta cuando estuvo muy enfermo y parecía que iba a morir, siempre mostró de todas formas sus deseos de vivir como si nada le hubiera ocurrido en especial y acabase de llegar al mundo, y luego explicaba lo que verdaderamente le había sucedido:

—No me ha pasado nada. Es que ya no es mi tiempo, y a veces quiero irme —repetía.

—¿Y por qué no iba a ser su tiempo? —nos decíamos por lo bajo Lisa y yo.

Pero no preguntábamos.

Cuando la guerra estalló en España entera, tío Pedro fue enrolado en una unidad militar que estuvo dando vueltas e idas y venidas desde la Ceca a la Meca, y al final fue destinada bastante cerca del pueblo donde vivieron los abuelos, los padres de su madre, y luego fue nuestra casa. De manera que fue él quien llegó el primero a aquella casa, y en mucho tiempo también el único, porque nuestra madre y tía Lisa, su hermana, se habían quedado en Madrid con mi hermana Lisa y conmigo, y sin saber él de nosotros ni nosotros de él estuvimos como dos años o más tiempo todavía, y nos dijeron luego que, un día, su hermana, nuestra tía Lisa, se había presentado allí en aquel frente muerto, donde estaba tío Pedro a finales del invierno último, para asegurarle que, a ellos, no les había ocurrido nada en Madrid, aunque ninguno podía explicarse cómo mamá y Lisa mi hermana y tía Lisa habían podido pervivir hasta sin caer enfermas, y pese a que a veces las faltara comida; y, sin embargo, eso era lo que había sucedido. Pero de él, de tío Pedro, se oyó un día que le habían declarado enemigo del pueblo, porque entonces había muchos enemigos de todo y de todos, que se llamaban enemigos del pueblo o de la paz o de la patria, y ya le estaban buscando, y más pronto o más tarde aquella calma o paz chicha de frente muerto, en el que tío Pedro estaba enredado, podía recalentarse y darían con él unos u otros; de manera que alguien tenía que ir a advertirle y, si podía, ayudarle para que se escondiera o se refugiara en un consulado o embajada, o en cualquiera otra clase de representación diplomática o comercial que pudiera sacarle del país, aunque fuera en un barril de sardinas arenques, o en un tren de carbón o de ganado mismo para el matadero, pero de cuyo vagón se pudiera saltar a tiempo, y no se quedase atrapado según estaba ahora, como en una ratonera. Porque aquí dentro de España todo era como una gran trampa o liga de cazar personas, y, como poco, aunque te escapases de ellas y de la muerte, te sacaban a tiras la carne viva del cuerpo y la del alma.

Un día, estando él recién llegado a aquel frente muerto, habían venido los del comité del pueblo a la puerta de nuestra casa a la que a tío Pedro le habían llevado a vivir precisamente como médico, porque le habían nombrado para ese oficio y menester en el pequeño destacamento y para todos los habitantes de aquellos pueblos, y, cuando él les había asegurado que tenía los cursos de la carrera pero no tenía el título de médico, se le habían echado a reír en la cara, porque lo que ellos querían no era un título, sino alguien

que supiera curar a un herido de guerra o de reyerta de taberna o calle, o de la enfermedad que tuviese, y eso lo había demostrado ya desde el primer momento en que había llegado destinado allí. Así que le llamaban «Lodares el estudiante», y les parecía el mejor médico del mundo.

Y, un día de tantos, luego, cuando ya llevaba allí bastante tiempo, y estaba curando a unos heridos que tenía instalados en una habitación del segundo piso, le llamaron a voces desde la puerta de la calle, bajó rápidamente y comprobó que se trataba de que le traían otro herido más y, viendo su estado, decidió llevarle en el coche que hacía de ambulancia hasta el puesto de socorro militar más cercano, en cuanto él le hiciese una primera cura; pero «el Responsable» o mayor autoridad civil y militar, como comisario político del contorno que era, dispuso que, si el herido no estaba grave según parecía, podía dejarle también en la casa a su cuidado; y esta vez podía llamar, para ayudarlo, a un par de compañeras de entre las artistas de teatro que llevaban por allí, en el pueblo y sus alrededores, cuatro o seis días. Y así se hizo, y se encontró con buena sorpresa tío Pedro, cuando se percató de que entre aquellas actrices andariegas estaba Lisa; aunque, al reconocerse, se obligaron el uno al otro, en su primera mirada, a aparecer ante los demás como desconocidos.

Luego le dijeron que Lisa había llegado hasta allí, arrimándose a unos estudiantes titiriteros o comediantes que hacían teatro por estas tierras, como lo habían hecho en la Sierra de Madrid hacía algunos años; y ella se había presentado como una actriz de una familia de actores ambulantes por los pueblos. Y ahora era ayudante de la directora, y se la había encomendado copiar las adaptaciones de las obras de teatro que un comisario especial realizaba para la educación política del pueblo, de manera que, como en una obra que iban a representar salía una sepultura de mármol en la que estaba uno de los dos amantes cuyo amor habían impedido sus familias, el adaptador de la obra explicaba a Lisa y a sus compañeros que, antes de aquella guerra y desde siempre, se hacían estos sepulcros y, aunque no pusieran estatuas, lo que sí hacían siempre los señores que tenían dineros era registrar e inscribir, junto a los nombres de los muertos y sus títulos, también la propiedad de aquel terreno de los señores para toda la vida de los vivos, y sobre las tumbas de tierra de los pobres nada se escribía, sino su nombre, que se ponía en una cruz de hierro o de palo y la escritura se borraba enseguida, porque era para toda la muerte de los muertos pobres.

Y que, desde luego, lo que hacía falta en este país eran terrenos comunales para tumbas iguales, y que no sólo había que enterrar cadáveres sino descubrir o desenterrar vidas enteras, que a veces tenían tesoros escondidos, y casi siempre estaban más en las tumbas que en las vidas, si se sabía escarbar como debía escarbarse en las tumbas y en las vidas.

De repente pareció a todos que el estudiante Lodares había empalidecido entonces, y las mujeres de los títeres le preguntaron por qué. ¿Acaso no había visto la guerra y todavía le daban miedo los muertos? Pero él contestó que no, y que, aunque en esta comarca no había sonado un tiro y no se había visto un muerto, sí había visto montones de cadáveres antiguos, que, en medio de la paz y la tranquilidad, eran solamente

cadáveres, y no, como en la lucha, que son como el mobiliario de ella y la sombra de cada uno de los que combaten. Era un descubrimiento que había hecho.

—Él —siguió diciendo tío Pedro— había visto representar comedias en las que era el encargado de tirar de unas cuerdas, atadas como a marionetas a unas calaveras y a los otros huesos, sacados del sepulcro de un hidalgo y sus mujeres o hijos e hijas, que ya tenían trescientos años, para que girando sobre tornillos se riesen, o sus dientes castañeteasen de miedo si eso entraba en la comedia. Y, si no hubiera visto y oído arrastrar por el suelo esas calaveras para llevarlas de un lugar a otro en el que se necesitaban, nunca jamás podría haberme ni imaginado el sonido que hacen las cabezas huecas de los españoles, al rodar sobre el empedrado de la plaza o en las losas de la iglesia donde se representaban los títeres o las comedias.

Hizo un silencio, y preguntó a aquella desconocida artista de teatro popular que él sabía muy bien quién era:

—¿Y tú?

Pero ella no le contestó nada entonces, y sólo cuando estuvieron a solas le dijo:

—Yo he besado en la frente a un muerto, que ni sabíamos cómo se llamaba sino «El Héroe» solamente, al que le habían matado en el frente, y una tarde de noviembre, con el sol ya caído entre nubarrones de sangre, todas las gentes del pueblo, y los chicos y las chicas de los institutos y las escuelas, con sus profesores y maestros, fuimos a ofrecerle rosas rojas y a darle un beso en la frente, antes de llevarle al cementerio, y era como si besaras mármol, hierro frío, o el brocal del pozo helado, en el mes de enero.

—¿Y tú adónde ibas viendo arrastrar calaveras como calabazas huecas, como hacen los mejicanos el día de los muertos? —preguntó otra de las artistas.

—Pero yo no la pude contestar muy a derechas —nos explicó luego tío Pedro—, porque nosotros no íbamos a ninguna parte con las calaveras, sino al lugar donde habían mandado amontonarlas. Y luego estaban los que las arreglaban, las hacían un cuerpo de palo y las ponían los vestidos de los personajes que querían representar, y que casi siempre eran el cura y los novios en una boda, porque ésta era una representación que gustaba mucho.

Aunque decía también que había representaciones de entierros con cura y cantores de responsos burlescos y, al final de éstos, venían los machacadores de calaveras y otros huesos descoyuntados a triturarlos con un azadón o un apisonador de piedras en las calles y los caminos; porque tal era el final de la diversión de cada día: la de los chicos y la de los grandes.

Y luego nos decía a nosotros:

—Como si todos hubieran leído el Tratado de oración del Padre Granada y estuvieran representando la escena del enterrador apisonando tierra y machacando con la azada una calavera que podía ser la de Alejandro el Grande, según decía el libro. Y ¿os acordáis cuando nos lo leía la abuela? —dijo tío Pedro a Lisa y a mamá un día.

—¡Déjalo, déjalo! No nos recuerdes esas cosas, aunque entonces nos parecían como un cuento muy bonito, porque nos parecía que no eran, ni podían ser verdad. Pero no se lo contarás a los niños ¿verdad? —dice tío Pedro que le previno mamá.

Pero tío Pedro respondió tan tranquilo que ya nos había leído él ese pasaje, y que no nos iba a pasar nada porque supiéramos que Alejandro el Grande tenía una calavera, y menos en un país como éste, donde siempre se veían tantas, pintadas en los cuadros de los santos y hasta en una chapa en los palos de la conducción eléctrica. Y nos dijo luego, a nosotros, que, no sólo un día ni dos sino muchos, tenía que hacer ver a los que estaban o habían estado con tanto ahínco y esperanzas metidos hasta las cejas en aquellos infiernos de la guerra que con esta máquina de hacer muertos en ella, y luego la de hacer morir de nuevo a los muertos, España se iba haciendo cada vez más negra, triste y espaciosa, y llena de corrales como grandes hueseras, como si fuera el gran osario del mundo, y que, si nuestros esqueletos fueran de marfil como los colmillos de los elefantes, tendríamos de nuevo un Imperio y volveríamos a ser los dueños absolutos del mundo, y mucho más ricos que entonces.

—El pueblo tendría más dinero que todos los Bancos del mundo juntos, querrás decir, compañero —había concluido un miliciano de todo lo que tío Pedro había dicho.

Y él había añadido entonces:

—El pueblo tendría un Imperio, quise decir naturalmente, compañero. Eso ni hace falta preguntarlo. Pero ¡figúrate tú la cantidad de marfil que habría para hacer cucharas y palillos de dientes y, además, exportar al extranjero, después de esta guerra! Pues eso es lo que harán un día los talentos españoles.

Porque se decía tanto y en todas partes esto de los talentos españoles que parecía que sobraban en uno y otro bando, y luego se repartían en las conversaciones y gustaba mucho, pero sin que a nadie le hiciera especial mención el asunto, como si estuviera convencido de antemano de que en España, ni en la paz ni en la guerra, no significaban nada ni servían para nada esos talentos.

Lisa y sus compañeros estuvieron allí pocos días, pero durante ellos tío Pedro pudo hablarla a solas, dando a entender a los demás que se habían hecho novios, o hasta que eran amantes que se habían reencontrado, y Lisa le explicó el plan que tenía para que él se pasase al otro lado, aunque no con ella, porque Lisa no nos podía dejar solos tanto tiempo a mamá y a la pequeña Lisa y a mí, allí en Madrid. Pero, en cuanto el plan que traía comenzase a funcionar, volvería ella allí rápidamente para también hacer otro plan para sobrevivir más adelante, que era mucho más difícil.

Porque el plan para tío Pedro era simple y perfecto, y no tenía complicación ninguna; consistía en pasar de mano en mano, de cómplices seguros a cómplices seguros, todos ellos comprados, no por las simpatías o los fanatismos políticos, sino con dineros contantes y sonantes y con la promesa garantizada de más dineros, en cuanto se realizara el pase hasta dar en la otra zona; y, naturalmente, por el atajo mismo por el que transitaban las recomendaciones y salvoconductos para pasar al otro bando las patatas, el chocolate, el tabaco y las chicas del burdel.

—Pero ¿es que no está controlado ese atajo? —preguntó tío Pedro.

—No hay poder que controle mil atajos, y a cada hora nuevos. Precisamente por eso, todo es tan seguro —dijo Lisa.

El guía de la zona donde se encontraban era un miliciano, antiguo mozo de botica y

traficante en lo que saliese y se terciara, y había llevado años enteros pasando ilegalmente mercancías en el Pirineo, y este oficio de «guía de paso», como le habían llamado y le llamaban, le parecía el mejor del mundo y siempre había dicho que no lo cambiaría por nada; y el guía de la otra zona había sido un viajante de comercio y también aprendiz y oficial con un maestro platero, cuñado de aquel mozo de botica, con el que llevaba años negociando, primero entre la frontera aragonesa y catalana con Francia y luego entre los dos bandos allí donde hubiese una raya entre ellos, cualquier cosa que necesitasen o de la que tuviesen capricho los unos y los otros. Ellos dos se atenían a una sola condición, que era la de que aquellos con los que hacían los tratos y el negocio no abrieran la boca sino el bolsillo, y no para sacar de él dineros, sino oro o plata, piedras preciosas o marfil, que en cuanto se hacía sentir el miedo a la muerte, corrían por ahí a chorros en los mercadillos a escondidas, y también se encontraban en las iglesias y los cementerios, que nunca podría haberse imaginado nadie que hubiera tantos tesoros entre los santos ni tampoco enterrados con los muertos. Así que nada de vales de un comité del Ribagorza ni billetes de Madrid o de Burgos. Al menos de momento. Aunque, vistas las cosas como iban, algunas veces convenía pedir billetes de Burgos, como aconsejaba otro cuñado de ellos que tenía buenas agarraderas en todas partes, y se le enganchaban los dineros en los dedos, y los olía aunque estuviesen en un pozo como otros adivinan los tesoros que dicen que se encuentran en los mares más profundos.

Pero luego tío Pedro y quienes con él se pasaron comprendieron que aquellos cuñados y concuñados eran individuos que hacían muy bien el papel de chalanes, y lo eran; pero sólo lo eran como mano de obra servil y barata de un tercero, muy por encima de ellos y cuyo nombre se desconocía, y solamente se sabía que vivía en Francia y pasaba cada día la frontera por todos los pasos posibles, y a veces inimaginables, para llevar de cerca el control del negocio de sus cachicanes y hasta de sus comisarios y fabricantes de salvoconductos, en este paso y otros muchos, porque las guerras levantan fronteras de acero, pero los ratones y los Grandes Jefes de estas tribus de los pases y de la noche saben muy bien los rodeos que se necesitan dar. Y había rumores de que este Gran Jefe de sus mandados de uno y otro bando, y que siempre ganaría, ganase quien ganase la guerra, no era ni español siquiera. Aunque tampoco era, desde luego, como los extranjeros que habían venido a la guerra de España fascinados como pájaro por serpiente, o como persiguiendo a una Perseida, o a blanquear sus huesos en esta tierra prometida. O como enviados a perder la guerra como todos los españoles de un lado y del otro la iban a perder, según predecía todos los días la santera de aquella ermitilla que recientemente habían arrasado como casi siempre y porque sí, y tío Pedro recordaba tantas veces porque debió de impresionarle lo que allí había sucedido.

Habían respetado el edificio, pero por dentro se habían dedicado a dejar las cuatro paredes lisas y blancas, en las que solamente quedaba una señal de un blancor más vivo que el del muro que guardaba la silueta de una cruz, o de un retablillo o un cuadro colgados, y luego había un montón no muy grande de maderas y escayolas en medio de aquella iglesita, y unos dos o tres bancos y reclinatorios medio astillados. Y, cuando tío

Pedro se dirigió allí a los gritos de la santera, llegó a ver todavía cómo uno de los que habían provocado el destrozo, y que llamaban «el Indio», perseguía a aquella mujer hasta que la dio alcance y la arrancó del seno la cabeza hermosísima de una virgencita gótica, que cayó al suelo y a la que aquel hombre comenzó a dar puntapiés como a un balón para evitar que la mujer volviera a recogerla, y entonces tío Pedro le dijo:

—¿Es que necesitas destruir todo a tu paso? ¿También esta hermosura?

—Sí —dijo él secamente.

Tío Pedro recogió del suelo aquel maravilloso rostro, y dijo:

—Ni sabes lo que haces. ¿No ves lo hermosa que es? Por la belleza de Helena hicieron la guerra los griegos, y tú sólo sabes dar patadas, compañero.

—Pues ya me lo explicarás tú, y muy bien explicado, lo de esa guerra que se hizo por una mujer, y otras muchas cosas que tienes que explicar, porque a veces parece que es que te estás riendo de todo. Aunque yo te haya defendido siempre, siquiera sea por el remiendo que me hiciste en el estómago cuando me hirieron.

Quien así le hablaba se llamaba Abilio Alomar, aunque todos le llamaran «el Indio», porque había estado en América como muchos gallegos pobres, y allí se había hecho barbero, y ahora andaba pregonando aquí que había ingresado en un «liberatorio de barberos» en estas tierras. Y tío Pedro le contestó que él le explicaría lo que quisiese, pero, a cambio, Alomar tendría que explicarle también a él lo del liberatorio de barberos, porque no lo acababa de entender.

—Es mejor que, cuando te afeites, se lo preguntes al barbero que te esté afeitando, que ya sabes que los barberos damos siempre muchas noticias y explicaciones cuando afeitamos a la clientela —le respondió Alomar.

—Yo siempre me he afeitado solo y por mí mismo, y no lo sé.

—Pues has de saber, compañero, que eso que haces no nos da trabajo a los barberos que estamos haciendo la revolución.

—Pues con la navaja en la mano, «ultima ratio». O sea que la navaja es una última razón que convence a cualquiera, y no esperaréis que nadie os lleve la contraria ¿verdad? Y por eso un afilador que iba por mi casa decía que afilaba cuchillos y razones —contestó tío Pedro.

Pero el barbero pareció conforme y convencido con esta contestación, e incluso se sonrió, porque a lo mejor no la oyó bien, o le gustó lo que tío Pedro le había dicho, y porque, además, había un latinajo, y el latín impresionaba mucho a la gente desde siempre, incluso si ahora muchos le tenían inquina porque le confundían con los curas y llamaban a éstos «la raza latina». Pero de todas maneras el latín era el latín, y Alomar concluyó diciendo que a lo mejor también les enseñaban a hablar hasta en latín en el liberatorio de barberos, cuando todos fueran iguales.

Luego hizo un silencio, miró a tío Pedro y dijo contundentemente.

—Porque al liberatorio se obligará a ir a aprender a todo el mundo, quiera o no quiera.

—Ni más ni menos. Esto es lo que tú contabas que decían los galanes de Oleza de antaño: «O te rindes a mi amor, o te rompo el espinazo»—intervino tía Lisa, sonriéndose, al oír contar a tío Pedro lo del liberatorio de barberos.

—Pero no te rías, Lisa, que éstas son las razones y sinrazones españolas, y no hay otras —dijo tío Pedro—. Y hasta puede que un día nazcan españolitos sin espinazo como los gusanos, o de espaldas flexibles como tenían en Versalles y no necesiten ni siquiera esas razones —contestó tío Pedro entonces.

—Pues puede ser, puede ser —dijeron mamá y tía Lisa, la una tras la otra. Pero el afilador debía de ser un genio.

Hizo un silencio tío Pedro, luego se sonrió él también un poco, y al fin continuó diciendo:

—No sé por qué, pero me parece que ya estamos en el liberatorio de barberos de Alomar, y todos los españoles barberos somos y con la navaja en la mano razonamos, ¿no os parece a vosotras también? —dijo a tía Lisa y a mamá.

Y éstas no contestaron, aunque siempre discutían con tío Pedro cuando las parecía que decía algunas cosas delante de nosotros que no debía decir, porque temían ellas que luego nosotros las contásemos en la calle o las dijésemos en el colegio, porque no se sabía si iban a caer de pie y muy bien o, por el contrario, iban a ofender a alguien. Porque la gente se estaba haciendo como de vidrio o de cristal, y cualquier cosita la rayaba y ofendía.

—Pues que digan que se las he enseñado yo, que he estado en más de una Cruzada, y ya estoy herrando al caballo para ir a la siguiente. ¿O es que en el colegio ahora ya no os hablan de las Cruzadas ni tampoco de Lepanto?

—Sí, pero no. Ya no es lo mismo —dijo tía Lisa—. Los profes ya han viajado y van siendo más modernos.

—Pues todavía veo que vuestro colegio va a llamarse, cualquier día, Colegio de San Rousseau, y entonces os van a envolver en tantas dosis de bondad más falsa que Judas que os volveréis imbéciles, o acabaréis rezumando un odio reconcomido contra medio mundo.

Pero, como vio que Lisa, mi hermana, y yo nos quedábamos muy parados y perplejos ante lo que nos estaba contando que podía pasarnos, nos dijo que no pusiéramos esa cara, porque no se podían tomar en serio todas las ocurrencias de este mundo, aunque no todas eran solamente necedades y juegos de manos, sino que, además de tontunas, había también maldad e iniquidades que todavía no habían entrado ni en los Institutos ni en los Colegios españoles cuando él estaba en Oleza, pero luego ya, enseguida, fueron invadidos y ocupados por los demonios como todo lo demás, y se necesitaban hasta ayunos y exorcismos para echarlos de allí, y que no acabasen carcomiendo lo que tocaban, según él mismo había leído no se acordaba dónde.

—Así que para echar a esos demonios de allí, de la enseñanza, se necesitan no una ni dos Cruzadas, sino ayuno y exorcismos, como os estoy diciendo.

—¿Y qué son los exorcismos, tío Pedro? —preguntamos mi hermana Lisa y yo.

—¿Cómo os lo diría yo? Pero ¿para qué iba a decíroslo precisamente ahora? ¡Vosotros tranquilos!

Pero otro día nos dijo que los exorcismos eran oraciones en latín muy serias y terribles para expulsar a los demonios en nombre de Dios de allí donde estuviesen; pero, como

resultaba que estos demonios eran muy modernos y no sabían latín, era mucho más difícil que entendiesen bien esas oraciones de los exorcismos, y entonces había que hacerles el exorcismo del silencio, porque estos demonios utilizaban mucho palabreo, y necesitaban estar palabreando día y noche sin parar.

II

El paso de frontera

Para tío Pedro las cosas habían estado bastante tranquilas desde el principio en aquel lugar al que le habían destinado, pero habían venido complicándose luego porque la paz en aquella región, con sus frentes muertos, había enloquecido o amodorrado las cabezas y podrido muchas cosas, y los corazones y las almas. Y el territorio aquel se iba convirtiendo en refugio de todos los que no querían ir a luchar contra el enemigo, sino que les gustaba matar a gusto y a capricho y sin que las víctimas se defendiesen, que era lo que pasaba siempre en todos los bandos cuando se pudrían.

Y el caso fue que, cuando Pedro Manuel Martín Lodaes llegó desde Madrid, con la carrera de medicina terminada hacía más de un año, el pueblo, como todos los de la región, había estado hasta hacía poco en poder de los que abominaban del poder, y tío Pedro llamaba, para sí mismo, «anti-hegelianos trágicos»; y, aunque se había restablecido una cierta normalidad, los tiempos de guerra y trastornos sociales nunca son seguros ni tranquilos. Y, cuando se presentó en una caballería a la puerta de su casa, la casa de su abuelo, comprobó que había sido convertida en hospital, y entró en ella como en un sueño, pero le recibieron con los brazos abiertos, aun sabiendo como sabían quién era, porque llevaban semanas o meses sin más médico que los de campaña que estaban a bastantes kilómetros de distancia y con trabajo a destajo. Y así habría de pasar allí bastante más de un año, durante el cual desempeñó su oficio médico como mitad realidad mitad soñando, pero le habían acompañado el acierto y el éxito e incluso el aprecio, hasta aquel día en que, viniendo de visitar a otros enfermos ya casi curados, o ya curados y que iban a ser devueltos al destacamento militar al que pertenecían, al llegar al umbral de la puerta de la casa, con la noche ya caída, ésta se abrió rápidamente antes de que él llamase, y apareció la mujer del antiguo casero que habían tenido en la casa hasta poco antes de la guerra, y, apenas se saludaron con el respiro de viejos conocidos, y no con el distante aire y gesto con los que se habían saludado cada día durante tantos meses, ella le dijo:

—Ve a la cuadra de dentro y espera allí a que Manuel, mi marido, te prepare el caballo para que escapes como puedas. Aquí, Pedrito, hijo, ya ha venido a buscarte algún forastero malnacido que no te quiere bien, y no tengo que decirte más. Da gracias que, ahora, has llegado de noche, y de noche ni nadie entra y sale de las casas, ni nadie abre una ventana para fisgar porque, si fisgas, puedes encontrarte con la muerte. ¿Tienes hambre?

—Sí, Marcela, tengo hambre.

—Pues en las alforjas te he puesto comida y agua. Corre prisa que te vayas, hijo.

Manuel irá contigo, y te dirá. Porque él tampoco está seguro. Ha venido gente nueva y malencarada, con malas intenciones.

Todo esto hablaban mientras se dirigían a la cuadra de más adentro de las tres que había, en la que, por cierto, le esperaba Manuel aunque no había ninguna caballería en ella, y aquél le dijo, enseguida, que éstas estaban al otro lado de la tapia del corral, y ellos tendrían que saltarla. Y de prisa.

—Suerte y que Dios te bendiga, hijo —dijo Marcela—. Aquí no nos oye nadie y puedo decirte en voz alta lo que siento.

Ni la cocina de la casa había visto esa noche tío Pedro, según nos dijo, y sólo de refilón había entrevisto la gran fogata encendida, que ya le pareció el resplandor de un sol saliente, pero enseguida había entrado en aquella otra noche de fuera, en cuanto salieron de las calles del pueblo a campo abierto, como se entra en el país de la fiebre o de las ensoñaciones, o entre los desfiladeros de la angustia, y no sabía por qué tierras o qué mares u océanos, o en qué alfombra mágica, o como si fuera llevado a la silla de la reina por dos ángeles, o qué desierto estaban atravesando, y constantemente estaba preguntando por ello, y le parecía que nadie respondía, hasta que sintió un poco más fuerte la punzada del escalofrío o golpe traicionero en la cintura que dan algunas noches frías, y entonces le pareció que la voz brotó como un murmullo, y oyó a Manuel que le contaba por menudo todo lo que había sucedido en los últimos días o semanas y no había podido contarle como ahora podía hacerlo, hablando claro y despacio, porque nadie podría acercarse sin que se sintiesen sus pisadas en el suelo de tierra ya endurecida por el hielo como un pavimento de piedra. Y lo primero fue explicarle que, si él, Manuel Colmenares, el viejo casero, estaba vivo y se había podido quedar en la casa de los Lodares, aunque la tenía que compartir con el Responsable de las milicias en el pueblo, su trabajo y Dios y ayuda le había costado, y luego más trabajo todavía conservarla, convenciendo a los compañeros más sensatos de que mejor sería no quemarla porque, no quemándola, serviría para algo. Aunque todo lo que había en ella se había repartido, las cuatro cosas que quedaban, tanto de ropa de cama o mesa como de vestidos, vasijas, tres cuadros de adorno, y algunos libros.

—¿Repartido? —preguntó tío Pedro.

—Es un decir, porque ya se sabe que quien parte bien reparte y se queda con la mejor parte; y el Luisón, que era el repartidor, como antes había sido un alcalde pedáneo mandón, se escogió el cuadro en el que estaban pintados unos señores un día de caza, y también se llevó un libro que luego dijeron que era una Biblia vieja y tenía algunos dibujos.

Pedro se sonrió, y dijo:

—Un aristócrata del Renacimiento ha resultado el Luisón. ¡Quién podría pensarlo!

—Yo no sé lo que quiere decir con esto, pero, si las cosas no salen como están pensadas y no podemos pasar al otro lado, tiene usted que ir olvidando esos decires de antes, y hablar como un compañero más, como hasta ahora ha hecho, y, sobre todo, con gente como el Luisón, que vendería a su padre; porque, si tenemos que volver a casa, a lo mejor ya no es tan fácil que podamos continuar haciendo algunos disimulos.

Y entonces le recordó lo bien que había resultado todo hasta entonces, desde que llegó de Madrid como médico movilizado; y prosiguió dándole algunos detalles más de las personas y de los sucedidos que no había podido contarle antes, porque ya sabía todo el mundo que en las guerras todo son oídos y todo oye por todas partes, y no sólo las paredes, sino el aire mismo oye, y luego lleva la noticia a los tuyos y a los contrarios, y donde acaba el mundo y nadie ha ido allí hasta entonces, pero también oye. Nadie se lo explica.

Y lo de ser un médico movilizado había resultado muy bien, pero también había habido una gran suerte, porque le podían haber enviado a otro frente no tan muerto y tranquilo como estaba éste. Y aquí se daba, además, el caso de que hasta a aquellos a los que menos gustaba su persona, porque les parecía que no era de los suyos ni de nadie, reconocían que habían estado bien asistidos por Lodares el estudiante. De manera que, ahora, lo que debía suceder era que cayeran bien los dos en la otra parte a la que iban a pasarse, porque este bando estaba ya ganando la guerra y allí también podrían resultar sospechosos de pasarse ya muy tarde y como un remedio para cambiar de camisa a tiempo.

Hablaron poco más, y tío Pedro dijo que ya sabía que, una vez pasado al otro bando, como no tenía más remedio que hacer, nadie podía asegurarle nada, y dijo a Manuel:

—Porque de ti, y de tu mujer y tus hijos saldrán fiadores mi madre y mi hermana, y la familia entera que encontremos viva al final de la guerra; pero en mi caso no podrá nadie hacer algo así, ni responder por mí aunque se empeñe, porque yo no soy de ningún color del mundo.

Y luego se preguntó a sí mismo y en voz alta como si Manuel pudiera contestarle:

—¿De qué color era la bala que mató a mi padre? ¿De qué bando venía? Pues bien puede pasarme a mí lo mismo ¿no?

Pero Manuel no dijo nada, y cayeron luego en un silencio grande al que, sin duda, favorecía el frío helador con el que la noche se despedía. Hasta que alguien les dio el alto, pero llamando a Manuel por su nombre, lo que quería decir que se trataba de uno de los cómplices ya prevenidos, que, a seguido, les entregó dos capotes militares ya muy usados y que parecían guardar el calor de mil cuerpos a los que antes habían protegido del frío; y notaron que, al ponérselos, les daban una gran calidez, desde luego, pero la extraña sensación también de como si ellos mismos los hubieran robado para un disfraz. Y ni las gracias pudieron dar a quien se los dio, porque como si ya se hubiera despedido a la vez que se los entregaba diciendo:

— ¡Salud y suerte, compañeros!

Aunque les advirtió, desde luego, que, en el alto que les diesen cuando ya se hubieran pasado y les preguntaran «Quién vive», dijeran «España», rápidamente y sin dudarlos, porque los centinelas de aquel bando, por lo menos en aquella parte por la que iban a pasarse, eran unos individuos muy escamados que no preguntaban dos veces ni andaban con contemplaciones con las equivocaciones o titubeos. Primero disparaban, por si acaso.

—¿Y tú? —preguntó Manuel a quien les había dado los capotes:

—¿Es que te quedas? Creía haber entendido que te venías con nosotros.

—Yo ya no tengo más remedio que quedarme, porque no sé si me dejarán vivir éstos o acabarán por matarme, pero los otros no tendrían más remedio que hacerlo, porque yo no podría defenderme, y esto suponiendo que esperaran a que yo hablase y explicase las cosas antes de liquidarme. Porque es que ya tengo hasta fama de lo que no quería, desde luego. Pero la tengo.

Y, dirigiéndose a Manuel, le aclaró que ya le había conocido tarde, y que, por eso, él no sabía nada de su vida, pero que, para cuando le conoció, ya estaba implicado en muchas andanzas y, aunque le dejaran hablar y contar las cosas, ya no podría convencer a nadie de lo que era la verdad y nada más que la verdad, como cuando se juraba en los juicios antiguos. Y que tío Pedro sabía mejor que nadie que él había sido durante todos estos años quien proveía de calaveras a los teatros y espectáculos de hacer bodas con aquellas, sostenidas en un palo, y luego vestidas como las vírgenes de las iglesias. Pero podía jurar, por lo más alto y por su madre, que él no había matado a nadie, aunque había hecho ciertas cosas con las calaveras que no podían ni contarse.

—¿Quién va a avalarme a mí, ni con los unos ni con los otros?

Pero de todos modos contó que, como Manuel bien sabía, él se llamaba Eustasio y a Manuel le había conocido haría como seis o siete meses atrás, cuando se acababa de escapar de una patrulla que quería fusilarle. Era el enterrador de un pueblo vecino, y se dijo que un grupo autónomo o un Comité forastero decidió que debía fusilársele juntamente con el cura, al que había hecho a veces de sacristán, así que, en cuanto oyeron el rumor, los dos habían escapado juntos, aunque el cura no había ido muy lejos, porque, según se decía por todas partes, él, Eustasio, le había denunciado durante la huida de los dos. Y estos decires, aunque fuesen mentira, le habían servido a él luego como salvoconducto y aval para sí mismo, primero, y luego le habían puesto en la cabeza como una corona de laurel de héroe informador y denunciante de enemigos, y con esa corona en su cabeza había vivido todo este tiempo pasado.

Y él no había denunciado al cura, insistía Eustasio, aunque nunca había desmentido que lo hubiera hecho, porque ese silencio era el que le salvaba, porque los que mandaban creían que era verdad que había denunciado al cura como les acababa de decir, pero nunca podría demostrar en el otro bando que no lo había denunciado y, menos, podría hacer creer que todas las calaveras que había llevado para los festivales no las había conseguido él, matando a la gente. Pero no podía demostrar nada, porque todo el mundo era ya como los que descubrieron al cura por sí mismos, y le mataron. Decían que eran de Madrid pero no se sabía si ellos mismos estaban ya entre los vivos o entre los muertos, porque había seres así en aquellos tiempos, y él los conocía y reconocía de lejos, de tantas veces que se había encontrado con ellos.

Y prosiguió contando, a seguido, que él llegó donde pudo en su huida, y donde llegó fue a un cementerio, porque siempre se llegaba a un cementerio entonces, porque España entera era como si fuese un gran camposanto y los españoles mismos que andaban por la calle eran todos como muertos a los que no les hubiera dado tierra nadie, ni nadie se la pudiera dar. Pero, como huía de unos y se encontraba a otros iguales, un día se paró ante

un montón de cadáveres que parecía que estaban durmiendo las mañanitas de abril, que son buenas de dormir; pero estaban junto al cementerio, y le entraron las ganas profesionales, y se puso a enterrarlos, de manera que, cuando llegó otra carga de muertos, apenas le saludaron entre dientes, y le dijeron luego bien clarito:

—Pues aquí te traemos más tarea, compañero.

Y cuando él, Eustasio el enterrador, levantó los ojos, lo que vio fue el camión de los muertos, y aupado ahora sobre ellos, y comiéndose un bocadillo, a este pobre tonto de su pueblo que ahora le acompañaba y que parecía un ser invisible, y por eso ellos ni habían notado su presencia hasta este momento, y el mismo Eustasio había tardado en notarla entonces, si no hubiera sido por las voces que daba, gritando lo que se alegraba de haberle encontrado allí en plena faena de su oficio e iba a ayudarle en la tarea de enterrar, porque ya sabía él, Eustasio, le dijo, que era lo que siempre le había gustado más que todo en este mundo.

Los milicianos rieron, y le preguntaron por qué le gustaba tanto enterrar muertos, y él les contestó que a ellos también les gustaría si no hubieran quemado la iglesia de su pueblo y hubieran podido ver aquella pintura que allí había, que era la de una Muerte ante una fosa abierta apoyándose en una pala, como descansando de la tarea, y riéndose.

—Y con toda la dentadura enterita. Era la santa que más me gustaba y también el oficio que yo quería tener —dijo el idiota.

Y lo decía riéndose, como si le hubiera tocado la lotería:

—¿Y de qué te ríes ahora? —le preguntó Eustasio.

Y entonces contestó aclarando que, como le habían fusilado mal dos veces, una en un bando y otra en otro, de vez en cuando se acordaba, como ahora mismo, de que siempre decían que, de todas maneras, los unos o los otros le iban a trincar, un día o al siguiente, y a él lo mismo le daba igual un poco antes que un poco después, pero que, si pensaba que a lo mejor iba a ser enseguida, y que otra vez le fusilaban mal, entonces le daba la risa, como ahora le estaba empezando a dar, quizás porque con el silencio que había en aquella última negrura de la noche, que ya iba a empalidecer, parecía que estaban ellos solos en el mundo y no se sabía si estaban vivos o muertos.

Y entonces, Eustasio le hizo callar amenazándole, y el idiota se marchó dando saltitos y, según dijo, a buscar otro rato de conversación y a ver si alguien le invitaba a desayunar con aguardiente.

—Pues lo que digo yo —comentó tío Pedro— es que si a estos idiotas que antes pedían por Dios y decían que Él te pagaría lo que les dices ya ni se los ve, o ni hablan, o sólo dicen tonterías y hasta se ríen y juegan con los muertos, entonces es que España entera es un manicomio, y nosotros, los locos e idiotas, estamos ahora en el recreo.

—Los locos no se matan, sin embargo —dijo Eustasio.

Y luego se quedaron en silencio y, como volviendo a sentir los escalofríos de la madrugada, se arrebujaron en los viejos capotes que les habían dado como si ya fuesen suyos y el embozo de la sábana de su cama.

Y, a poco de esto, aguzando ellos tres el oído porque les pareció oír un runrún lejano de conversación, llegó hasta ellos una voz que advertía a otros, hablando con mucha

precaución y recelo:

—Me parece que nos hemos confundido, estamos dando vueltas y vueltas, sin llegar adonde vamos.

Pero Manuel y Eustasio parecían tranquilos y daban la sensación de conocer esa voz; sólo tío Pedro mostró su extrañeza y Manuel contestó:

—Son los que se pasan de un lado a otro cada cierto tiempo, o los del negocio del tabaco o de las chicas; pero es mejor no encontrarse con ellos, sobre todo con los que se pasan. Y menos todavía, en las noches que les toca esperar a que lleguen los contactos, porque entonces tienen miedo de haber caído en alguna trampa, y tiran a matar a todo lo que se mueve o hace ruido.

A veces, les dijo, encendían una hoguera, que era como un atrapa-incautos, como un panal de miel para las moscas; y que a aquel que allí se acercaba a calentarse, como las mariposas a una luz, primero le abrazaban y requeteabrazaban, luego le sonsacaban y al final le daban dos tiros. Pero, cuando no había hoguera, los tiros los dirigían, como jugando a la gallina ciega, hacia donde oían un ruido de conversación o de pisadas, que se oían desde kilómetros poniendo la oreja en el suelo, como de chicos la poníamos todos, jugando en los raíles de la vía, para saber si venía el tren; o como se ponía el oído sobre la tierra en el invierno, cuando estaba helada y el campo entero retumbaba hasta con los cascos de los asnos que tan poco ruido hacen.

De manera que se fueron apartando de aquel grupo que no habían llegado a ver, hasta que ya no les alcanzaba el ruido de las voces ni de las pisadas, y ellos iban en silencio y andaban muy despacio como si se desplazaran sobre almohadillas como los gatos, y lo que resultó fue que, sin percatarse de nada, ya habían pasado al otro lado. Y esto lo supieron porque, de manos a boca, se encontraron con un grupo de unos cuantos individuos que iban como embozados, y, cuando quisieron darse cuenta, uno del grupo se enfrentó a ellos, sacando sus armas, y una voz de ordeno y mando dijo:

—¡Arriba las manos, y quietecitos! ¡Quedáis detenidos! ¿Por qué no habéis dado la consigna? ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? ¿Y adónde vais como si os estuvierais paseando?

Y enseguida vieron a un hombre de mediana estatura, pero de constitución muy fuerte que dio un vozarrón que les pareció enorme, y que fue quien les había hablado, adelantándose unos pasos del grupo en el que iba, y enseguida quedó claro que era un capitán del ejército que actuaba como jefe de todos ellos, que eran ocho soldados y tres parejas de la guardia civil, dos de cuyos números llevaban de la mano unas bicicletas.

Rápidamente se hicieron cargo de tío Pedro y de los que con él iban, y también de los dos caballos que tío Pedro y Manuel habían sacado de casa, les cachearon a fondo a los tres hombres, y un cabo con un fusil en delantera les ordenó, apuntándoles:

—¡Manos al cogote y andando! Y mejor es que no abráis la boca.

Eran las horas en las que exactamente comienza a rebosar el día por los bordes de la noche, y esas horas se habían vuelto más frías, mientras el horizonte comenzaba a mostrar su cinta plateada, pero igualmente fría como un acero, y como un acero sucio, que se nubló enseguida. Así que era indudable que sería un día sin sol, al menos las

primeras horas de la mañana. La niebla se adensó enseguida, había demasiada humedad, y el grupo entero parecía que estuviera grabado en una plancha de madera, y las figuras se estuvieran dibujando y desdibujando, como en unas primeras pruebas, con demasiada tinta negra. Tan negra como negro decía tío Pedro que se les apareció su porvenir en el otro bando, ya en las primeras horas mañaneras; porque ya sí que no podrían volver y no estaba claro lo que sería de ellos, porque no había habido maltrato alguno hasta entonces, pero el frío de la recepción que les habían hecho, cuando habían dicho que habían logrado pasarse, era para congelar el alma de cualquiera.

Uno de los guardias civiles dijo:

—Ahora levantaremos el atestado, y el señor Juez militar dirá.

El capitán soltó una risita y comentó como para sí mismo, pero en voz alta, o a lo mejor para tío Pedro y los que le acompañaban:

—Esto es lo que más me gusta del oficio de estos compañeros; y es que, aunque los estén fusilando, en lo que están pensando es en cumplir con su deber y en la mejor manera en que puedan escribir el parte o levantar el atestado. Así que siguen con esta rutina hasta en la guerra. Esto es lo que más me gusta, como digo, porque lo suyo es hacer atestados y clavar la realidad o congelarla para que no se pudra ni se olvide, y me parece que lo van a tener que hacer, también ahora, con esta maldita guerra, si es que acaba alguna vez y sacamos algo en limpio.

Hizo un silencio, y luego añadió:

—Porque puede muy bien ocurrirnos lo que les sucedió una vez, a unos compañeros suyos, con un veterinario y un gato, y fue que, entre el informe del veterinario y el atestado que se hizo de los hechos, el señor juez no supo a qué conclusión llegar y les dijo que se pusieran de acuerdo en si era el guardia que estaba presente el que había mordido al gato, o el que había mordido al guardia había sido el veterinario, o había sido el gato el que había mordido a los dos; y, en la duda, todos los guardias, el veterinario y el gato tuvieron que ponerse la antirrábica.

Soltó, de nuevo, una risita irónica o sarcástica pero amigable, y prosiguió diciendo en el mismo tono:

—Pero aquí no va a haber vacunas contra la rabia, la sífilis, la mala leche y el mal café de los españoles, y tampoco vamos a saber quiénes fueron los que mordieron o dejaron de morder; y España va a necesitar más veterinarios que otra cosa.

Pero no se rió nadie, y el capitán, dirigiéndose a los tres detenidos, que eran Manuel, Eustasio y tío Pedro, aclaró:

—Atestados tendrán ustedes, desde luego. Pero, si creen en Dios, ya pueden ir rezando para que les tarden en juzgar siquiera quince o veinte días; porque han sucedido algunas cosas demasiado feas y no está el horno ahora para bollos, ni para derechos ni torcidos, ni para juicios, ni para sentencias. ¿Lo entienden?

Y sí que lo entendían. ¿Cómo no iban a entenderlo? Pero el hecho fue que ni aquella semana ni la siguiente supieron nada en la cuadra grande de la casa de un pueblo donde les encerraron con otros detenidos que ya había allí, y ni de comer ni agua les llevaron hasta por la tarde del segundo día. Y no les hablaron ni les permitieron hablar entre ellos,

ni tampoco en los días siguientes. Y las declaraciones comenzaron luego, bastantes días después, cuando casi estuvo llena la cuadra de más prisioneros; y el soldado que fue por ellos allí les dijo en el camino hasta la habitación de aquella casa de labranza, donde estaba el oficial que decidiría lo que haría con ellos, que se preparasen a declarar no solamente sobre ellos mismos sino por todos los demás que ya se iban entregando, y procurasen no decir ni media verdad ni media mentira, ni andar con explicaciones enredosas, si se les preguntaba, porque por ese camino las cosas podían terminar muy mal; así que todos estaban realmente asustados. Pero, a la semana siguiente, el mismo capitán que les había detenido les dijo que se preparasen, porque, en un par de semanas más o menos y en un mes como mucho, según lo que tardasen los camiones que vendrían a recogerles, a ellos y a otros muchos, les llevarían directamente a un frente, en el que todavía habría que bregar lo suyo, a lo mejor hasta unos cuantos meses más y en serio, y no como aquí, por estos andurriales que no parecía que hubiese guerra, y que eran como el Paraíso, aunque no hubiera mucho que comer.

El capitán llamó aparte a tío Pedro y le preguntó por la mujer que había estado hablando con él como si le conociese mucho, y algunos habían dicho que era su novia y se llamaba Lisa María o algo parecido.

—Dicen también que era una espía nuestra, y puede ser, pero nosotros no sabemos nada. Son los que se pasaron poco antes que ustedes los que han hablado de ella.

—Tenía que volver a Madrid a estar con mi madre, capitán, y tenía también que disimular hasta el lugar en el que vivían. Ni a mí me lo ha dicho, con ser tan íntima mía, y ella fue la que había preparado este paso que acabo yo de dar —contestó tío Pedro.

—Suerte es lo que ahora necesitamos todos. Yo también soy médico, aunque estudié en Valencia y no en Madrid, donde usted me ha dicho que estudió. Pero ahora ya no sé ni lo que soy, no doy abasto a apañar tanto destrozo.

—¿Y yo? También me he apañado como he podido y con mucha menos experiencia. A veces hacemos milagros —dijo tío Pedro.

—Pues si lo contamos después de lo que nos espera en el frente, un frente nuevo que ni nos imaginamos, pero en el que, a lo mejor, todos nosotros estaremos, ya seguiremos hablando.

Se levantó de la silla donde estaba sentado y en la que antes había estado el oficial que juzgaba, y dijo, tras darle de mano, mientras se alejaba:

—¡Hasta la vista, aunque sea en el Valle de Josafat! En unos cuantos meses, o a lo mejor un año o año y medio más, nos van a llevar a todos a una excursión muy peligrosa, y nos vamos a encontrar con una carnicería y con pocos medios, como siempre. Los españoles ya hemos acabado de matarnos, por el momento al menos, y ahora vamos a ir a Rusia y a Constantinopla, de Cruzados.

Y esto es lo que sucedió cuando por fin acabó la guerra, y cada cual se fue a su casa o a la cárcel o no se sabía dónde; todos recibieron la orden de preparar la expedición de voluntarios a aquellas tierras en el tren más largo del mundo, aseguraba tío Pedro. Tenían que reunir la intendencia para tanto rancho y un invierno mucho peor que los de Teruel, recoger capotes, abrigos y jerseys, y poner en regla los expedientes de cada quien

y cada cual para hacer de él, fuera quien fuera, un Cruzado.

—¿Y cómo se hacía un Cruzado, tío Pedro? —le preguntábamos Lisa y yo.

—Pues eso lleva su tiempo y su gasto, y muchas esperas y muchas más desesperaciones. Pero los que se quedan en casa para hacer negocio, enseguida te ponen una cruz colorada y te llaman Cruzado.

Y tuvieron que pasar todavía meses y meses, y días y días, y hasta hubo quienes se compraron gramáticas de ruso y atlas grandes del país, en los que viniesen bien señalados el lago Ladoga y los ríos inmensos que luego verían helados. Y los más se empezaron a despedir del café y a amigarse con el té, que en España siempre fue un asunto de remediar un mal de estómago, y señalaban con cruces los que parecían excitantes lugares de épicas historias; y se fueron a Rusia. Y allí se congelaron muchas piernas, y hubo que trocear muchos cuerpos y la sangre, aunque fuera un derrame, parecía un hilillo de un bordado rojo sobre un lienzo blanco, o un coral u orla de manto majestuoso de emperador bizantino, porque así miente el horror siempre, disfrazándose, y a tío Pedro le saludaba cada día. Porque tampoco fue destinado al frente sino a un puesto de asistencia médica, bastante lejos de aquél, y de poca enfermería, al que casi todos los heridos llegaban muertos, o resistiéndose a morir para poder decir a tío Pedro, en palabras de agonizante, que llevase tal recado o entregase tal objeto querido a la novia, a la mujer o a la madre. Pero un idiota de pueblo, que llegó allí para morir y ya casi sin habla como todos, cuando le estaban llevando a un colgadizo en el que se había improvisado un depósito de muertos, se levantó de las angarillas donde le habían llevado, y dijo que él no podía morir todavía, aunque estuviese malherido en todas sus carnes, porque tenía que volver a su isba y despedirse del icono que le había dejado en herencia su madre, y era el icono de Cristo que dormía con un solo ojo y podía cuidarle a él en el ataúd hasta que despertase cuando Aquél volviese a buscarle con todo el Poder y la Gloria de su reino.

—Y ¿tú qué hiciste, tío Pedro? ¿Era que le entendías lo que decía?

—Me lo pidió en un buen español.

—¿Y cómo era que aquel tonto de un pueblo ruso sabía el español?

—Eso no lo sé. ¿Cómo le iba yo a andar preguntando porqués y examinando de idiomas a alguien que se estaba muriendo, mientras rogaba al Cristo pintado en el icono de su isba que no se durmiese y abriese bien los dos ojos para que la muerte eterna no le llevase a él y a todos a la laguna de agua muerta donde tiene su guarida? Y así murió el pobrecillo aquella noche, que es la noche que más recuerdo del año y poco que anduvimos por allí, por las estepas rusas, y en los amaneceres rusos en los que brillaban como con muchos soles, que eran las cúpulas de oro o lapislázuli de las iglesias y los monasterios, porque aunque por dentro fuesen gallineros o almacenes estaban vigilados por Cristo y la Virgen, y los santos o los ángeles guardianes.

—¿Y si Dios se duerme, tío Pedro, entonces los vivos y los muertos se mueren de verdad y se pudren y, si no se duerme, no? —le preguntamos a tío Pedro.

—¿Para qué creéis que rezáis? —nos contestó preguntando y contestando.

Y, luego, decía que, en resumidas cuentas, todos estos cabildeos, miedos, esperanzas,

ayes y gritos de alegría y sonidos de calaveras como de cabezas huecas rodando por el empedrado de miserables aldeas españolas, al igual que aquellos inmensos espacios sin un árbol o los oscuros bosques que ni el sol ni la luna penetraban, habían sido la guerra de Troya o de las Cruzadas en las que él había intervenido. Y en las que tuvo que seguir interviniendo después, cuando la Cruzada acabó, pasando el hambre de después de la batalla, y dando explicaciones a cada momento sobre lo que le preguntaban autoridades y donnadies, en caminos y posadas por donde andaba, o buscaba un trozo de pan y un vaso de agua, porque, en su retorno, el Cruzado ya no tiene bolsa y es más pobre que un mendigo, porque ni siquiera podría guardar los socorros que le dieran; y las fuentes y los pozos que a la ida a la Cruzada eran chorros de agua de ruidosos o mansos manantiales, que aplacaban la sed con sólo su poder o su murmullo, cisternas rotas se habían tornado a su vuelta a casa.

Y, sobre todo, porque, como todos los ganadores y los perdedores de una guerra, también se convertían ellos en magistrados justicieros o en malsines malvados, e iban pregonando en prosa y verso las historias que habían escrito con el odio, los unos y los otros; y hacían, además, letanías de preguntas y esperaban las respuestas que los preguntadores ya se habían dado a sí mismos, y torcían esas respuestas y hasta el cuerpo y el alma de los preguntados que no daban las respuestas que esperaban, o no complacían suficientemente sus oídos. Y, entre estos responsos y rezongos, todavía durante mucho tiempo había que seguir enterrando muertos, propios y ajenos, o medios muertos porque no estaban enteros y a quien no le faltaba un brazo, una pierna o un ojo, le faltaban todos ellos y hasta ya tenía el alma arrancada o descosida y con ella las esperanzas de todos, porque luego, enseguida por aquí ya todo sería moderno y hegeliano, y no habría tontos de pueblo que rezaran oraciones tan hermosas y atrevidas como en las estepas rusas, para que Cristo Dios no se durmiese, ni nos dejase de su mano, y las esperanzas sembradas, o todavía en el aire, no se nos agusanasen y pudriesen.

—Y ¿por qué, tío Pedro?

Porque España ya no tiene esperanzas en ninguna parte, ni el globo terráqueo entero las tiene, y más bien todos querrían que el Cristo del icono del idiota ruso no se despertase nunca. ¿Para qué? No saben para qué, ni les importa. Ya tienen la ciencia y las piscinas.

—¿Y qué quiere decir lo de las piscinas, tío Pedro?

—Pues que entonces España y el mundo entero se llenarán de piscinas y de playas —y donde hay una catedral, o un museo, por ejemplo, habrá una piscina o una playa—; y con la ciencia vivirán mil años, y nunca se morirán ya. Esto no lo sabía el idiota ruso.

—¿Y es verdad, tío Pedro? ¿Y qué van a hacer tanto tiempo? ¿Tendrán que ir cientos de años al colegio? —preguntamos, casi a la vez, mi hermana Lisa y yo.

—No. No. Estarán todo el tiempo en las piscinas.

Pero de repente se puso muy triste y dijo luego:

—Estarán en las piscinas, no en las termas.

Y fue entonces cuando nos contó que, estando en Roma con Lisa María de las Nieves,

ésta le señaló una leyenda que había allí en una pared de las antiguas termas romanas del emperador Caracalla, que decía: «En invierno y en verano, cerca o lejos, mientras viva y más allá».

Y ya guardó silencio, y luego nos hizo copiar en latín la leyenda, tal y como la había visto, y la volvió a traducir más despacio, y así pudimos ver otra vez nosotros lo bonita que era, y mi hermana Lisa, cuando yo la di dos codazos disimuladamente, preguntó:

—¿Y esa leyenda tan bonita la había escrito Lisa María de las Nieves?

Pero tío Pedro no contestó, aunque nos pareció que había negado con la cabeza, mientras nosotros allí estábamos dando vueltas a la esfera terrestre, para divertirnos, pasando países y países, y veranos e inviernos, y jugando a marear al mundo; y ya cuando salía por la puerta nos dijo que lo pasáramos bien y nos riéramos, porque a este mundo nuestro de ahora le daba igual cualquier cosa, y por cualquier cosa abría la boca como un tragaldabas, y se tragaba lo que tuviera que tragarse.

III

Oleza

Lo que se decía de nuestra familia, o lo que había oído tío Pedro, había sido que nuestro padre había irrumpido en la familia de nuestra madre de una forma desacostumbrada al casarse con ella, y los padres de ésta parece que alguna vez pensaron que había alguna sinrazón en venir a buscar una novia tan lejana y siempre temieron que un día, incluso sin él quererlo, podía poner en peligro las tradiciones de nuestro vivir e incluso él mismo podía llegar, asimismo, a sentirse extraño.

—Aunque vuestro padre no era nada raro ni extraño, comparado con todos nosotros, los Lodaes, que ya tuvimos dos abuelas medio Cruzadas que veían visiones e iban tras ellas.

—¿Y por qué eran tan extraños los Lodaes, tío Pedro?

—Mucho más que tu padre, aunque él también era extraño a su manera, pero no como todos nosotros, que a todo el mundo le parecía y le sigue pareciendo que éramos y somos las gentes más extrañas de este mundo, porque no nos acomoda nada de él, o él no se acomoda con nosotros. Pero ¿de qué se iba a ir uno a una Cruzada si no fuera extraño y raro, y cómo le dejarían ir lleno de vida los de su casa, sabiendo que luego volvería ya roto y vencido? Pues porque a esta familia de gente extraña no la gusta, ni la ha gustado nunca el mundo; ya os lo he dicho.

—¿Y no nos gustan a nosotros, los de nuestra familia, las cosas tan bonitas que hay en el mundo? —preguntó Lisa.

—Sí nos gustan. ¿Cómo no nos iban a gustar? Pero esas cosas hermosas del mundo no son el mundo. El mundo que no nos gusta es otro asunto. No son las garzas que vemos algunos días volar sobre la laguna y luego zambullirse en el agua fría de las mañanas, al amanecer; o los galgos cuando se estiran o corren, y parecen pintados en el aire. ¿Os acordáis?

Así que ni entendíamos ni dejábamos de entender, pero el caso es que, hablando de rarezas, decía también tío Pedro que nuestro padre, en realidad, entró como bajo palio en la casa de nuestro abuelo; es decir, como el sobrino de un deán de la catedral de Oleza, un legitimista conocido, que para nuestro abuelo significaba que era un hombre que no estaba con el siglo, ni quería estarlo, y que defendía los propios derechos de cada alma en su almarío. Así que ya había como un lejano parentesco, y tío Pedro decía que mi abuelo tuvo el presentimiento de que el sobrino del señor deán, o sea mi padre, era ciertamente de otra pasta que ellos, una pasta más reciente pero que también era raro, aunque, contrariamente a nosotros, respiraba bastante a gusto en el mundo y hasta algo en sus vocinglerías políticas. Era abogado —una profesión que ni gustaba ni disgustaba

al abuelo, quizás porque todo español desde siglos atrás tenía que ser abogado— y había sacado, además, unas oposiciones a inspector de Aduanas, y en él poco debía de quedar ya del mundo del viejo deán ni del abuelo; aunque la pasta de aquel joven parecía ser también de buena clase de todos modos, por mucho que se dijera que era republicano y que parecía que tenía que arreglar una cuenta pendiente con la clerecía por algo no muy claro.

O, por lo menos, no debía de parecer tan clara como la cuenta que tenía el abuelo, el padre de nuestra madre, que consideraba que lo que resultaba imperdonable en la clerecía era, por lo pronto, que, ni delante ni detrás de ella, se podía ni recordar siquiera que un Papa había dicho el siglo pasado —casi ayer por la mañana— que la cristiandad no podía reconciliarse con el mundo moderno, ni de lejos. Así de claro. Pero que era como si no hubiese dicho nada, porque no se podía mentar siquiera que lo había dicho y escrito; esta clerecía moderna se ponía los dedos en los oídos o se iba como escandalizada para no escucharlo.

Y creo que entonces el abuelo hacía tamborilear sus dedos sobre la mesa y concluía, mitad irónico y mitad lleno de tristura, que, siendo así las cosas, no era de extrañar que, si esa clerecía hubiera cedido con tanta cobardía, el mundo la hubiera inundado en un abrir y cerrar de ojos, y buena parte de ella hubiera llegado a arreglos con los partidarios de este siglo y con todo quisque, de manera que, a veces, parecía un «Donconcede», o un «Siseñor» colgado, al que se tiraba de la cuerda que tenía en el cuello, y decía que sí, con la cabeza, a todo.

Y luego, tras un silencio, el abuelo añadía, ya a lo último, que no era lo peor que la cristiandad entera pareciera todo eso que la clerecía la hacía parecer, sino que eso era exactamente en la realidad; es decir, como un ejército en retirada hacia ninguna parte, y pidiendo perdón y licencia a este mundo hasta para respirar.

Y lo que llegó entonces fue la República, y en casa del abuelo se hablaba con miedo y preocupación de lo que decían los periódicos; aunque mi padre dijo a este mi abuelo:

—¿Qué creía usted que iba a pasar? No hay que ser tan desconfiados con las gentes y los pueblos. Ya ha visto que no ha pasado nada.

Pero al mes de esto, sin embargo, mi padre tuvo que callarse cuando el abuelo —que ya no se levantaba de la cama, y cuando se levantaba nos decía que le pesaba tanto el cuerpo que le parecía que estaba levantando él solito a España— preguntó a mi padre con algún retintín:

—¿No le ha pasado nada al señor deán de Oleza, mi querido amigo?

—Ha sido poca cosa, aunque de bárbaros. Ni que volviéramos a las antiguas carlistadas y liberaladas. Según me han contado, un grupo de mozos del lugar han apedreado, el día del Corpus Christi, los cristales de las ventanas de su casa, y una de las cristalerías de la catedral, la más hermosa. Pero en todo tiempo y en todas partes hay bárbaros.

—Eso es verdad. Pero a ver qué nos cuenta Pedro, que ha ido allí, porque, si las cosas son como se dice por ahí que son, que Dios nos coja confesados.

Así que el tío Pedro había ido allí a informarse, porque los periódicos habían pintado

muy grave la situación social y del orden público en Oleza, y la tercera mujer ya viuda del hermano del señor deán, y tío de mi padre, por lo tanto, había dicho a su cuñado que ella misma había recibido amenazas sin saber por qué al salir un día de casa, y el señor deán, entonces, había llamado también por teléfono a mi padre a Madrid para enterarle.

Pero, pese a todo, a tío Pedro le volvió a fascinar Oleza, de donde le pareció entonces que no había salido nunca desde el tiempo en que allí había estudiado el bachillerato por decisión de mi abuelo, que pensaba que el Colegio Francés, regido por unos profesores y algunos frailes franceses, huidos como tantos católicos —y entre ellos muchos confiteros que abrieron en bastantes ciudades españolas obradores y tiendas que se llamaban «El Horno Francés»—, era, sin duda, la única enseñanza no pervertida con las nuevas ideas, no ya en España sino en buena parte de la Europa entera. Y, según ahora veía tío Pedro, tanto en el colegio como en la ciudad y tanto en la educación como en la pastelería, las cosas parecían haber sido asentadas por estos franceses como sobre una roca, y habían cambiado bien poco con los años y las muchas novedades de éstos.

El señor deán, el viejo tío de mi padre, que antes no salía de casa sino para dar cortos paseos, porque en su misma casa tenía la tertulia de amigos, que eran las gentes con más predicamento en Oleza, ahora acudía también a una tertulia católica de señores y damas, los más ilustres de Oleza, que se celebraba en «El Horno Francés» de la ciudad precisamente, e incluía la toma del chocolate a las cinco de la tarde, aunque ahora no era seguida, como venía siendo la costumbre, de agua con azucarillos, porque ahora los tomaban los diputados en las Cortes y los ateneístas en el Ateneo de Madrid, en el que, por cierto, se había celebrado una votación que había decidido que Dios no existía, y los azucarillos habían dejado de ser lo que habían sido.

—¿Usted cree, señor deán, que los azucarillos han influido en esa decisión de los masones del Ateneo de Madrid de votar la no existencia de Dios? —preguntó la dueña de la «Confitería El Horno Francés».

—En modo alguno, señora. Aunque los azucarillos han quedado contaminados, desde luego.

—Pero el señor Nietzsche, que cultivaba lo que los alemanes llaman «Delikatessen» como si fueran perfumes para señoritas, aunque son toda la batería de embutidos y jamones, no parece que haya contaminado a nadie con su ateísmo, muy anterior al de los ateneístas de Madrid —argumentó el profesor de Filosofía del colegio.

—No es lo mismo. Un azucarillo es una pura construcción de aire, no una sólida sustancia como el jamón; y un aire es muy sensible.

—Nada más espiritual en este mundo que un azucarillo, verdaderamente —concluyó la dueña de la Confitería.

Y, en esa tertulia, no sólo se hablaba sobre estas altas cuestiones filosóficas y teológicas de los azucarillos y las «Delikatessen», y de otras cuestiones más complicadas, desde luego, sino también, y cada vez con mayor insistencia, de las desgracias de los tiempos presentes; y no sólo se hablaba con palabras, sino que parecían preferir comunicarse unos a otros sus pesares y tristezas ante tantos libertinajes y violencias, que comenzaban a hacerse más y más frecuentes en la ciudad, con ojos

admirados y como si fueran de cristal o con miradas huidizas, las cabezas bajas y algunos suspiros. Todo el mundo se cuidaba de no nombrar esas violencias y parecía creer, a pies juntillas, que ese silencio, como había ocurrido muchas veces en el pasado, las obligaría a alejarse.

Tío Pedro vivía, ahora, en la finca del hermano, fallecido no hacía mucho, del señor deán, y sólo bajaba hasta Oleza a la misa que éste celebraba en la catedral a las siete de la mañana, en compañía de la joven viuda de ese hermano difunto, que se llamaba Lisa María de las Nieves y vivía sola en una inmensa casona desde que había muerto su marido, porque sus hijastros, hijos de la primera y segunda mujer del hermano del señor deán, ya no vivían en Oleza, y Lisa María de las Nieves había sido muy favorecida con la herencia. Otro hermano del señor deán, también había muerto, y éste era el padre de nuestro padre, o sea nuestro abuelo Esteban; y aún vivían otros dos hermanos del señor deán y de este nuestro abuelo Esteban, uno de ellos que se llamaba Joaquín, que en Oleza residía y era propietario de huertas y naranjales, y otro que se llamaba Narciso, y que, recién acabada la carrera de agrimensor, dos años antes de que mi padre naciera, se había enrolado en un safari o excursión, y se había perdido en algún lugar de África, o eso se pensaba porque no se habían tenido noticias directas ni indirectas de él desde el día en que se fue, e iba a hacer de eso casi veintisiete años nada menos.

—¿Y si estaba de consejero civilizador en alguna tribu desconocida todavía en Europa? —decía el señor deán, cuando recibía algunas cartas que él sabría de dónde venían y lo que le decían.

Y temeridad hubiera sido hacer estas suposiciones tan fantásticas en cualquiera otra parte del mundo, pero no en Oleza, donde tío Pedro había quedado empapado de todo lo que había sido y era el mundo, y tanto de sus realidades como de sus sueños. No sólo había tratado con griegos y romanos, sino que se había bañado en otros muchos ríos, mares y océanos antiguos, y vivido en ínsulas extrañas, y recorrido muchos mapas y oídos muchos versos y hechas lecturas de amores y melancolías que le alargaba ya entonces Lisa María de las Nieves, ahora tía suya. O también algún clérigo antiguo y lleno de sabiduría que se parecía a los de las estatuas yacentes de alabastro que había en la catedral, y a los tres o cuatro amantes o amadores de las fantasías y de la poesía que vivían en aquel barrio latino de la ciudad.

Éste era un barrio recogido y silencioso, con dos plazas con árboles y fuentecillas, que eran la Plaza del Consuelo y la de los Desamparados, y se llamaba el Barrio Latino porque allí vivía la mayoría de los eclesiásticos y también gentes que habían sobrevivido al mundo antiguo y, como en sus bachilleres habían aprendido latines, asistían a las oposiciones de canonjías que en latín se hacían en la catedral; mientras otros varones también sobrevivían, como en otras partes sobrevivían igualmente, yendo a ver a las chicas del cuplé que cantaban letras que se llamaban «sicalípticas», y la autoridad de Oleza no podía tolerar, obligando a sustituir ciertas palabras o frases por otras en latín. De manera que, entonces, algunos de los latinistas y helenistas, más clásicos, paganos y nostálgicos de Claudia, Lesbia o Safo, en su aburrimiento invernal sólo caldeado por los amorosos latines, llamaban con los nombres de estas mujeres romanas o griegas a

algunas mocitas olezanas más vistosas, y luego a las cantoras de esos cuplés; y, con los nombres de los amantes de estas cupletistas, a algunos mozalbetes más espigados de la ciudad, y a los señores canónigos opositores mismos. Pero era un juego que se hacía entre cristales, y con tanta discreción que nunca se filtró ni un nombre propio de éstos, fuera de la cómoda estancia en la que se reunía el selecto grupo de aquellos señores.

Allí, en aquel barrio, vivía también el señor deán en una casa de tres balcones y muchas veces, tanto en el invierno como en la primavera y el verano, y hasta en el dulce otoño, se hacía allí la tertulia de su grupo de amigos, en la llamada «sala buena», que tenía sillas de anea y un buen cojín sobre su asiento y una camilla, que era casi tan grande como la Tabla Redonda de los Doce Pares de Francia, para comer en ella o leer los versos de las gestas de Caballeros tanto Andantes como Estables. Pero especialmente porque siempre el señor deán tenía un magnífico brasero en tiempo frío, y una vista de tres balcones a una hermosísima huerta de la que brotaban todos los olores de abril y mayo, no confundidos, sino como bien armonizados y ordenados, y en sucesión unos de otros. Aunque no se abrían los otros dos balcones del mismo salón en la pared de uno de los lados, porque daban al corral de una ebanistería, y a veces, y cada vez con mayor frecuencia, se hacían allí ataúdes, famosos por toda la comarca. El señor Notario decía que eran balcones que daban al amargor humano y era preferible no abrirlos; pero tanto era aquel amargor a veces, que hasta fue necesario clavetear sobre la madera de los balcones un acolchado de guata para que amortiguara o matara del todo el ruido de los martillazos del artista:

«Perfectamente serios y perturbadores del vivir tan terribles golpes» —decía también el señor Notario.

Aunque el señor deán, que era un apasionado de la poesía de Mosén Cinto Verdaguer, declamaba sonriente:

«Darrera el temps d'agonia
vindran lo mes de Maria
i Sant Joan amb falc d'or,
i segarà la alegria
lo que sembró la tristor».

Pero el señor notario no dejaba de sentirse atribulado por fúnebres pensamientos, y no podría aguantar su tristura hasta las alegrías de mayo y de las doradas hoces de junio, que decía Mosén Cinto, y, al fin, fue él quien negoció con el ebanista el alejamiento de su taller de un barrio tan dedicado a las letras, en el que coleaban como un pasmo durante una semana entera al menos, cuando allí había un entierro, o una «Misa de Requiem», las súplicas duras y terribles del «Libera me», de Job, o del «Libera eas» en el «Ofertorio», que, aunque estuviesen en latín, allí entendía todo el mundo:

«Libera eas de ore leonis
et de profundo lacu,
ne absorbeat eas Tartarus,
ne cadant in obscurum».

Y le llegaban al alma, también a tío Pedro, estas palabras, desde que allí estudiara y

supiera que encarnaban el dolor y la esperanza de los hombres de todos los tiempos y le impresionaban cada vez más profundamente, cuando asistía a un Oficio de Difuntos, y veía la hambrienta boca del león y el profundo lago, el Tártaro y lo oscuro, de los cuales se pedía que fueran liberados los muertos del mundo entero y, desde luego, aquellos que cubrían, o a quienes recordaban, los grandes catafalcos de paños negros y calaveras, envueltas en telas preciosas bordadas en oro, de los funerales en Oleza.

Oían hablar, a los viejos, tío Pedro y los otros colegiales de las mondas de cementerios que todavía se hacían años atrás para llevar los huesos de los muertos a otros cementerios nuevos que se comían más rápidamente aquel despojo, y también porque lo exigía la ley para la salubridad de las gentes; pero enseguida supieron también ellos que se hacía todo eso igualmente para la comodidad de citarse hombres y mujeres con hombres y mujeres que no eran los propios, yendo a visitar a los muertos. El ciprés era un árbol funerario, pero también el árbol del amor en Roma, y también aquí en Oleza. Era un secreto que todo el mundo sabía en el Barrio Latino, y quizás en la ciudad entera, aunque del que nadie hablaba porque las cosas eran como eran y cada cual guardaba su vida bajo teja y persiana, o lo intentaba.

Y en Oleza había seguramente los mejores escondites del mundo entero, y, por ejemplo, también iban hombres y mujeres a hacerse fotos a «La Fotografía Moderna» en el mayor secreto y a veces con decorados especiales, porque no les valían a éstos los decorados más solicitados de ordinario, para las fotos corrientes y molientes, en las que se veían la Alhambra de Granada, o los Cuatro Postes de Ávila, o la fachada de El Escorial, o un castillo o un jardín, y muñecas o caballos de cartón para las niñas y los niños. Pedían, los que pedían fotos secretas, decorados suntuosos en los que habían reparado en algunos libros o películas vistas en Madrid, o que les habían contado. Es decir, decoradas con sillas y alfombras orientales las estancias, y muy poquita ropa con velos y puntillas o blondas para las mujeres, o con pieles de nutrias, visones, o zorros, y un paisaje de nieve, y turbantes de sultanes, y llenos de joyas los dedos, o guantes de gamuza y plata para los hombres. Y se decía que todos estos caprichos también los habían tenido en los tiempos pasados sus padres y abuelos, que en el Casino de Oleza habían construido salones como pagodas y tiendas de Miramamolín, según contaban y en muchos casos podía demostrarse porque se habían guardado esas fotografías secretas; aunque de todo esto hacía tanto tiempo que ya ni siquiera la mayor parte de aquellas gentes tenía aquí descendencia ni sonaba su apellido, y el dueño de «La Fotografía Moderna» mostraba en el rincón del escaparate, bajo el título de «Nuestros antepasados y sus contemporáneos», aquellas fotografías como si fueran fotografías de revistas madrileñas antiguas, o vistas y postales de ciudades extranjeras, y eran admiradas por todos. Aunque también desconcertaban a muchos, porque aquí, por ejemplo, en las fotografías de mujeres que vestían de moras éstas llevaban muy poca ropa y las moras que los mozos de Oleza que habían servido como soldados en Marruecos habían visto iban todas tapadas. Fue todo un enigma para muchas gentes durante algún tiempo, hasta que se averiguó que aquellas moras primeras eran de artificio y copia de gentes orientales, al igual que no había habido nunca tantos caballos ni gradaciones militares en

la ciudad como los que aparecían en las fotografías, color sepia casi todas ellas.

Este rincón del escaparate era bastante grandecito, y tenía un fondo y un suelo de tela azul celeste, que se parecía al que había en el camarín de la Virgen en una de las iglesias, y la parte destinada a mostrar las fotografías de cincuenta y cien años atrás tenía también estrellas doradas en la parte de arriba, exactamente como la tela de aquel camarín, lo que, según el fotógrafo y dueño del estudio, se explicaba porque su bisabuelo o su tatarabuelo —él no era capaz de echar cuentas con las fechas de su familia, que no tenía muy claras— había fotografiado a la reina Isabel II, cuando era una muchacheja y vino por esta ciudad con su madre, la Reina Cristina. Todo el mundo llamaba, a aquélla, «La Inocente Niña», y entonces, como fondo de ese retrato, puso el fotógrafo el mismo fondo que tenía el camarín de la Virgen en la iglesia y ya se había desechado: es decir, la tela azul celeste con estrellas; sólo que, como éstas se despegaban mal de la tela y amenazaban con llevársela por delante, el fotógrafo había decidido dejarlas allí para que lucieran también sobre las fotografías de los muertos como habían lucido sobre la «La Inocente Niña», aunque nuestro abuelo, padre de nuestra madre, de tía Lisa y de tío Pedro, decía algunas cosas no muy bonitas de ella y, sobre todo, de los cristinos y de los isabelinos, que serían medio masones o garibaldinos, que era lo peor que se podía ser en este mundo, según él.

—¿Y qué quieren decir todos esos nombres que terminan en «nos» o en «nes», tío Pedro?

—Pues enjuagues, dineros y políticas. ¿Y para qué queréis saber estos nombres y estas mañas? A un Cruzado le están prohibidas, al igual que poner trampas, cepos o ligas a los animales; pero vosotros tenéis que estudiarlas, aunque a veces son muy enredosas, para que nadie os dé un timo.

Y, como le miramos como un poco extrañados, o a él se lo debió de parecer, se sonrió y nos dijo que lo primero que le pusieron por delante, cuando llegó allí, a aquel colegio de Oleza, fue que lo que iban a hacer con él era ni más ni menos que intentar domar su cuerpo como el de un potrillo y meter en su mente y en su alma lo que había ocurrido y se había sabido en los muchos siglos pasados, para que conociera cómo había rodado el mundo y cómo rodaba ahora, en este siglo comercial y palabrero, en el que había que seguir siendo César.

—¡Hala! —dijimos nosotros— ¡Pues vaya un recibimiento! ¿Y cómo ibais a ser César?

—Pues cuando nos domaran como a los potrillos y nos metieran todos esos siglos en la cabeza y en el alma.

Y nos añadió que tal era, al menos, lo que quería decir la divisa o lema del famoso Colegio Francés que estaba escrito en un folleto en tres idiomas, y en latín decía en una como cinta o lazada que había encima del escudo, esculpido en piedra sobre la puerta de entrada de la Casa: «AUT CAESAR AUT NIHIL», «O CÉSAR O NADA».

Y luego preguntó enseguida Lisa:

—¿Y por qué estaba en latín aquella leyenda, tío Pedro? ¿Y si no erais ni César ni nada?

—Son muchas preguntas, chicos. Pero el colegio no iba a ser menos que la catedral,

por ejemplo, que también tenía escritas en latín muchas laudas de piedra que decían: «PULVIS, CINIS, NIHIL», y todos los alumnos del colegio, hasta los más pequeños, sabían que eso significaba «Polvo, ceniza y nada».

«Y ¿qué es la nada?», decía tío Pedro que se preguntaban algunos predicadores a los que en cuaresma los chicos del colegio tenían que ir a escuchar, y se respondían esos mismos predicadores: «¡Ah, si el hombre fuera nada, sería algo! Pero es menos que nada». Y entonces esos predicadores se callaban mucho rato, y las gentes daban vueltas a la nada y a la menos nada, y los colegiales se reían, más tarde, en el recreo, haciendo adivinanzas de la nada que era algo.

—¿Y nos podemos también reír nosotros de la nada, tío Pedro?

—¡Pues claro! Ya os he dicho que el mundo entero es palabreo y, cuando seáis mayores, os reiréis mucho más, si os comenzáis a reír de él ya ahora mismo.

Y un día, por cierto, hubo un sermón también lleno de invocaciones a la nada, porque se exhumó solemnemente en Oleza un cadáver de un antiguo noble o hidalgo de hacía casi quinientos años para llevar sus restos a Quito, en las Américas, donde dejó descendientes con bastante fortuna que todavía le recordaban; aunque en España no dejó descendencia ni recuerdos, únicamente la hornacina funeraria en la iglesia y la leyenda sepulcral. Pero sus parientes ecuatorianos habían pedido esos huesos del hidalgo y, con las autorizaciones debidas para ello, se extrajeron de su tumba y fueron introducidos en una urna de plata, juntamente con los títulos nobiliarios, escritos en pergaminos y vitelas que, envueltos luego en sedas, dorarían allí con la hidalguía los dineros que habían hecho quienes le consideraban su tronco y su cabeza. Incluso si en Oleza no se comprendía el enredo acerca de aquel árbol de familia, y eran muchas, y alguna ya ilegible, las pragmáticas, bulas y privilegios que lo ordenaban, y también las ejecutorias sobre supuestos bienes españoles que ya no existían o parecía que se hubieran trasladado por encantamiento a aquellas Indias Occidentales y fueran propiedad de los descendientes de varios hijos e hijas del hidalgo, legítimos o legitimados, y de varias esposas, como estaba escrito en sus latines en el muro del sepulcro en Quito, bajo cuyo arco se pondría la arqueta de plata. Y Oleza olvidó al hidalgo.

Pero años más tarde, cuando a Oleza volvió tío Pedro, y trató bastante al señor deán, éste, su sobrina viuda y tía política de tío Pedro, y él mismo hicieron una despaciosa visita a una iglesia extramuros de Oleza, en la que, al preguntar por la señora princesa allí enterrada hacía los mismos quinientos años, más o menos, que el hidalgo, tal y como decía esta otra leyenda de la piedra sepulcral, el sacristán metió la mano en la tumba por donde estaba rota la piedra y, sacándola apuñando unos huesos, dijo:

—Aquí está lo que queda de los muslos de esta tía.

—¿No puede ser más respetuoso con esos tristes despojos? —le reprochó, airado, el señor deán.

—¡Perdone Su Señoría! —respondió aquél—. Pero toda mi vida he oído hablar de despojos mortales, y despojo es lo que se tira, o se vende a cuatro perras en las carnicerías y casquerías sean carne o huesos, me parece. Y somos como la nada y la ceniza, según dicen ustedes mismos, los de la clerecía.

Pero el señor deán no contestó; y allí quedaron ambos mirándose y, como la losa del sepulcro de la princesa estaba removida, mirando también aquel despojo.

—*¡Pulvis, cinis, nihil* es, en efecto, como todos seremos! —dijo el señor canónigo a tío Pedro y a su joven y nueva sobrina viuda.

Y luego añadió, extendiendo sus huesudas manos, pálidas, pero no apergaminadas sino lisas, que se abrían como ofreciendo la conclusión de sus pensamientos:

—Toda carne perece.

Lisa María de las Nieves tuvo un sofoco, y cayó entre los brazos de tío Pedro, hasta que volvió en sí, que fue tardando.

Y entonces apareció súbitamente un joven vestido de ángel, que se diría que era un ángel de verdad, aunque todo el mundo le conocía y se pasmaba ante la hermosura de su rostro. Se le veía pocas veces, y sólo en la catedral o en otras iglesias se le había como entrevisto alguna vez, vestido de payaso con un traje rojo, amarillo y verde, y llevando a un cuervo atado por el cuello con una cuerda roja, y haciendo muchas advertencias que siempre hacían reír y luego resultaban verdaderas y tornaban a las gentes doloridas y pesarasas. O aquel aparecido se estaba en silencio simplemente hasta que llegaban dos enfermeros del «Sanatorio de Enfermos Mentales», le saludaban con una inclinación muy solemne de cabeza, y se lo llevaban. Pero ahora, en esta iglesia, no vino a buscarle nadie y fue él, el ángel, el que hizo una inclinación de medio cuerpo a quienes le mirábamos, cuando pasó ante los que estábamos junto al sepulcro de la princesa, y dijo, recitando un texto antiguo, mientras el cuervo parecía asentir con la cabeza:

—«Porque el cuervo es semejante a la naturaleza del Amor. Porque su naturaleza es tal que, si encuentra a un hombre muerto, lo primero que come son los ojos, y por allí extrae el cerebro; y, cuanto más hay, más saca. Y así obra el Amor, decía Maestro Richard, porque el hombre queda prendado por los ojos, y nunca Amor le sojuzgara, si el hombre no mirase».

Y haciendo otra inclinación, se fue andando, tal y como había venido, y así se fue alejando ahora, por esta iglesia tan enorme y misteriosa, mientras tío Pedro miraba a Lisa María de las Nieves, sentada ya en un sillón de los del coro, con la mano derecha en la mejilla y la otra abandonada sobre el halda y diciendo en voz muy baja:

—No son el amor y los cuervos los que se comen los ojos, sino la muerte, pero no los míos porque yo ya los he dado.

Y entonces se siguió otro desmayo y un azoramiento y un silencio, y luego un ajeteo de abanicos y vasos de agua, y luego nuevos suspiros de Lisa María de las Nieves, y otra vez hubo silencio. Y así, fuesen como fuesen las cosas, y pasase lo que pasase entre tío Pedro y Lisa María de las Nieves cuando estuvo en Oleza, primero de estudiante y luego de visita y residencia, entre naranjos y limoneros estuvo; o, como comentaba luego tía Lisa, todo ocurrió como si tío Pedro hubiera estado en el «Jardín de las Hespérides», según llamaba el señor deán a su huerta, por no decir Edén, que era algo de la Biblia, y no le parecía apropiado para el caso.

—Aquí, en Oleza, pese a las fuerzas del mal que cercan la ciudad y las huertas, no ha habido cambio, ni lo habrá. Pero, si las fuerzas del mal prevaleciesen, los escogidos de

Oleza saldrían de ella, aunque fuese con lo puesto, como Lot y su familia abandonaron Sodoma y Gomorra, y esta vez nadie miraría para atrás —dijo luego el señor deán.

Y en esto resumía aquella excursión al sepulcro de la princesa antigua en la iglesia extramuros, y el desmayo de Lisa María de las Nieves, e hizo luego un silencio largo. Pero, como tío Pedro no hacía comentario alguno, añadió casi temblando:

—No querrá el Cielo que el desmayo sea la consecuencia de un embarazo y nos traiga el deshonor a todos.

—¿Y cómo puede saberse? —preguntó tío Pedro—. Lo que sabemos es que Lisa María de las Nieves ha visto el osario de la muerte y tiene cincuenta años menos que Su Ilustrísima. No es para extrañarse que sintiera angustia y ahogos.

Y, a seguido, vinieron los lamentos del señor canónigo de que mi padre, su sobrino y cuñado de tío Pedro, estuviera lejos en un momento como éste. Pero, al repetirlo, reiteró con énfasis, como si fuera necesario, que mi padre era el único sobrino vivo suyo, además de María de las Nieves por parte de su marido muerto, y, si quisiera, vendría a ser el señor y dueño de este Edén de Oleza. En la ciudad y la región lo sería todo y algo y mucho en Madrid, donde había tenido que ir de diputado, porque, si en Madrid no se mandaba, no se regaba en Oleza, y ahora mismo estaba en la capital de España tratando de éstos y otros asuntos muy diversos, porque la política tenía la mano larga. Muchas cosas podían tambalearse en Oleza, si esas mismas cosas se tambaleaban en Madrid, porque, de otro modo, nunca sería posible que, en Oleza, hubiera novedades naturales de ella.

Y entonces, cuando el señor deán hizo un largo silencio, se atrevió tío Pedro a preguntar lo que a él, y seguramente a otras muchas personas que habían oído algunos rumores que había habido sobre la ciudad, les hubiera gustado preguntar antaño, cuando era un chico y estaba en el colegio:

—¿Y es verdad que por aquí hubo lepra y hubo un obispo leproso? ¿Y es verdad que hubo un cura de la catedral que quemaba los bigotes de los ratoncillos con su cigarro? ¿Y es verdad que una señora o señorita era tan dulce y amorosa que se llamaba doña Corazón?

—Esas son imaginaciones y novelerías —dijo el señor deán.

Y que también se contaba en Francia acerca de un escritor que se llamaba Monsieur Proust que gustaba de atravesar a los ratones vivos con las agujas de los sombreros de las señoras. Un horror verdadero, y no pintado con palabras como el otro.

Y entonces pareció que tío Pedro sintió como el aguijonazo de un escalofrío, se calló, pero no pudo evitar hacer un gesto de cuerpo dolorido, como si fuera él a quien atravesaban aquellas agujas, que podían ser como las de plata reluciente que María de las Nieves llevaba en su sombrero de color lila. Y, en realidad, todos los días que luego estuvo esta vez en Oleza, le atravesaron por dentro, le mantuvieron en silencio, y entre embeleso y pesadumbre, como abismado en la ausencia de María de las Nieves, a la que no podía ver sino de lejos, asomada a una ventana, como si estuviera encerrada en prisión o secuestrada, o no quisiera ya ver a tío Pedro —nos dijo una vez tía Lisa, hablando de ese tiempo oscuro.

Y que algo debió de pasar entre ellos que no debería haber pasado y no volvió a pasar hasta que ella le salvó, durante la guerra o cuando ésta concluyó, y todo parecía querer volver a su cauce. Pero no volvió, y el trastorno de la familia no le introdujo mi padre, sino María de las Nieves, que conoció a tío Pedro, y entonces no sólo descubrieron enseguida que eran de una misma edad, o con dos o tres años de diferencia, sino que eran más antiguos que el mundo en que vivían y más jóvenes que el mundo que vendría más tarde. Y que ella —aunque en Oleza la llamasen María de las Nieves de cuyo nombre era muy devoto el señor canónigo, tío de su marido—, en realidad se llamaba Elisa o Lisa de primer nombre, como el segundo nombre de mi madre, y como mi hermana y nuestra tía Lisa, que nos lo contaba, y así iba llenando los huecos que a veces dejaba tío Pedro en la conversación.

Y entonces nos preguntábamos mi hermana Lisa y yo si era tía Lisa la que había aparecido en el otro bando, o si no fue la propia María Lisa o Lisa María de las Nieves, a la que tío Pedro también llamaba hermana, la que le salvó entonces o después, y con quien había hecho también aquellas cuentas extrañas sobre sus ascendencias que no eran de la carne pero encendían ésta, como la Beatriz de Dante exactamente.

Pero tía Lisa decía también que tío Pedro primero siempre había estado hablando de la Beatriz de Dante, cuando leía durante el largo tiempo de cama y prevención contra la tuberculosis, que entonces era como inevitable para todo muchacho de la clase media que iba espigándose y estaba paliducho; y que luego, tras su segunda estancia en Oleza, y las cosas oscuras que ocurrieran, cuando no podían ni hablarse, se marchó otro tiempo a Italia, como a buscar hermosuras pintadas y las sombras de Dante o de Petrarca, y a pasear por maravillosos jardines, que, en compañía de su Lisa María de las Nieves, serían el Jardín de las Delicias, o el Jardín de Adriano, que había soñado siempre más hermoso aún que el de las Hespérides de Oleza y del señor deán. Pero esto era un sueño, y en vísperas mismas de ese viaje ella había comenzado a languidecer, súbitamente, como un gorrioncillo al que se le aprieta el corazón y los pulmones, y se dijo que había muerto, poco después de volver con tío Pedro a Oleza, de una afección pulmonar atrapada en un paseo otoñal bajo una delicada neblina y en el que debió de mojarse los pies con el rocío o la humedad del relente de la noche todavía. De manera que tío Pedro, enloquecido, llevó sus cenizas hasta dejarlas en un monasterio de monjas orientales, cuyo nombre nunca dijo, como tampoco dijo nunca, ni a las claras ni a las oscuras, que Lisa María de las Nieves hubiese muerto, pero ni siquiera padecido de la enfermedad más leve.

Ni jamás dijo tampoco tío Pedro que iniciara un peregrinaje solitario y melancólico hacía el Oriente, por la ruta de la seda y las Cruzadas, y que allí se hubiera unido durante unos meses a un grupo de geógrafos viajeros que estaban trazando pormenorizados mapas de aquellas aventuras. Nunca le oímos ninguna de estas cosas que luego se habían dicho y repetido cada vez de un modo distinto, pero sí que recordaba muchas veces que unos geógrafos que había conocido le habían contado que unos cristianos bizantinos le habían hablado mucho de los crímenes cometidos por las naciones de Occidente, mientras que los sarracenos tuvieron más piedad y dulzura; «y nunca llenaron de

muertos el Sepulcro de Cristo», le habían dicho con estas mismas palabras. ¿Y a lo mejor, por eso, se quiso quedar allí siempre tío Pedro en el Oriente; y, por eso, sentía tanto no saber el griego, siquiera como algunos Cruzados antiguos lo aprendieron?

—¿O también porque se había quedado allí Lisa María de las Nieves? —dijo tía Lisa, por lo menos una vez.

Pero afirmó igualmente que no quiso decir más entonces, sino que lo que había dicho había sido porque se la había ocurrido de improviso, porque más adelante ya nos lo contaría más despacio. Aunque a lo mejor no nos lo contó. Así que lo único cierto fue que tío Pedro llegó a casa, de nuevo, poco antes de que comenzase la famosa guerra de la triste España, en la que nuestro padre fue muerto y nuestra madre quedó en la casa con su hermana y con mi hermana, las otras dos Lisas, y conmigo. Y luego él, tío Pedro, fue cuando estuvo en las Dos Causas, primero en una y luego en otra, aunque no era de ninguna de las dos, sino sólo de su Cruzada propia contra el siglo de ahora, y también de las Cruzadas de otros siglos; y con ese secular cansancio, pegado a su cuerpo y a su alma, se pasó rodando por el mundo un tiempo, aunque luego pudo, por fin, venirse a nuestro lado, cuando todos nos juntamos en la casa antigua, y todos tratábamos de que restañase sus heridas y esquinazos con el mundo, que eran tantos.

Y, si no podía o no quería levantarse de la cama, su sillón en el comedor quedaba vacío, y la puerta de éste y del dormitorio estaban abiertas, y él hablaba y hablaba, o escuchábamos su silencio, mañanas y tardes enteras, que nos decía tantas o más cosas que cuando nos hablaba muy despacio y con tanto sentimiento o con tanta alegría, según las veces.

—Os puedo dejar la Historia universal en testamento, y la finca de «La Fuentecilla» que heredamos vuestra madre, vuestra tía Lisa y yo, conjuntamente con esta casa y su huerto o jardincillo. Vosotros veréis luego cómo acomodáis, allí, y sobre todo dentro de vosotros mismos, a toda la gente de la que os he hablado, y que ya estáis obligados a acoger, sin que lo note nadie, y luego a defenderla de los tiempos, como también tendréis vosotros que defenderos de ellos.

Porque éstos ya no eran sus tiempos ni los nuestros, como siempre repetía, y ¡ojalá —decía— que esas gentes de las que nos hablaba no se nos murieran con el frío de ahora mismo y sus desprecios!

—¡Y ojalá no las matéis vosotros, sin quererlo, por no andar, delante de ellos, con el alma de puntillas!

Porque tío Pedro hablaba así, como en imaginaciones e imágenes, pero luego Lisa y yo éramos quienes teníamos que entender todo y levantar los atestados, como decía el capitán que había detenido a tío Pedro cuando se pasó del otro bando y parecía que hablaba también con adivinanzas.

—Y ¿por qué hablas así, siempre con oscuridades y comparaciones, tío Pedro?

Pero se reía y seguía sin contestarnos a derechas, porque decía que era así como nos enteraríamos mejor; y lo que hacía falta era que Dios le concediera tiempo y vida para contarnos lo que nos dejaba por herencia, además de cuatro perras, la casa y finca de «La Fuentecilla» con aquel estanque antiguo y su nogala centenaria, más vieja que Lepanto y

del tiempo que él estuvo en el infierno.

—Y alguien conmigo, que no tuvo ningún inconveniente.

—¿Y quién era este alguien, tío Pedro?

Pero no pudo o no quiso contestarnos, aunque a veces parecía que iba a hacerlo, porque nuestra madre y tía Lisa no estaban presentes ni podían oír lo que hablábamos, ni quejarse, entonces, de que nos contaba historias tristes. Así que nosotros protestamos y le preguntamos a quién había visto allí, en el infierno en el que nos decía que estuvo.

—¿A Piero y a Francesca leyendo juntos y besándose? —preguntó Lisa, porque ella ya había leído el «Libro del Infierno».

—Eso se lo inventó Dante, porque, yo al menos, lo que vi en el infierno fue lo que ya os he dicho muchas veces, y nunca acabaría de contar.

Y volvió a decirnos lo de las risas espantosas de demonios sarcásticos que estaban hambrientos de sangre y de cadáveres, y en las frescas mañanas del verano o en las heladas del invierno, con el canto mañanero de la alondra o entre los cristales de la escarcha o de la nieve, se dedicaban a levantar de la cama, u ocultos en desvanes o cuevas y en habitaciones dobles como emparedados, en colgadizos y en casas o cabañas abandonadas, en el fango mismo de las zanjas, a Pieros y a Francescas y a mil hombres y mujeres más, por todas las tierras de España, que era la tierra de todos contra todos, para fusilarlos en medio de bromas y obscenas carcajadas, y empujones llenos de odio mientras se anunciaba por saliente el día de su muerte.

—Porque ¿qué os creéis que es España, el mundo entero, la Historia que os espera?

—No repitas esas cosas —habían dicho muchas veces tía Lisa o mamá misma—. No asustes a los niños. No nos niegues a todos la esperanza, empezando por ti mismo.

—Yo no os niego nada, pero cosa de poco negocio es la esperanza. ¿Quién la querría en su casa más que de boquilla? ¿No sabéis que los griegos decían que se la escapó a Pandora de una caja y era como una sierpe que extendía con su veneno las desgracias? Traedla vosotros, y sentadla aquí a mi cabecera en la silla de paja pequeñita. Es más joven que Lisa y más delgaducha que ella ¿qué os creíais? Abulta lo que una alondra, pero es el poder de Dios, y es muy hermosa. ¿Quién se atreverá a esperarla por las buenas?

Mamá y tía Lisa recordaron que tío Pedro las había contado que, cuando ellas iban a verle a la cárcel después de la guerra, y le preguntaban cuándo saldría de allí, él respondía que por la ventana veía a un niña que no sabía cómo se llamaba pero él la había puesto el nombre de Esperanza y que ella sí sabía que él era un preso y no podía salir de allí sino cuando los que mandaban quisieran, pero le invitaba a jugar con ella riéndose, hasta que un día ya no volvió nunca más, aunque esto no se lo había dicho a ellas sino más tarde, cuando ya estaba libre.

Mamá y tía Lisa insistían:

—Pero ¿es que entonces no tenemos nada que esperar?

—Sí podemos, porque vivimos en la sala de espera que es el mundo, y un día llegará, sin darnos cuenta, lo que esperamos, aunque parezca que se ha ido, como a mí me parecía que se había ido aquella niña, mirando desde aquella cárcel tan fría.

Y mamá y tía Lisa seguían serias, y dijeron, como resignadas:

—¡Ojalá sea así, que acertemos esperando!

Y se miraron ellos tres como con alguna complicidad, pero Lisa y yo nos sonreíamos casi siempre, y no decíamos nada por aquellos años. ¿Qué íbamos a decir? Sólo teníamos que preguntar cómo era el mundo, y por qué era como era, y la mayor parte de las veces no comprendíamos ni siquiera lo que nos contestaba tío Pedro, y nos callábamos, hasta cuando comprendíamos que nos decía con mucha pena:

—¿Y qué vamos a esperar de una rueda que se ha salido de eje, o éste se ha roto? Pues que dé vueltas a lo tonto y a lo loco ¿no? Lo lógico.

Aunque luego, a lo mejor, después de un rato pequeño, si veía que nos dejaba a todos tristes o como no entendiendo del todo lo que había dicho, aunque fuesen tía Lisa y mamá mismas, añadía:

—A menos que Dios nos oiga y ponga su mano encima, o sostenga la bola del mundo donde estamos. ¡Vosotros tranquilos!

Y a nosotros nos parecía muy bonito lo que decía, pero a mamá y tía Lisa debía de parecerlas mucho más, porque daban un gran suspiro. Como si el mundo volviera a encajar en su eje, y nosotros pudiéramos jugar con su esfera como hacíamos tantas veces.

IV

El colegio de los treinta siglos

Y a está dicho muchas veces que no la gustaba a mamá que tío Pedro nos hablara de lo que ella llamaba sus «fantasías desesperadas», pero la parecía una crueldad apartarnos de él porque, como los médicos la habían dicho o más bien susurrado, y luego habían repetido cada día el susurro en el portalillo de la casa cuando se despedían, la salud de su hermano no daba para mucho tiempo. Y añadían que sus cavilaciones, aunque eran de una gran penetración al juzgar las personas, las situaciones o las cosas, estaban muy cerca de una melancolía y tristura muy profundas y se juntaban con sus males para acabar con su cuerpo y con su alma, y su única alegría eran los niños. Y, aunque todo esto que decía el doctor a nuestra madre, lo decía cada día en voz más baja, los dos sabían, de sobra, que no hay quien tenga un oído más fino y una llamarada en la inteligencia que ilumine tanto los misterios y escondrijos del mundo que quien se está muriendo.

No había posibilidad de contagio de la enfermedad de tío Pedro, y esto la bastaba a mamá para dejar que hablásemos o jugásemos tanto con él para llevarle alegría, aunque no dejaba de preocuparla que la melancolía y los desengaños del mundo sí podía contagiarnos, siendo nosotros tan jóvenes y casi no teniendo otra ventana a ese mundo que los ojos y las historias de su hermano:

—¿Por qué no les hablas a los chicos de cosas más alegres? —decían mamá o tía Lisa.

—¿Y dónde están esas cosas más alegres? Quisiera yo saberlo. Ha tiempo que ya fueron las alegrías verdura de las eras, guerreros muertos, amores enterrados, juguetes viejos, pólvora húmeda, heno ya quemado, humo, nada.

—¿Nada y todavía te relucen? Háblales de las gentes que tú conociste o de las que oíste hablar tanto en tu colegio de Oleza y cuyas historias nos has contado tantas veces a nosotras; o del viaje al Escorial, cuando comprasteis un gato de Angora que había en el mostrador de mármol en la fonda de una estación.

—Pero creo que eso fue al volver de Italia, cuando estaba allí Lisa María de las Nieves, a la que lo mismo se la antojaba un turbante que llevaba puesto un joven negro que vimos en la calle o un sombrero de cardenal que estaba en un museo. Pero lo de ese gato de Angora que había en aquella fonda de estación, sentado en el mostrador y que se lavaba la cara, al tiempo más o menos de cuando el reloj daba las horas o las medias y salía el cuco, sucedió ya en España.

Y que luego más tarde y en la noche ya más alta y silenciosa, pero todavía con las lamparitas de seda verde aún encendidas sobre las mesas, se oía en aquella fonda tan inmensa y ya casi solitaria un disco con una canción desesperada:

«¡Amapola, lindísima Amapola,
no seas tan ingrata,
ámame!».

Y los trenes silbaban como con tristeza, como si fuera el tren transiberiano, que siempre tenía un viaje tan largo por delante y por eso silbaba tan cansado.

Y, en el colegio de Oleza, preguntaba Mademoiselle Soudreau, que era la maestra de los más pequeños y a la que todos los chicos llamaban la señorita Adriana:

—¿Y qué ruido iba haciendo el tren transiberiano, niños? ¿Qué iba diciendo el tren, niños?

Y entonces todos los pequeños imitaban el movimiento de las bielas del tren accionando los codos, y repetían el chaca-chà del tren:

—Vladi-vostok, Vladi-vostok, Vladi-vostok —decían durante un buen rato, todos muy serios, y llenos de alegría a la vez.

Y del tren de Oleza explicaba tío Pedro que, como no tenía un recorrido tan grande como el de Vladivostok, siempre pasaba tan tranquilo, ya fuese rápido o correo, o tren de día o nocturno, y ya parase o no parase, y ya trajese alegrías o sinsabores y tristezas, o facturas y citaciones judiciales o los papeles para marchar a filas. De manera que hasta el agua de la fuentecilla de la estación, que era muy buena y delgada, a los que recibían esas tristes noticias les sabía amarga, aunque también les daba un poco de frescor y de consuelo; y luego, al tren que pasaba por Oleza en los atardeceres siempre se le iba a esperar los domingos para decirle adiós, y para ver el farolillo rojo de cola, o si se llegaba con un poco de retraso, cuando ya caía la noche, para ver también a los viajeros por las ventanillas, que era lo más bonito, porque los vagones parecían como casitas de muñecas, y también parecían el teatro o el cine mudo; y en el cine se veían luego los trenes por dentro con los comedores y los cafés y los dormitorios. Pero no eran de verdad, y luego les explicaron a tío Pedro y a los otros chicos, en el colegio, las mentiras de cómo se hacían la películas con trenes, en las que Charlot o Pepito Pamplinas saltaban de un vagón a otro o corrían más que el tren y se llevaban tantas bofetadas, sin que les pasase nada, ni siquiera entre las vías.

Y, en aquella estación, en la sala de espera, o en los andenes mismos, a la hora de los adioses o las llegadas, y de bajar las sacas de correos con la bandera nacional que allí parecía un festón que recorría los bordes del mundo entero, siempre había entonces gente. Y también estaban, sin falta, los carteros de Oleza y sus pedanías con sus grandes carteras de cuero con herrajes dorados, que luego llevaban auestas, como si fueran al colegio o fuesen los Reyes Magos, y trayendo, cada día, montones de sobres blancos y color crema, pero sobre todo azules, con sellos de la Historia del mundo. Y las cartas y los paquetes que estaban cerrados con lacre rojo, y en ellos las letras y figuras según los sellos que hubieran puesto.

Y allí en la estación había gente esperando esa correspondencia y otra gente esperaba a otras personas, y otra que montaba en los trenes, y así, decía tío Pedro, oían ellos, los que estudiaban en Oleza, hablar de muchas personas y se enteraban de muchas cosas de las gentes olezanas más nombradas en el pueblo, aunque ellos no las conociesen. Y, por

ejemplo oían hablar del caso de un diputado a Cortes y escritor antiguo, cuyo nombre llevaban una escuela, dos o tres calles, dos plazas y un teatro en el que se representaba *Don Juan Tenorio*, la víspera de Todos los Santos, y, otras veces, *En Flandes se ha puesto el sol* de Marquina o *La malquerida* de Benavente, para lo que el ayuntamiento traía él mismo los artistas desde Madrid. O también se habían enterado de la historia del señor Juez de Primera Instancia al que llamaban «Mucha Justicia» porque medía casi dos metros, vestía rigurosamente de negro y llevaba en los puños de las chaquetas puñetas de puntilla con fondo rojo como las de la toga, de manera que parecía el Juez del Día Último, del que nadie escapaba. Y estaba, también, el caso de la procesión de la ceniza de enebro, que era muy fina y se llevaba desde el huerto del señor deán, donde la hacían, hasta la catedral y en bandeja de plata, tapada con pañizuelos blancos, para ponérsela a los fieles el primer Miércoles de la Cuaresma.

—Sólo las chicas y los canónigos llevaban, en Oleza, colores rojos en los vestidos o en los calcetines, aunque, cuando llegó la aurora boreal, todo fue de ese color rojo que parecía el de las cruces de los Cruzados —decía también tío Pedro—, y en especial el rojo de la cruz de los Caballeros Templarios a la que siempre se la tuvo por ser la cruz de la silueta más perfecta.

Y templarios o gente así no había en Oleza, pero sí un señor notario que era el jefe del carlismo y llevaba en su casa una boina roja y tenía en su despacho el retrato de un rey antiguo, aunque no estaba vestido de rey, sino de señor particular de los tiempos románticos, y de quien, cuando le preguntaban al señor notario quién era, decía:

—Un hombre bueno, sin dinero y sin suerte.

Y no daba más explicaciones, porque ya eran suficientes para que le conocieran sus partidarios, y sus respetuosos enemigos, como lo era el director de la Banda Municipal que enseñaba el *Septimino* de Beethoven a los chicos en el colegio, y estaba bien advertido por el señor Director de esta institución de que, cuando se lo enseñase a los alumnos, les aclarara suficientemente que aquella música era música y no era cosa de Banda, ni cosa de bodas ni de fiestas de Ayuntamiento, y esto para que los chicos aprendiesen a distinguir.

—Yo por Mozart haré lo que pueda, señor Director.

Y añadía enseguida:

—Y por Beethoven también, o por cualquier otro músico, nacional o extranjero, que necesite algo de mí.

Pero el director de la Banda era, además, el dueño de una tienda o almacén de todas las cosas, que se llamaba «El Mundo Moderno Con Descuentos», y se decía que por ese comercio entró la moda de los «moisés» o cestillos como cuna de los niños pequeños, aunque en su casa se utilizaban también esos cestos para que durmiesen los gatos. Porque hasta dormían en un sillón Luis XV que había en la casa, y se había traído del casino de donde habían sido retirados hacía tiempo estos sillones, porque su director y el señor alcalde de Oleza no podían soportar nada que fuera francés, excepto el colegio, y éste porque fue levantado por franceses huidos de su propio país republicano, y esta manía antifrancesa era algo que les venía ocurriendo a los dos, de abuelos a nietos, y

desde «la Francesada» por lo menos, de manera que ya era como un tic irresistible que tenían.

Y se decía también que el director de la Banda era algo librepensador desde que había visto en algunas revistas fotografías de la Exposición Universal de París de principios de siglo, y un artículo acerca del progreso que afirmaba que el mundo estaba hecho con muchos defectos porque había sido improvisado y no se había hecho según un proyecto científico antes de construirlo, como debe construirse una máquina perfecta; lo que repetía con frecuencia, ante cualquier contratiempo de salud o de clima, y especialmente a propósito de que él mismo tenía, un centímetro y casi medio, una pierna más corta que otra.

Porque ¿qué sentido tenía que hubiera masas enormes de animales como elefantes que vivían muchos años, y masas de materia diminuta como los cínifes que vivían poquísimos tiempo y sólo para fastidiar con sus inoportunos aguijonazos a las personas humanas, y, sobre todo, durante un concierto o una tertulia en una terraza de un café, una tarde de verano?

—¿Es que no sería lo más racional que la Naturaleza no pudiera equivocarse jamás en las medidas justas de las extremidades superiores o inferiores? —preguntaba.

Y enseguida añadía que también pensaba del mismo modo el señor farmacéutico, que siempre estaba recordando que lo que sobraba en el mundo era materia, pero que ésta podría haber sido mejor pesada y medida, y distribuida y proporcionada, si se hubiera hecho un buen plano y proyecto previo bien pensado, y no se hubiese llevado a cabo apresuradamente y de cualquier manera esa hechura del mundo, en seis o siete días como enseñaba el clero, que se guiaba por cálculos antiguos.

Pero ocurría, sin embargo, que los cinco o seis librepensadores más que había en Oleza no se relacionaban con el director de la Banda y dueño de «El Mundo Moderno Con Descuentos», ni con el señor farmacéutico; y no se relacionarían jamás con ellos, según decían, porque jugaban a las cartas en abierta y franca relación de amistad con los curas, y habían dicho en alguna ocasión que, si un día el Papa se convirtiera al Librepensamiento, ellos se las arreglarían para que el «Centro Librepensador» de Oleza, que estaba en la rebotica, le enviase a su costa una tonelada de peladillas de Alcoy, y doscientos frascos de «Linimento Sloan» contra los dolores reumáticos o de cualquiera otra clase contusiva.

Y ciertamente, esto parecía una tontería a muchos, pero tanto el director de la Banda y dueño de «El Mundo Moderno Con Descuentos» como el señor farmacéutico eran considerados como hombres de tanta instrucción científica que hacían cálculos de estadística sobre la Lotería Nacional; y, el año que al rey le tocaron en la lotería seis mil pesetas por medio billete que había comprado en Sevilla el Miércoles Santo, demostraron que eso fue porque el número dos en el billete del rey era un tres en el que ellos, por algún error de cálculo, habían comprado en Oleza. Y esto era tener un olfato con el Destino, decía la gente; aunque lo que pasaba era que, como ni el director de la Banda ni el señor farmacéutico pisaban por la iglesia ni las procesiones, y compraban la lotería en el estanco y librería de Oleza, no habían tenido las oportunidades que había

tenido el rey, aunque, sin embargo, se habían aproximado tanto al premio con sus previsiones.

Pero estos asuntos, de los que tanto se hablaba, no interesaban ni poco ni mucho a tío Pedro, y a aquellos otros colegiales compañeros suyos, porque había muchas otras cosas curiosas que sucedían en Oleza, y ellos se habían asomado a veces a las fiestas populares que había en la ciudad, aunque no iban nunca a los jolgorios muy ruidosos que traían riñas, discusiones y contratiempos, sino que se sentaban en una placita y miraban a las ventanas cuyas habitaciones tenían la luz encendida, y contemplaban embobados cómo se movían las personas como sombras, y luego cómo se iban apagando las luces.

—¿Y las personas? —Preguntó el profesor de Filosofía, cuando se lo contaron— ¿Cómo saben ustedes con toda seguridad que están en otras habitaciones o dentro de la misma habitación cuando cierran las maderas de las ventanas o balcones? Ya veremos lo de las ventanitas misteriosas, cuando estudiemos el idealismo del obispo Berkeley. ¡A ver si están tan seguros de lo que ven y pueden demostrarlo!

Y recordarían luego todas esas cosas, y naturalmente las clases que eran más importantes; sobre todo, las clases de Geometría y de Historia Antigua, y lo de las cristalizaciones mineralógicas que eran tan difíciles como un laberinto y un trabalenguas a la vez, y sobre las que habían asegurado los antiguos alumnos que continuaban siendo igual de enredosas y tediosas, un siglo tras otro, aunque cambiaran los profesores y los textos, e incluso los gobiernos.

—¿Cómo ha dicho, señor Lodares? —preguntó el profesor de Ciencias Naturales.

—Me refiero a lo del sistema hexagonal y otros sistemas de cristalización de los minerales, señor.

—En algunas tierras de España hay algunas iglesias de trazado octogonal, que era una de las formas de construir de los Templarios.

—Y ¿quiénes eran los Templarios, señor?

—En su día hablaremos de ellos, cuando hablemos de las Cruzadas.

Y luego, tras un momento de silencio, añadió:

—Hubo hasta una Cruzada de los niños.

—¿E iban también las niñas a las Cruzadas, señor? ¿O los niños solamente, como cuando salimos a recreo?

Don Abundio Cuadrado, que daba clase de Ciencias Naturales, pero a quien gustaba mucho más discurrir sobre las dinastías egipcias o el Renacimiento que sobre los estratos terrestres, contestó:

—Esa es una pregunta que nunca me han hecho y llevo más de veinte años enseñando en este y en otros colegios. ¿Cuál es su interés en esa Cruzada de los niños y las niñas, Lodares?

Y se respondió él mismo:

—Sigamos ahora un momento más con las cristalizaciones de los minerales y los poliedros en Geometría. Asunto de muchas caras, y a veces muy engañosas, como ven. Dejemos las Cruzadas para hablar más largamente de ellas otro día.

Hizo otro silencio luego, y, mientras, como siempre, desdoblaba un papelito que se

había sacado del bolsillo del chaleco, en el que debía de llevar docenas de textos para confirmar sus afirmaciones, añadió:

—Respecto a estas Cruzadas deben saber ustedes que, según dice un cronista, «eran tantos los que iban que a malas penas podría hombre hallar casa poblada de la que algunos no saliesen. Y casa había de donde salían el marido y la mujer, y los hijos pequeñuelos cuantos tenían. Así que quedaba el lugar despoblado. Y de ellos había que no querían dejar los hijos chiquillos que mamaban; ni aun los perros y los gatos que todo no lo llevasen consigo». De manera que, si eso se cuenta en estos *Anales de Flandes* que ahora les estoy leyendo, quizás sí que iban a las Cruzadas muchachos y muchachas, al menos en un caso extremo, o hay que suponerlo.

Pero el profesor de Historia y a veces el de Filosofía y el de Geografía, que siempre hablaba del judío Benjamín de Tudela que había ido hasta la India y la Tartaria por Constantinopla y el Ponto Euxino, y había vuelto a España por Egipto como en un paseo por el camino de la estación de Oleza, se sentían como invadidos en sus territorios personales de disciplina y enseñanza y se quejaban de ello, o ponían, como era su deber según decían, los puntos que había que poner sobre las íes a algunos aficionados a la Historia:

—No pueden ustedes entender nada de las Cruzadas sin saber la historia de Constantinopla ni de los árabes y otros pueblos orientales; o sin saber nada de Francia e Inglaterra y de la historia de los Papas y del Imperio Germánico. O de Ricardo Corazón de León, por ejemplo.

—¡Hala!—dijo tío Pedro que comentaron él y los otros chicos—. Pues no sabemos cómo tendríamos que tener la cabeza de grande para que nos entrara todo eso.

—¡Pues lo justo para que quepa en ella lo que tienen que llevar dentro, cuando ustedes salgan de aquí! Es decir, unos treinta siglos más o menos —les contestó el profesor de Filosofía—. Y esto sin contar, que ni he nombrado siquiera, el pensamiento lógico medieval.

—Ni nadie ha hablado tampoco de los *Trenos por Constantinopla* —añadió el profesor de Literatura, y se puso a recitar de memoria unos versos en griego, que luego iba traduciendo, y, como le pasaba muchas veces a tío Pedro con otros poemas, todavía se acordaba de algunos de esos versos y los recitaba:

«Detente, nave, si quieres, para que te lo pregunte

[de nuevo:

¿Se encontraba allí el señor Constantino,

el prudente, el fuerte, el muy valeroso,

el sosegado, el elocuente, el orgullo de los romanos?

‘Allí se encontraba, Dragases, el desafortunado’».

Y se quedaba diciendo el profesor:

—¡Guay, guay, guay, gloria eterna al Kyrios Konstantinos! Desde entonces no hay mundo.

—Pero ya habían vuelto a casa los Cruzados que la hubieran defendido, como antes la habían destruido —decía, ahora, tío Pedro—. ¿Cómo iba a haber mundo?

Y fue por aquellos años —cuando murió el hermano recién casado del señor deán y tío del que luego sería nuestro padre; y su viuda, que se llamaba Lisa María de las Nieves, y era su tercera mujer, apareció en el funeral rodeada de otras muchas mujeres tan jóvenes y hermosas como ella, que iban de negro por el luto, pero decía tío Pedro que parecía que iban a jugar al corro y a cantar:

«Yo soy la viudita
del conde de Oré,
que quiero casarme,
no tengo con quién».

Pero tío Pedro no estuvo en Oleza más que seis cursos, y no volvió sino unos cinco o seis años después, casi en las vísperas de la guerra, como ya sabíamos; y fue entonces cuando se encontró con Lisa María de las Nieves, que había sido la tercera viuda del hombre de aquel funeral; pero ahora ya no iba toda de negro y con un velo sobre la cara, sino que iba toda de blanco, desde el sombrero a los zapatos y los guantes. Como si fuera el Día del Corpus, cuando los chicos y las chicas iban vestidos de ángeles; y de ello contaba tío Pedro que se reían luego mucho los señores de la rebotica que al principio hasta iban allí con sus pelucas, y cantaban unos cuplés burlescos acerca de aquellas chicas vestidas de ángeles y también de la viudita especialmente, que los de la rebotica la pintaban como una de ellas:

«María de las Nieves,
dulce compañía,
nunca me abandones
ni de noche ni de día».

—Y ¿qué eran la rebotica y los cuplés? —preguntábamos nosotros a tío Pedro.

—Las reboticas eran habitaciones de más adentro del despacho de las boticas donde se reunían los señores que se consideraban más sabios o ilustrados de la ciudad a jugar con una maquinita de hacer chispas, y a hablar de la Madre Naturaleza y de la Libertad, y cuando llegaron las pelucas, y los periódicos y revistas, empezaron ellos también a venir con fotografías de suripantas y también con cuplés sicalípticos y desvergonzados.

—Y ¿qué eran las suripantas y para qué se usaban pelucas? Y ¿qué eran los cuplés sicalípticos y desvergonzados? —preguntaba yo luego.

—¡Bueno! Ya hacía mucho tiempo que había caído Constantinopla y ya habían sido las Cruzadas, aunque nunca hay una última, y ya sabéis que no fue la única en la que yo estuve y no estuve, ni dejé de estar y, a lo mejor sin saberlo, del lado de los sarracenos, y desde el de los cristianos. ¿Entendéis?

—No —decíamos Lisa y yo.

—¿Y las suripantas? —preguntaba yo de nuevo.

—Las suripantas eran las que cantaban los cuplés desvergonzados. ¿Está claro?

—No.

—¿E iban a las Cruzadas?

—Sí.

—¿Y llevaban peluca?

—No.

Se terminaron por hoy las preguntas —decía tío Pedro.

Y por esos días, ya un poco frescos al atardecer, cuando ya se encendía la fogata en la cocina y la noche caía pronto, y las grullas pasaban algunas noches chillando o hablando de sus cosas y las oíamos desde la piedra del hogar, al pasar muy cerca de la chimenea, fue cuando tío Pedro y también mamá y tía Lisa y mi hermana Lisa y yo nos sentábamos allí a una mesa camilla de nogal, como para la eternidad entera según decía mamá, en la que estaríamos en el cielo en torno a otra mesa camilla indeciblemente enorme, pero muy casera y calentita como ésta. Y entonces se comenzaban a contar las cosas por sus pasos, aunque tío Pedro siempre se salía de lo que él mismo o mamá estaban contando para contar las otras cosas de los adentros de las personas o que estaban en los libros y de ellos se habían pasado a los adentros de las vidas, o tío Pedro las escribía él mismo a veces en un cuaderno, que ponía, por ejemplo, en su primera página: «Diario de Cruzada». Y el cuaderno tenía muchas páginas escritas, y el nombre de muchas personas que a lo mejor habían ido con él a aquella Cruzada o a otras, y luego otros papeles como cartas o «Cuentas y planos de la Cruzada Antigua».

—¿Y es que en las Cruzadas hay que hacer tantas cosas de éstas? —preguntó Lisa.

—Siempre hay que hacer todo eso para mantenerse a flote, y tener mucho entrenamiento y maniobra, porque siempre hay que estar en alguna Cruzada, como ya lo comprobaréis; y de esto sí que no os podrá librar nadie.

Y explicó, entonces, que, en el colegio de Oleza, desde que habían estado allí los jesuitas dos o tres años, habían dejado el método o costumbre de dividir en dos bandos a los alumnos —el bando de César y el bando de Pompeyo— para hacerse preguntas mutuamente los unos a los otros, y ganar o perder uno de los bandos, y también para ascender o descender cada quien y cada cual en cada uno de esos mismos bandos. Pero ya nadie quería ser César o Pompeyo, sólo César o nada, como les había explicado.

Porque, cuando los Reverendos Padres se fueron, el profesor de Historia dijo que se habían acabado aquellas «romanidades» de los jesuitas y que las banderías para estudiar y preguntarse serían los Cruzados contra los Turcos, y viceversa. Y que no se necesitaban nombres para los jefes de cada partido, pero, si querían, podían llamarse, ahora, Solimán y Balduino, y se los trataría de Señoría, y ellos mismos lo harían con el honor y respeto que dicen las historias que los Caballeros Cruzados españoles se ganaron, y fue tanto, según destaca la Historia de estas acciones de ultramar, que hubo un sultán de Damasco, llamado Licoradín, que vio hombre tan justo y honrado en un español caballero del Temple que, al morir, le dejó el cuidado y tutela de sus hijos y del Estado, porque «vio que los guardaría bien y lealmente, que tiempo había que le sirviera sin engaño, y mantuviera muy bien su ley como muy buen cristiano, salvo en la guerra cuando iba contra cristianos».

—¿Y si ganan los turcos? —preguntaban los chicos.

—Pues si ganan los turcos, pues ganan los turcos, porque la Historia es la Historia. ¿Y acaso no ganaron los turcos en Constantinopla? —contestaba el profesor.

—¿Y entonces lo de las Cruzadas?

—Pues eso quiere decir, señores, que ustedes tienen que hacerse un corazón de león como el Cruzado Ricardo de tal nombre lo tenía. Porque los Cruzados verdaderos siempre pierden y, mientras son Cruzados, van siendo crucificados o atados a la cruz.

Hizo un silencio, y luego dijo:

—Los que ganan siempre son los comerciantes venecianos, que hasta para llevar el cuerpo de San Marcos a Venecia no lo hicieron a derechas, llevándolo en procesión a ojos vistas y al son de las trompetas, sino que lo metieron en un barril con carne de cerdo en conserva para que los turcos ni lo tocaran.

—¡Hala! —decían los chicos.

—Tienen que comprender ustedes que un comerciante no puede ser Cruzado, ni un Cruzado comerciante.

Esto era lo que les habían enseñado, contaba tío Pedro, además de otras cosas que él dejaría escritas en un cuaderno para que lo leyésemos nosotros, mi hermana Lisa y yo, cuando fuéramos mayores. Y allí encontraríamos hasta la oración de un poeta de Francia que se llamaba Francis James y había estado una vez en Oleza, y decía que quería estar ante Dios entre los asnos. Y esta oración de los asnos la rezaban luego todos los chicos que no sabían contestar las preguntas en clase, pero también todos los demás, si tenían el menor descuido e iban a parar también al que se llamaba «El Honorable Batallón de los Jumentos»:

«Dulces bestias sin queja,
que súbitamente moviendo las orejas
se sacuden los palos, las moscas, las abejas;
y tanto los amo porque bajan la cabeza
y, juntando sus patas con dulzura, dejan
el corazón rebosando de allegrezza».

Y otros versos todavía más bonitos, porque la oración del poeta francés era muy larga. Y el caso era que nosotros, Lisa y yo, sabíamos reconocer muy bien y sin equivocarnos aquel cuaderno entre los muchos que tío Pedro tenía encima de su mesa, en su habitación que daba a la parte de los lilos del huerto; y, un día abrimos ese cuaderno, y copiamos lo que comenzaba diciendo, que era esto: «Cuando desde el tranvía vi nuestra casa y a mi madre y a las dos Lisas a la puerta de ella diciéndome adiós porque sabían que yo iba en aquel tranvía o trolebús, aunque a mí no podían verme, logré no llorar, pero se me partió el alma. Quizás ya no las volvería a ver, como a mi padre del que no teníamos noticia ninguna desde que comenzó la guerra y ésta me cogió a mí el cuerpo y el alma entre sus mallas de acero.

»Era muy de mañana todavía, y yo hacía fuerza por ocultar mis lágrimas y entonces le dije a mi pobre amigo Esteban Rute, que luego moriría tan pronto, que me soplase en un ojo y luego en el otro porque se me había metido en ellos algo como carboncillo, arenilla o cosa parecida. Y lo hizo, y a las dos o tres veces que sopló en mis ojos dijo: Ya está. Pero, mientras te soplaba en los ojos, ¿sabes lo que he visto? Y me aclaró, sin yo pedírselo: Pues he visto a tu madre, a tu tía, y a tu hermana, apoyados los codos en una mesa, y llorando. Pero a mí nadie me ha despedido, porque no tengo a nadie y, si me

matan, nadie me recordará. Los dos tenemos que tener corazón como un león para aguantarnos».

—¡Pobrecillo! —dijo Lisa con los ojos ya con el velo de las lágrimas.

Y no pudimos copiar nada más de este cuaderno Lisa y yo, por la tristeza que nos daba, y además porque oímos los pasos de tío Pedro, aunque enseguida entró en otra habitación, y no se paró siquiera en el pasillo junto al armario ropero aquel tan grande, en el que cabía el mundo entero, y junto al que había también un baúl que se llamaba precisamente «mundo», y era verdad que allí cabía el mundo y seguramente también la luna y las estrellas. Pero, si tío Pedro no encontraba lo que buscaba en ese armario del pasillo, no decía que no lo encontraba en el mundo ni entre la luna y las estrellas, y ni siquiera decía que no estaba entre los trajes y los disfraces de Pierrot, los sables y las pistolas, los gemelos y las corbatas o las camisas de seda, y los dominós y las barajas, sino que rezongaba:

—Por más vueltas que doy no lo encuentro entre tanta mortaja que ya tengo preparada.

—¿Por qué dices esas cosas? Se quejaban mamá o tía Lisa.

Y él contestaba entonces que, allí, en aquel armario, tenían donde elegir para amortajarle cuando se muriese: desde con un hábito de San Francisco como con el que se había enterrado a Cervantes, hasta vestido de miliciano nacional, alférez provisional o con la bata blanca de un médico sin plaza pero con colas de enfermos; o disfrazado de Hamlet como cuando estaba en el colegio, con calavera de plata y todo, o de payaso incluso, que ya sabían que los payasos eran siempre portadores de misericordia.

Y luego alzando la voz decía a mamá y a tía Lisa:

—Pero acordaos, antes que de otra cosa cualquiera, de los Cruzados y sobre todo de la cruz roja del Temple, que hay que llevar siempre, vivo o muerto.

—¡Calla, calla! —decía mamá. Nos vas a entristecer a todos, y estos niños no van a tener infancia.

—Mis señoras hermanas —contestaba tío Pedro—, los hijos, sobrinos y nietos de un Cruzado, antes de los quince o dieciséis años que tienen éstos más o menos, ya se despedían de la infancia y se les armaba caballeros, y sabían que, en cualquier momento, debían ir a Jerusalén; y andando, y cargados con su armadura y el peso de los amores que dejaban en casa, y con las dudas de si volverían, o morirían o serían hechos esclavos, y las certezas de que, si volvían, serían extraños para los suyos y para el mundo entero.

—Pero son unos niños inocentes todavía estos hijos míos —decía mamá.

—Pues rezad vosotras para que lo sigan siendo cuando vuelvan de la Cruzada de contra el mundo entero, que es la más peligrosa de todas, porque contagia su lepra y contra esta lepra no hay lazaretos que valgan.

Y tío Pedro añadía enseguida que, por lo demás, no era lo peor para los leprosos que tuvieran que vivir apartados de la gente, sino que en las iglesias, aunque fuesen Cruzados, tenían que estar pared por medio de los demás y, como ya muchos no tenían ni labios para rezar clamando al cielo, sólo se oía como un rumor de moscarrones o ayes, y también los ruidos de las carcajadas y los ascos, si alguien los veía. Aunque no se los

veía casi nunca, porque también tenían la carne blanca y reluciente como los mosaicos mismos de la iglesia y como se decía que la tendrían transfigurada los resucitados de las sepulturas el Día del Juicio; y, cuando esos leprosos entraban y salían en aquellas iglesias, si alguien los veía, cerraba los ojos ante ellos para no verlos.

Pero no los cerraban ante los esclavos, cuando iban al mercado todos aquellos del pestorejo gordo y botas altas o pantuflas mullidas, sarracenos o cristianos que compraban y vendían ese ganadillo de la guerra, que se mostraba en un lugar apartado sobre una tarima alta, hecha de cuatro tablas y sin una triste lona por techo, cerca de las ciudades o en su misma plaza, para que se viera y se comprobara bien y a todas luces la condición del ganado que se ofrecía a la venta. Y para que los compradores pudiesen también tocarlo en sus mismos cuerpos, y hasta contar los dientes que tenía cada cual, y la finura y tersura de su piel sin una arruga, como si con ella fuesen a hacerse unos guantes o camisas. Y había, allí, muchos días, decía tío Pedro, un hombre gordo con látigo, que estaba subido a la tarima, manoseaba a las reses humanas y mostraba, a los compradores, cuán tersa, joven y de primera calidad era aquella carne. Pero, otras veces, quien estaba en la tarima era una esclava vieja, con una voz llena de misericordia y de dulzura, que tenía que sacar las fuerzas de su ánima para leer la retahíla de los nombres de los esclavos y la condición de cada cual y su precio de salida a subasta. Y así decía:

—Eugvenia, de unos quince años, herrada en la frente, muchacha muy pequeña y alegre. E Yorgos, un mancebo fuerte y de pelo colorado, de unos veintiuno o veintidós años, sano. Y Atanasia y Eufemia y Nicolaus, bien aptos para todo trabajo y placer, y Marcos, estropeado de un ojo, y tres doncellas viejas sin nombre, con varios moles, y Alexandro de cuatro años y su hermana Alexia y Johan de once, y todos a precios de puja y a la baja.

Y así hasta sesenta esclavos más o menos, un día con otro, con sus precios que se alzaban o bajaban según que llegasen o no nuevos esclavos, que también iba nombrando la pregonera en tal mercado, y concluyendo siempre con el nombre y condición de ella misma:

—Y yo, Anna Comneno de la familia de los emperadores de Constantinopla, y reducida a esclavitud y desengaño, encegueda con hierro candente y muchas veces violada y azotada y cargada de cadenas, pido por caridad, a los caballeros de la fe Cruzados, que me oigan y compren estos hermanos cristianos y les den luego la libertad debida a todo ser humano, a la gloria de Dios Vivo. Amén.

—¡Pobrecillos! —dijimos nosotros—. ¿Y los compraban los Cruzados para luego soltarlos como las alondras de una jaula?

—Y el dinero para la compra ¿de dónde creéis que iban a sacarlo los Cruzados verdaderos? Aunque, a veces, sí robaban éstos los dineros, o directamente con el esfuerzo de su espada robaban a los esclavillos que no podían comprar, para luego liberarlos. Pero no siempre podían ni lo uno ni lo otro —respondió tío Pedro.

Y que eran, sin embargo, los otros Cruzados pervertidos, que se sacaban los ojos entre ellos mismos por los dineros, las mujeres y los imperios, los que, como eran poderosos señores, tenían dineros para comprarlos; y hasta para matarlos luego por diversión, los

compraban. Y a seguido se calló y también nos callamos nosotros, que nos habíamos puesto muy tristes.

—¿Y entonces? —preguntamos, de todos modos, incluso con una voz muy baja que apenas si nos salía del cuerpo.

—Entonces no sé, entonces no sé. No sé cómo decirlo —contestó tío Pedro.

Y se volvió a callar, sonriéndose un poco y mirándonos. Y luego ya dijo:

—Pero ¿a que vosotros me entendéis muy bien hasta lo de las calaveras y la lepra, la libertad de los esclavos y el Cristo vigilante y bien despierto? —nos preguntó finalmente tío Pedro.

Y nosotros respondimos asintiendo con la cabeza y también nos sonreímos un poco, aunque muy poco, porque sentíamos la pena por los esclavillos, y luego preguntamos, por nuestra parte:

—¿Y cuándo habrá otra Cruzada para liberarlos, tío Pedro?

—¡Ya nunca, o quién lo sabe! Pero vosotros preparaos, por si acaso, con vigiliyas y velas encendidas hasta que luzca luego la estrella matutina, el lucero del alba, la señal de partida. Y os pongáis en marcha.

Luego decía que nos imaginásemos un campo inmenso como la tierra llana de Castilla y con los surcos nevados en su lomo y no en su valle, porque eso era lo que parecerían siempre las filas de un ejército de Cruzados, por el blancor de sus capas y las cruces rojas como si fuesen amapolas entre nieve, y, por su brillo, lunas las espadas, los cascos y los petos. Y que también la sangre era roja, pero toda ella se ofrecía la víspera a Nuestra Señora, rodeada de candelas ardiendo, y ella en su seno la recogía y la guardaba con los pensamientos más queridos de los que morían.

—Y la sangre y los pensamientos de los turcos, tío Pedro, ¿qué era de ellos?

—También eran hombres, también vestían de blanco, también tenían lunas y espadas, y también conocían a Nuestra Señora. Y es seguro que también los acogía —contestó.

Pero, como si no se hubiera quedado muy a gusto con lo que había acabado de decir, nos preguntó:

—¿Es que nunca os he dicho que Dios lloró, cuando el ejército del Faraón se ahogó en el Mar Rojo?

—Sí, pero ¿entonces? Entonces ¿para qué se hacían Cruzadas?

—Para rescatar la Cruz verdadera aunque fuera bajo tierra y cargar con ella.

—¿Y ahora?—se atrevió a añadir mi hermana Lisa.

—Pues igual.

Y no nos dijo más tío Pedro, porque se puso pensativo por algo, o a lo mejor porque ya le costaba hablar muy seguido, pero ésta fue la primera y única vez que nos hizo una cruz en la frente, y, luego, nos dio un beso en ella, y no supimos qué decirle. Aunque, cuando ya nos fuimos a jugar, la dije yo a Lisa:

—Es que es como si ya nos fuéramos a ir a la Cruzada, porque yo he leído que así se hacía muchas veces. ¿Tú sabes algo?

Pero Lisa casi siempre que yo la preguntaba una cosa se sonreía y, aunque ahora negaba un poco con la cabeza, tampoco me contestó nada.

V

El hambre y la lepra

Cuando nació tío Pedro, sus padres, tía Lisa y nuestra madre vivían ya en la casa de sus bisabuelos y abuelos, en la que luego vivimos nosotros, y que se había llamado, en aquella tierra y desde muchos años atrás, «La Casa del Francés», porque allí había vivido el pariente de un clérigo vasco de Bayona que había levantado mucha polvareda en toda Francia en tiempos antiguos y, aun encarcelado, parecía, según decían, que tenía el poder de seis ejércitos.

Pero luego el edificio de la casa se venció con los temporales, las guerras y el abandono, y quedó reducido a menos de la mitad, y así estaba ya cuando compró la casa un viejo carlista, desengañado de lo que él llamaba «la traición del abrazo de Vergara», se había enrolado en la segunda carlistada y, vencido, había tenido que huir a Francia, y de allí había marchado a luchar junto a los Confederados del Sur en la Guerra de Secesión Americana en la que, en West Woods y en otras partes, habían vencido a los Federales, aunque al fin habían sido vencidos por ellos, como siempre y en todos los lugares del mundo, no por el valor ni las razones, sino por las máquinas, los dineros y las mentiras escritas en papel. Y él se volvió a España, y se había cerrado en aquella casa a cal y canto, a poco de llegar de América, y sólo salió de allí para volver a morir a su tierra del Pirineo aragonés o navarro, por lo que se deducía de lo que unos y otros contaban. Las gentes decían que se había traído una campana que había encontrado entre las ruinas de la ermita de su aldea, que tenía grabada la leyenda: «A DO MI VOZ LLEGÓ, NI RAYO CAYÓ, NI AMO SE DIO, NI AYUDA FALTÓ»; la había instalado en una espadaña coronando el tejado de la puerta de la casa, y decían también que la tocaba en algunas fechas señaladas para él y antes de ir a misa los domingos, para protestar de que buena parte de los clérigos, y entre ellos el de la parroquia donde ahora vivía, se había acomodado con los liberales. Y se la llevó con él cuando se fue, de manera que el bisabuelo de tío Pedro, de mamá y de tía Lisa ya no la vio, aunque, a la hora de hacer el ajuste de la casa, el dueño de ésta sí hizo alusión a la campana y a su mujer y sus tres hijos pequeños que habían muerto en una acción de guerra nocturna y por sorpresa de aquella segunda carlistada, que también había destruido la ermita y casi la aldea entera apenas se había pasado él a Francia. Pero de la casa que le vendía y del último dueño de ella, a quien él se la había comprado, y de los anteriores dueños sabía poco, o no le quiso dar explicaciones más circunstanciadas a nuestro tatarabuelo, ni siquiera, por ejemplo, de ese asunto de la campana y de lo que se decía en el pueblo acerca de que había un rosal medio salvaje en el huerto que sólo daba tres rosas blancas un poco azuladas como con añil muy claro, que llamaban mucho la atención de todo el

mundo, y no se sabía por qué.

Nadie de nuestra familia había visto ni las rosas ni la campana, y tampoco se anduvo luego dando explicaciones a nadie de estas cosas ni de la vida del vendedor de la casa y de su historia, porque tampoco tenía nuestra familia la obligación de darlas, porque cada quien era cada quien y cada cual era cada cual y, además, porque nuestros abuelos eran gente de pocas palabras y sin ninguna pertenencia a cofradía o facción ninguna, y simplemente fueron gente contraria al siglo, desde que los siglos dejaron de serlo, un par de cien años atrás, más o menos, cuando comenzaron a mermar los pensares y sentires y comenzaron a brotar los pareceres como ortigas. Y a lo mejor no faltarían personas como las de antes de estas ortigas, decía también tío Pedro, pero que esto no se heredaba como el color de los ojos, y tampoco se contagiaba, sino que era asunto del ánimo de cada quien y cada cual, que le ponía en contra o no del guirigay de estos siglos sin color, sabor ni etcéteras.

—Pero es que, además, yo estudié el bachillerato en Oleza —decía tío Pedro como si dijera que había estudiado en el Colegio Louis le Grand o en el Richelieu, o en Oxford o Cambridge, los lugares de enseñanza de los que siempre todos hablaban.

Y lo decía también a todo el mundo, y tanto en el pueblo como en el cuartel o en el mismísimo Café Gijón en Madrid, donde aseguraba que iba a ver a los escritores como otros van a la pajarería, a ver loros y periquitos o cotorras y pájaros de otros plumajes. Pero no andaba con más explicaciones:

—Es que quienes conocimos a Ockham tenemos siempre la navaja a mano y no damos más explicaciones que las precisas. O ninguna, como decía el Príncipe de Talleyrand, que era un sinvergüenza, pero con un talento de primera clase especial privilegiada. Como que sacaba la cabeza a su sinvergonzonería.

—¿Y es que conocías también a este señor?

—¡Pues sólo faltaría que no!

Y decía otras cosas por el estilo. Y, efectivamente, tío Pedro había estudiado en Oleza, y decía que no recordaba con seguridad si fue antes o después de que se enseñara ya el movimiento giratorio de la tierra en torno al sol. ¡Tanto tiempo hacía de esto! ¡Y tan insignificantes le parecían esos detalles tan pequeños de la geografía!

¿Para qué era necesario, en efecto, andar con estas discusiones, si lo que en Oleza importaba era que el sol salía, recorría el curso del cielo y se ponía, huyendo de la noche o amparándola, que tampoco estaba en esto de acuerdo todo el mundo? El profesor de Historia y Geografía, por lo menos, era del parecer que él no debía ser quien pusiese en circulación novedades ni recordase evidencias, y sobre todo no volvería a hablar de geografía política, porque en aquellos años estaba todo revuelto después de la Primera Gran Guerra y ni siquiera se podía hablar del Imperio Austro-Húngaro, que ya estaba totalmente desaparecido, aunque a este profesor le parecía imposible, y no se daba esa lección de Historia sino hablando del pasado de ese Imperio, y como si todavía estuviese ahí, y todo en el mundo se moviera a la sombra y cobijo de este desvanecido poderío.

Se hablaba mucho más en el pueblo, y se sabía algo más en las aulas, acerca de países africanos como Abisinia, donde había un rey, que era un hombre de estatura muy

pequeña y delgadito, al que llamaban «El León de Judá» y «El Negus», y que debía imponer un respeto de faraón antiguo a todo el mundo, porque se echaban de bruces ante él y no podían mirarle el rostro, o eso se decía. Pero en Abisinia precisamente estaban como misioneras dos monjas de Oleza, de las que hacían hojuelas por cuaresma, y allí se las escribió para enterarlas de que la confitería que se llamaba «El Horno Francés» había sacado a la venta unos nuevos pasteles llamados «abisinios», que llevaban chocolate por fuera y nata por dentro, pero que, tanto para «El Horno Francés» como para ellas, las Hermanas de las misioneras, que habían aprendido a hacerlos, suponía un difícil conflicto de conciencia hornearlos también en Abisinia porque los liberales, masones y ateos de Oleza andaban propalando que el Vaticano jugaba una vez más a dos barajas porque llamaban «abisinios» a unos pasteles exquisitos en honor de los habitantes de Addis Abeba y de todo el territorio de Abisinia y así ofrecían la sensación de ser sus amigos y, por lo tanto, enemigos de Mussolini, que había atacado a todos los abisinios; pero el Vaticano había firmado con los mussolinianos un pacto. Y lo que se preguntaba a las misioneras era si a los niños abisinios, como a los de Oleza, les gustaban estos pasteles «abisinios», que las monjas les daban; y, por lo tanto, podían seguirse haciendo en Oleza y en Abisinia, tranquilamente. Sobre todo porque, en realidad, los pasteles que había enseñado a hacer «El Horno Francés» a las monjas eran más pequeños y delicados y se llamaban «Adisabebas», y estaban resultando ser más populares, incluso en el colegio, y todavía mucho más en el colegio de las chicas, que siempre eran más refinadas en estos asuntos de confitería. Y la cosa debió de consultarse muy arriba, y desde allí habían contestado que ni Mussolini ni el Negus pintaban nada en Oleza, ni el Vaticano había dicho ni media palabra sobre esos pasteles, según aseguraba el capellán de las monjas, que era una autoridad en este asunto.

Pero los problemas morales no venían de uno en uno y de tarde en tarde, como en los tiempos pasados, sino que ahora se echaban encima varios y de golpe. Y así resultaba que algunos grupos de los chicos mayores del colegio habían venido llamando en secreto «El Campo de las Ninfas» al gran patio de deporte que tenía el colegio de las chicas, y que podía verse perfectamente desde las habitaciones altas del colegio de tío Pedro. Y lo que pasó fue que, cuando las chicas comenzaron a usar pantaloncitos cortos, el director y la directora de los dos colegios decidieron levantar un muro paredaño para impedir toda visión de cualquier parcela de ese patio. Y el resultado fue que, por lo menos a los chicos, ya ni las sesiones de cine les consolaban de la pérdida de aquel primer espectáculo, que muy tarde llegó a descubrirse por cierto, y que, según decían ciertas lenguas, había venido siendo la principal razón, impensable para las autoridades del colegio Francés de los chicos, del aumento de matrícula en éste sobre la que tenían el otro colegio masculino rival y el Instituto de Enseñanza Media.

—¿Y quiénes eran los que querían derribar, ahora, el muro hacía poco levantado porque las costumbres estaban cambiando o ya habían cambiado, y ya, por ejemplo, jugaban al balón todos juntos, los chicos y las chicas, en el otro colegio y en el instituto? —preguntaba el señor director.

Y se contestaba a sí mismo:

—Nadie de esta casa quiere destruir ese muro, porque nosotros somos nosotros, y vamos a ver cómo resultan estas novedades en otras partes, y tiempo habrá de tomar una determinación si fuera necesaria. Pero nunca es suficiente demasiada prudencia.

Aunque había sido, en verdad, un gasto inútil el alzar ese muro, porque los chicos traducían a Marcial, a Juvenal y a Ovidio para su propio consumo; de manera que podían muy bien fastidiarse el director, la directora y los mismos alumnos del instituto, que sabían poco latín, que no llegaba ni a la mitad del de los latinistas del Colegio Francés sabían, además de muchas informaciones detalladas sobre quiénes eran Claudia o Lesbia y a lo mejor hasta Lisa María de las Nieves, y el *Ars amandi* y también las *Tristia*; y ya siendo así las cosas en este caso, no servía absolutamente de nada poner o quitar muros.

El profesor de latín era el señor deán de la catedral y, según decían, había tenido sus buenas presiones para que tuviera buen cuidado con los clásicos, porque los chicos empleaban luego su habilidad en traducir picardías, que, como decían en el Centro Republicano, era para lo que empleaban los curas el latín, y que toda la Biblia estaba llena de ellas; mientras que el deporte era mucho más sano. Pero el señor deán defendió a griegos y romanos, aunque ellos tenían sus cosas y algunas abominables, pero esto era una cuestión distinta. Y, por cierto, también tenían deportes. ¡Y qué deportes! Eran de dioses del Olimpo, comparados con los de hoy. Pero, por lo demás, él no tenía por qué bajar a informar de cuestiones personales en las biografías de Safo o de Catulo, y no bajaba; pero lo que no podía hacer era privar a sus alumnos de sus versos.

—¿Y por qué no nos cuentas tú esos detalles y cuestiones personales a nosotros, tío Pedro?

—Cuando pase un año más y os sepáis lo de «At male vobis sit, malae tenebrae Orci, quae omnia bella devoratis» y todo lo demás del poema. ¿No os acordáis de que ya escribimos esto en un azulejo para recuerdo de un pájaro muerto que llorasteis tanto?

—Sí, sí. «¡Que os ocurra lo peor, malditas tinieblas del Infierno que devoráis todo lo hermoso!» —contestamos nosotros de corrido.

Pero, sin duda ninguna, lo que más les había hecho mención, a tío Pedro, al colegio y al pueblo entero de Oleza en ese tiempo, había sido una aurora boreal que había habido y, en esa ocasión, el rapto, no se sabía si con su consentimiento o sin él, aunque se suponía lo primero porque estos acontecimientos atmosféricos siempre perturban el buen sentido de cualquiera y más el de una señorita que trabajaba en un comercio de encajes y puntillas y ella misma hacía maravillosas blondas. Tal rapto había sido llevado a cabo por un joven rubio de nacionalidad alemana que, años atrás, había conocido Oleza, en una visita turística y literaria con una familia de Alicante, y luego, más tarde, había vuelto por allí algún que otro otoño, y había aparecido, de nuevo, precisamente aquellas noches de aurora boreal, en las que la gente andaba un poco alborotada viendo este extraño fenómeno, sobre el que el profesor de Geografía dijo, sin embargo, que no había sido ninguna aurora boreal, sino luz del sol bajo de noviembre entre celajes de nubes cárdenas o nubes rojas como la sangre de las heridas enquistadas de los españoles, o algunas rosas muy encendidas, cuando ya van a marchitarse.

Y todo el mundo pensó entonces que, si no era una aurora boreal, no lo sería, pero de

lo que no cabía duda era de que se trataba de algo muy bonito y muy raro, y que podía traer más cola que un cometa que nunca está falto de presagios aciagos, como se comprobó luego, cuando ya pasó y dejó de verse aquel rojo del cielo, cuando la señorita raptada ya no estaba en Oleza, ni tampoco estaba el farmacéutico, que murió en esos días, precisamente, diciendo, a su mujer y al mancebo de botica que moría como envuelto en la sagrada púrpura de la Naturaleza:

—Vuelvo a la materia de donde salí, pero quiero que me amortajen con el hábito de San Francisco, y no quiero que me entierren en el corralillo, aunque lo haya dejado escrito en el testamento. La que vale es la última palabra.

Y así se había hecho.

Salieron los colegiales tres noches seguidas a ver la aurora boreal, y la vieron bien y muy despacio, porque era como si se hubiera parado el tiempo, y no tuvieran que volver al colegio, y como si fuera verdad que era como los fuegos artificiales del anuncio de que se acababa el mundo, como algunas gentes decían, o de que el cielo se iba a convertir en una gran rosa como las de los fuegos de las fiestas patronales de Oleza; pero una rosa que no se apagaría nunca.

—Como las noches de San Petersburgo —dijo el profesor de Geografía.

—¿Quién escribió *Las Veladas de San Petersburgo*? —decía tío Pedro que preguntó luego, cuando se enteró de esta explicación, el profesor de literatura.

Y contestaron ellos:

—El conde Joseph de Maistre.

Y el profesor comentó:

—Libro importantísimo para desengaño de los extraviados por la lamparilla de las Luces de los señores de la peluca, que, sin estudio alguno y por pura emanación de esas Luces, han hecho filósofos y hombres de ciencia a cada ciudadano y cada quisque.

Y ya al curso siguiente, cuando volvía a explicar las Luces y la Revolución Francesa, decía que se acordasen de la aurora boreal, porque el cielo de París durante la Revolución también estaba todo rojo, pero con el reflejo de la sangre derramada.

Luego hizo un silencio como para meditar lo que acababa de decir, o para dar la oportunidad a algún alumno que quisiera hacer alguna pregunta. Pero ante el silencio de la clase prosiguió diciendo:

—España se salvó entonces de la Revolución y ¡ojalá que se preservase en adelante! Pero quizás tenga que claudicar como un pajarillo ante una boa, porque peor que ésta son el hambre y el desprecio que alimentan la ira, y hambre y desprecio hay en España y en Oleza —concluyó.

Pero no le entendían entonces, aunque en el último curso ya se explicaba más exactamente, según decía tío Pedro, y afirmaba y reafirmaba que no quería ver él lo que verían ellos, sus alumnos, y que hasta en la misma Oleza había ya asomado, y sacado la cabeza, de todos modos, en la noche del apedreamiento del palacio del obispo.

Y nos decía tío Pedro, entonces, que este obispo era un prelado de familia aristocrática que había pasado casi toda su carrera en la Corte de Roma, y había sido enviado después de unos años como obispo a la tierra de sus antepasados, pero no a la ciudad donde había

nacido exactamente, sino a Oleza; y, a su llegada allí, parecía ya un anciano muy frágil, delgado y espiritual, erudito y delicado, ascético en sus costumbres. Dormía mal y parecía leer eternamente por las noches como el Doncel de Sigüenza está haciéndolo en su catedral, el Inquisidor del Corro en San Vicente de la Barquera, el obispo Alonso de Madrigal en Ávila y Dante en Rávena, según se decía bromeando entre la clerecía de palacio, aunque no sin admiración muy grande por su amor a los libros y al silencio. Aunque era tardo de oído, y con frecuencia no oía la tempestad ni el agua de la lluvia vomitada por las gárgolas góticas de su palacio, y sólo el esquilín de unas monjas cercanas que tocaban a Maitines le hacía recogerse para un breve sueño. Pero no en aquella noche del apedreamiento, en la que oyó el ruido de los cristales rotos y luego el choque de las piedras contra las contraventanas, y le parecía ir en un barco en el momento del abordaje; quizás en la Nave misma de los Inocentes y los Locos, a quienes se paseaba por los mares del mundo hasta que su inocencia o locura les mataba; o le parecía también que oía, y él el único, y en medio de la noche, las doloridas y apagadas quejas de los que iban en la «Carreta de los Incurables», a quienes él sabía que antaño, en el siglo XVIII, se sacaban de algunos hospitales de pobres las noches de invierno, y luego se abandonaban en la ciudad, arrojados con una sábana, para que los rematase la helada, debajo de los soportales o en el atrio de una iglesia. Y gritó como si se ahogase en el recuerdo.

Entraron sus clérigos familiares a tranquilizarle, se ofrecieron las monjas que le cuidaban a prepararle algunas tisanas de tila o valeriana, pero despidió a todos con agradecimiento, y sólo más tarde sabrían de algún modo que lo que le había ocurrido de repente, un día, había sido como si un ángel le hubiera abierto los oídos y los ojos, y hubiera oído y visto todo el dolor del mundo ya en sus años mozos de estudiante, cuando una tarde se extravió en su ciudad natal con otros muchachos más allá de los límites que tenía marcados por sus preceptores, y entró con otros muchachos de su edad en aquella parte de la población en la que había unas medio casas o medio cabañas construidas con barro y latas, que no tenían ni chimenea y no había calor al que ampararse allí, y nunca había oído luego hablar a nadie de estas amarguras. Y apenas llegó a esta otra ciudad como el obispo de ella, preguntó:

—¿Podremos tener paz en la mesa? ¿Podremos comer tranquilos sabiendo que todos pueden hacerlo lo mismo?

Pero nadie pudo, nadie supo, o no quiso contestarle, ni tampoco sobre cómo se había tendido aquel telón dorado que no le había dejado ver, durante el casi año y medio pasado desde su llegada, sino el esplendor y sosiego de la ciudad, envolviéndole como en siete pieles de búfalo, como decía Maestro Eckhart, para que no viera el hambre y sus figuras de humanidad deshecha. Pero era suficiente asomarse a los recuerdos de su propia ciudad y quizás ahora eso mismo sucedía en torno suyo, y a él le parecía que oía jugar y también estarse quedos como estatuas a niños con un rostro serio y consumido, o que, incluso si sonreían, no eran juguetones y encantadores como los «putti» de los retablos barrocos, sino como una máscara demacrada y horrible. Y seguramente habían estado cerca de él desde que llegó a la ciudad, y quizás no muy lejos de donde él estaba

en aquel casulario, que ahora le parecía no como una jaula de oro ni palacio antiguo con un jardín cerrado, sino como leprosería o lazareto. Y fue al poco tiempo, a partir de aquella noticia del hambre y la desgracia que había descubierto un día, cuando aquella visión primera de ellas que había venido royéndole, y luego se le había revelado de nuevo con tanta fuerza, al oír aquella furia nocturna contra él en la que también volvía a oír el traqueteo de las ruedas de la Carreta de los Incurables pobres, entregados al cuchillo del frío de la noche, y veía a todos aquellos miserables como ovejas llevadas al esquilador y al matadero sin que abrieran la boca ni lanzaran un balido lastimero, y se le renovaban también tales imágenes insoportables con cada ayuda y socorro que enviaba, de manera que aquel sordo sufrimiento invadió del todo su cuerpo y su alma; y su piel se le puso blanca y como transparente, y todo él parecía translúcido y alabastrino como si estuviera convirtiéndose en estatua orante de su propia tumba.

Y al poco tiempo murió, a cuenta de ayunos y pesares, afán y desespero, que son peor fuego y quemazón que cualquier úlcera leprosa. Y su corazón parecía seguir encendido en su recuerdo, así que las gentes comenzaron a llamarle «El obispo leproso», por miedo y precaución de acercarse a su memoria verdadera. Y era como si no hubiera existido, o hablaban de él como si hubiera sido una imagen con su capa dorada en un altar.

VI

Los balnearios

—¿Era éste el obispo que estaba leproso?—preguntábamos Lisa y yo.

—No. No, nunca hubo un obispo leproso, salvo en un libro que había escrito un escritor que se llamaba Gabriel Miró, y sufrió mucho amargor y melancolía en esta tierra —dijo.

Y tío Pedro nos explicaba que era bonita, aunque también melancólica, la figura de un obispo leproso que llevaba unos mitones en las manos, y con ellos bendecía pero no podía dejar que le besasen el anillo, y luego se iba consumiendo en su vestidura morada, y tenía que guardar mucha bondad y dulzura para dárselas al mundo. ¡Qué bonito! Pero no era verdad. La peor lepra siempre es la que, a quien pilla y pinza en sus carnes, hace ver con sus ojos y tocar con sus manos la iniquidad del mundo, como le ocurrió a aquel obispo que supo que algunos niños morían de hambre, y ni siquiera podía oírlos llorar porque los llantos de un corderillo casi muerto no tienen fuerza para llegar a parte alguna. Y, cuando le tocó la iniquidad del mundo, ya no pudo vivir más. Murió enseguida, y le hicieron una estatua yacente de alabastro, para tranquilidad de todos.

—Porque este mundo sólo quiere encargados e intercesores de negocios, así en la tierra como en el cielo. Amén, y así sea —concluía este asunto tío Pedro, sonriéndose.

Aunque lo que sí hubo en Oleza fue —además de aquel otro obispo del que les había hablado—un médico que vino allí a pasar sus últimos años y había estado en África donde había conocido todavía ventas de esclavos negros y blancos, y, aunque bastantes cosas se habían remediado, aquellas vergüenzas habían dejado como una carcoma en los adentros de la gente y en las naciones, que a veces parecían algo, y no eran nada sino que tan sólo estaban llenas de serrín que la carcoma había ido haciendo.

—Llevaba siempre puesto este médico un gorro negro y rojo y tenía un bastón con la empuñadura de plata, que tenía labrada la cabeza de un áspid, con unos ojos que eran verdosos o rojos según la posición en que se le mirase.

—Como éste era el áspid con el que se hizo picar Cleopatra; pero es también el símbolo de la medicina —contestaba muy solemnemente cuando le preguntaban.

Y luego contaba que el bastón se lo había regalado un militar egipcio con el que había hablado muchas veces, y había concluido por tener una buena amistad, y siempre le decía, cuando se encontraban con turistas europeos que iban a ver el Canal de Suez y las Pirámides, que lo que buscaba toda Europa era un sátrapa, y que lo tendría, y les obligaría a hacer adobes, día y noche, como el Faraón a los judíos antaño, para juntar un montón de aquéllos y luego enterrarse él allí debajo. Aunque esto, después de que hubiesen muerto trabajando los que hacían los adobes, desde luego. Y que Europa,

finalmente, se llenaría de pirámides, y luego irían a visitarlas la gente de Asia, África, América y Oceanía. Pero que, como él era descendiente de los egipcios romanos, pensaba que todavía Roma levantaría la cabeza, cuando menos se pensase.

Y decía tío Pedro que este médico viejo, que era un sabio en su arte, repetía, muchas veces, aquello de que Roma podía levantar la cabeza, desde que había llegado a Oleza, como a esperar algo. Era un buen médico generalista, además de ser especialista en enfermedades difíciles de la piel, como decían en el colegio los profesores y toda la gente en Oleza; y, si don Celes Mohedano, el médico del colegio, no podía por alguna razón hacer la visita diaria que hacía allí, aunque no hubiera nadie enfermo, decía tío Pedro que iba este médico viejo que encantaba a los chicos y al que, aunque se llamaba don Ignacio de la Gándara, ellos le llamaban «El doctor», y enseguida se ganó su simpatía por muchas razones, y la primera era porque estaba de acuerdo con la que él mismo llamaba «Doctrina Cartesius» o de Descartes, que consideraba que en ninguna parte mejor que en la cama se preparaban unos exámenes ni se pensaba, ni se estudiaba mejor y con mayor fruto. Y, aunque ello trajo algunos pequeños malentendidos y diferencias con algunos profesores y el director del colegio, lo cierto fue que esta tesis hizo escuela entre los alumnos de varias generaciones. Y tío Pedro ya no le había conocido, pero decía que su prestigio era inmenso en el colegio y en toda Oleza, y luego también entre los que habían estudiado allí y se habían hecho médicos o habían sido sus enfermos, todos.

—¿Y tú también, tío Pedro?

—Sí, pero a mí me gustaba tanto o más lo que se contaba que decía el doctor de su amigo egipcio sobre que Roma iba a volver a levantar la cabeza el día menos pensado.

Y se calló luego, como si se hubiera emocionado, y volvió la cabeza, y ya nos contestó como si no hablara con nosotros y como no queriendo que le escuchásemos, pero a la vez deseando que sí le oyésemos muy claramente decir que se había enterado por otras personas de que, más tarde, al doctor don Ignacio de la Gándara sólo se le vio alguna vez yendo todavía al colegio a hablar con algunos profesores de las cosas terribles que él tenía la impresión de que iban a ocurrir en el mundo, si Roma no levantaba la cabeza; y, unos pocos años más tarde, se supo que había sido fusilado antes de la hora del canto de la alondra, porque ésta era la costumbre en las madrugadas de la España entera de aquellos otros años. Y Roma no había levantado la cabeza.

Y luego ya, otra vez, dijo tío Pedro que la explicación de todo lo que había pasado entonces estaba en que ya en Oleza, como en toda España, se había sembrado el cornezuelo y el país lo había recogido y regustado muchas veces. Y brote de cornezuelo, realmente, era lo que había sucedido aquella noche cuando algunos mozalbetes apedrearón el palacio del obispo entre otros varios lugares, y otros echaron basura en el lavadero público, o se burlaron e hicieron mofa de unos niños tullidos, o muy delgaditos y con la cabeza muy grande, que algunas veces sacaban unas monjas de paseo, e iban al campo para que Dios los bendijese allí y los limpiase de la risa y de la compasión científica de las gentes que estaban sanas y con el pestorejo gordo. Porque le tenían miedo a este ganadillo de inclusa y de sala reservada en hospital o manicomio, como se

lo tenían a la lepra del obispo y terminaron, al final, gritándosela a éste, en una procesión del Corpus, y en vísperas de irse ya a la tumba. Y al médico viejo que sabía curarla no había que dejarle que viviera. Porque decía tío Pedro que saber cómo es el mundo y verlo es la peor lepra y la peor peste negra que se puede tener, y por eso no queremos ver.

—¿Y por qué? —decíamos nosotros.

—¿Es que no os he dicho ya que la Biblia dice que quien ve a Dios se muere, y no os he explicado que si se ve el Mal del mundo, que es como mirar la cabeza de la Medusa, se convierte uno en piedra? —nos preguntaba, a su vez, tío Pedro.

Y remachaba otra vez que él había visto echar la semilla negra y crecer el cornezuelo de los años sangrientos; aunque parecía que en Oleza nunca podría ocurrir nada, y el tiempo era como el de la hora de la siesta, cuando en los huertos cantaban las cigarras y los galgos echados a las puertas de los palacetes levantaban la cabeza porque en aquellas plazoletas resonaban una voz o unas pisadas como una anunciación, y caía sobre la ciudad una paz verdaderamente augusta. Y esta paz sólo se rompía o, más bien, se acompañaba con el tañido de tantas campanas que sonaban a tan distintas horas en la ciudad, y con las tosecillas que se oían, la mayor parte de las veces ahogadas como un lamento, en las tardes y las noches del otoño y del invierno; mientras en el casino se hablaba interminablemente sobre la siembra y la lluvia, el frío o la nieve, los noviazgos, las bodas, los nacimientos y las muertes, que era la eterna rueda de la carroza de la vida que pasaba tan lenta por Oleza, aunque pocas veces iba revestida de blanco, como dijo tío Pedro que ya siempre vestiría Lisa María de las Nieves.

Abrían los olezanos las persianas o las contraventanas, cuando oían su ruido, y, si la carroza no era blanca, cerraban rápidamente aquellas ventanas o la puerta, como hacían cuando les sorprendía un relámpago.

Hasta que un día, según dijo tío Pedro, fue la Historia la que se presentó allí, en Oleza, y aseguraron los que la vieron que de la carroza roja y dorada en la que iba bajó una buena moza que llevaba un cinto plateado y andaba cimbreándose lascivamente, y de aquel cinto llevaba colgadas dos pistolas. Nunca se había visto, ni soñado en Oleza una cosa así, ni parecida.

Y luego añadía:

—Pero entonces la Historia como una dama con hábito o una suripanta descocada andaba recorriendo España.

Así que, por aquellos idus o aquellas kalendas en los que se la vio, había salido tío Pedro de Oleza, y esta vez no con el bachillerato casi entero, sino con su carrera de Medicina hecha en Madrid, y hubiera vuelto allí algún día a las puertas de aquel verano, si hubiera habido verano para disfrutar aquel año. Pero ese año, tío Pedro —porque papá tenía que quedarse en Madrid como atado a su quehacer—nos llevó con él, a mamá, a tía Lisa, a Lisa y a mí a Cestona, porque en Baños de Montemayor ya no había tranquilidad. Es decir, la tranquilidad como la de la antigua Oleza, hecha igualmente de tardes y noches aburridas, comadreos, vidas contadas a la luz de la enfermedad esperanzada o de una salud inacabable. Pero también en el balneario de Montemayor, como tío Pedro se

había enterado, entre partida y partida de cartas, entre tertulia y tertulia, y hasta en el comedor o tomando el café se hacían silencios que nadie se atrevía a romper. La lectura del periódico se había hecho un poco más azorada o abiertamente inquieta, y luego la interrogación de los muchos que no lo leían a los pocos que lo leían, en un tiempo en el que todavía las gentes no se interesaban demasiado por lo que decían los papeles, ni se consideraba de buen gusto ni decente hablar de política, ni se conocía a ningún político personalmente, ni se deseaba, como no fuera, por ejemplo, el diputado del distrito que tenía la llave de la espita para poder regar los naranjales. Pero, ahora, en aquellos Baños de Montemayor ya se hablaba de política, y había habido sus mítines en el pueblo. Y también había sucedido ya aquel encuentro de un año antes, y parecía aconsejable no volver a poner los pies por allí. Porque allí fue, en el pequeño jardín del balneario según me contaron tantas veces, donde jugábamos Lisa y yo, cuando, un día, saliendo de la terraza cubierta que era como una blanca tienda del desierto, ocurrió que interrumpimos un instante el paso a una persona mayor que me hizo a mí, entonces, un repelús en el pelo, y yo me quedé mirándole, y luego, muchos años después, me dijeron que era don Alejandro Lerroux, y mamá y tía Lisa juraron que aquello había sido como una aparición para ellas, y no de un ángel precisamente, sino de demonio verdadero.

Y la mayoría que estaba allí también debió de pensar lo mismo, dada la fama que tenía, por entonces, aquel señor; aunque, cuando mamá y tía Lisa se lo contaron a tío Pedro al volver a casa, éste las dijo que nada tenían que ver aquí los demonios ni los diablos, sino que los radicales de Lerroux eran como los liberales de siempre que, si entraban en una iglesia, enseguida se acatarraban y luego tenían que ir a los baños a curarse del catarro y a desengrasar el cuerpo de los festivales patrióticos. Pero mamá contestaba que era muy fácil reírse cuando todo había pasado, pero que había que haber visto a la pobre Lisa ponerse delante de aquel señor de los bigotes para defenderme, y luego ver a la gente cómo nos habían cercado y cómo, rápidamente, mamá y tía Lisa y también mi hermana Lisa me habían llevado como en volandas a una botica, en el pueblo, donde me lavaron la cabeza y me la restregaron con jabones desinfectantes y luego me desinfectaron también todo el cuerpo. No sabía yo quién era don Alejandro Lerroux, pero estaba viendo que me desinfectaban de alguna mala epidemia o de los piojos, que era por lo que nos desinfectaban también muchas veces, cuando íbamos a la escuela.

—Todo esto es muy triste —decía mamá—. No lo contéis más.

Y tío Pedro explicaba:

—No sé por qué no. Porque es que nos estamos convirtiendo en ganado, y tenemos que estar sanos y ser fuertes para producir, y por eso nos desinfectan, y nos van a purgar a todos, además, con aceite de ricino o agua de Carabaña. La gente ya sólo cree en estos sacramentos.

—No digas esas cosas delante de los niños —dijeron como muchas otras veces mamá y tía Lisa.

Pero tío Pedro ya nos decía las cosas estando ellas delante o no, y casi siempre se las sonsacaba Lisa, mi hermana; o a lo mejor era a él mismo al que ya se le escapaban porque le entraban prisas por decirlas, o se le olvidaba que todavía no éramos mayores.

Y esto ya pasó luego muchas veces, y, por ejemplo, cuando, en vez de haber ido a Baños de Montemayor, estuvimos en Cestona, y lo primero que nos dijeron, al llegar, a tía Lisa, a mamá y a Lisa y a mí, fue señalarnos un gran banco de los de jardín que estaba a la entrada del balneario, y recordarnos que allí, sentado y leyendo el periódico, habían matado al señor Cánovas del Castillo, Jefe del Gabinete o del Gobierno, hacía un poco más de treinta años.

Una señora obesa y una jovencita muy pálida, que venían detrás de nosotros, comentaron en voz alta que menos mal que hacía ya tanto tiempo. Pero entonces volvió la cabeza hacia atrás un médico que, embutido en su bata blanca, y con su pelo ya bastante encanecido, paseaba tranquilamente delante de la puerta del establecimiento, y se dirigió a nosotros, porque quizás creía que éramos nosotros los que habíamos dicho eso, y quiso como puntualizarnos, diciendo:

—Sí, pero aquel atentado fue como el alza de la veda en el país, y luego ya siguió la caza, y no hace los treinta años que pasó lo que pasó en la Semana Trágica de Barcelona que fue una barraca de horrores verdaderos, pero como si de horrores de una barraca de feria se tratara. Hubo hasta un baile con una momia de un pobre desequilibrado, mientras se oía un vals o una polka en el piano por el balcón abierto de una casa burguesa. A nadie le extrañó, ni nadie lo dio importancia, pero maravilló a los extranjeros, porque, según dicen, sólo en España tiene el pueblo este genio para el teatro y sólo ellos pueden ofrecer grandiosos espectáculos dramáticos.

—En Oleza, donde estuvo este hermano mío estudiando el bachillerato —dijo mamá—, sólo tiraron unas cuantas piedras al palacio del obispo, pero no hubo desgracias, aunque luego en Madrid, cuando estaba estudiando, ya fue todo distinto.

—Sí señor, en Madrid ha sido donde he estudiado Medicina —confirmó tío Pedro.

—Y entonces ¿ya sabe el mozo si le gusta ser internista o cirujano, o dedicarse a cualquiera otra especialidad? Pues le diré lo que decía el doctor Bastos, que era médico de huesos, y había sido médico militar: «En tiempo de paz, lo que se necesitan son buenos internistas; pero en tiempos revueltos, arreglahuesos y arreglatripas, y a destajo».

—Todavía me falta por sacar el título de la Licenciatura —dijo tío Pedro.

Se sonrió el doctor y contestó luego:

—Pues, si te decides por ser médico de Balneario, me lo dices. Esto es muy tranquilo, pero también muy puñetero, porque es muy filosófico. Te hace pensar mucho lo que aquí ves, pero sobre todo lo que no ves, y lo que te cuentan. Y a días te cuentan cosas como las de Alicia en el país de las maravillas y otros días como los horrores de *El gabinete del Doctor Caligari* y *Frankenstein* juntos. ¿Has visto estas películas? Pues peor que todo eso. Aquí todos hablan de sus amores y quieren clavar una estaca de madera ardiendo en el corazón de sus enamorados o enamoradas. Y no te digo yo que no fueran capaces de hacerlo. Pero todas estas cosas son confesiones, o quizás se las inventan, porque se aburren o leen muchas novelas, e imaginan todo lo imaginable y lo que no lo es.

Tío Pedro no sabía qué contestar o no quería hacerlo, y sonrió solamente, diciendo:

—¡Ya, ya! Como en todas partes, me parece.

Y entonces el médico prosiguió la conversación, presentándose y diciendo, en primer lugar, que se llamaba Alfonso Martínez Hervías, y era médico internista. Habló un buen rato como en una confidencia larga o un soliloquio inacabable, en largos comentarios como sábanas grandes que extendiese en un pradillo o colgase de una cuerda para que se secasen y llenar el mundo de blancor; y más tarde, en los próximos días, después de almorzar en el comedor o en la terraza impolutamente blancos, hizo todavía más glosas afiladas como espadas, o también durante algún paseo por el pequeño jardín que tenía como un claustrillo parecido al que pintó Van Gogh. Pero, ahora mismo, le aseguró con mucho énfasis, a tío Pedro, que no había lugar en el mundo como éste de un balneario, en el que de continuo se estuviese hablando del amor y de las combinaciones matrimoniales o de apasionados amantes entre las mujeres, mientras entre los hombres los temas eran preferentemente de dinero, caballos, coches y política aunque, como postre, también de las mujeres; pero sólo como postre: como si hablaran de flanes, arroz con leche o fresas con nata, y luego extrañas frutas tropicales, y carnes negras, blancas, morenas o rosadas. Se confundían postres y mujeres.

Sacó de un bolsillo de su bata una pitillera de plata con el esmalte de un caballo precioso que nos enseñó a Lisa y a mí, extrajo luego un cigarrillo de ella, dejándola en nuestras manos para que la admirásemos, lo encendió, y continuó dirigiéndose a tío Pedro:

—¿Y sabes por qué se confunden las mujeres con los postres y muchas cosas más? Pues porque aquí casi todo se mezcla y se confunde necesariamente, a comenzar por todos los que estamos aquí, los empleados del Establecimiento de los Baños y los mismos clientes a veces, que vestimos como de blanco de Primera Comunión o de novias inocentes.

El comedor también resplandecía, verdaderamente, entre los blancos de la vajilla y de la ropa de mesa y del mobiliario, y luego las macetas con claveles, rosas, margaritas y nomeolvides recordaban un comulgatorio o una boda, pero en lo que se estaba pensando siempre era en la muerte, aunque no se quería ni oír hablar de ella. Pero que en ella se pensaba, desde luego, decía el doctor, aunque se preguntase inocentemente, por ejemplo, por qué la señorita que comía sola junto a uno de los loceros, y siempre leía con una neblina de lágrimas en los ojos una carta misteriosa, se había ido de repente en menos de un par de semanas. Siempre se creía, por eso mismo, lo que se decía a un enfermo que venía aquí ya desahuciado, cuando se le aseguraba que no tenía nada por lo que preocuparse y que sólo necesitaba pasar aquí unos días de descanso.

—¿Lo ves? Vestimos de blanco y somos inocentes.

Pero, por otro lado, no se debía abrir la boca en punto a fiestas o excursiones, ni teatro hecho aquí mismo y, menos, en punto a amores o amoríos, y, menos aún, dejarse enredar en ellos.

Hizo un silencio y nos dijo a Lisa y a mí, señalando la pitillera:

—¿A que es bonito ese caballo? Podría ser el caballo de *El Correo del Zar*. ¿No habéis leído la novela? —nos preguntó.

—Sí —dijo mi hermana Lisa.

Y yo añadí enseguida:

—Pues yo, cuando sea mayor, quiero ser como *el Correo del Zar*, y lo seré.

—¿Y dónde vais ya a encontrar vosotros a un Zar, chicos? A los correos del Zar les ha pasado lo que a los Cruzados —nos dijo tío Pedro a Lisa y a mí.

Y luego, más tarde, cuando recordamos esta escena de nuestro encuentro con el médico del balneario, fue cuando tío Pedro nos aclaró que claro estaba que ya se habían borrado o habían sido borradas las rutas de correo que tenían aquellos antiguos Cruzados, que conocían a medio mundo y medio mundo les conocía a ellos. Aunque sus correos no fuesen como los del Zar, porque recibían y escribían cartas que no eran de política sino de lo que se pensaba y se sentía dentro de cada uno, en el pozo de las almas, y una de estas cartas, escrita en Oleza, por ejemplo, podía llegar a la Tartaria o a Constantinopla como un recado o billete de un barrio a otro en aquel pueblo, pero ese recado en Oleza, si era una carta de amor recogido, también tardaba en llegar años y años de uno a otro barrio y de una a otra manzana de casas; porque había entonces mucha espera y esperanza, y no había ninguna prisa con las personas y las cosas para que los amores y las amistades enraizaran.

Y que sería bien bonito ser «Correo del Zar», decía también tío Pedro, pero que ahora eran muchos los que escribían más que los zares y muchos los correos, y éstos iban por tierra, mar y aire. La geografía del mundo entero había como encogido, y un pueblo o ciudad entre los hielos en Alaska y de Rusia o Canadá y Groenlandia ni correo de superficie precisaban, ni tampoco de aparatos eléctricos, porque, con el silencio del frío, casi se oían los bisbiseos de una aldea en la otra; y otras veces los pueblos encogían hasta los nombres, y una aldea en África o en Asia, o también en la América española, tenían tres o cuatro consonantes siguiendo a una vocal, o poniéndola en medio o al final, y ése era su nombre; y esas aldeas sólo eran, luego, tres o cuatro chozas con el techo de paja que parecía oro, y deslumbraba con el sol, pero allí podía haber alguien esperando como una cigüeña espera en el desierto, aunque sea sosteniéndose en una sola pata, como una caña seca. Y había que aprenderse si el correo iba en avión, por tren, en coche o en trineo, en carromato o en camello o burro como en algunos lugares de África o Suramérica y de la misma Europa que no venían en los mapas ni salían nunca en los periódicos y era como si no existiesen. Lo que no importaba nada, porque también era muy bonito viajar con la imaginación, y, mientras estudiábamos Geografía podíamos decir, por ejemplo como jefes de estación: «¡Oleza, Madrigal de las Altas Torres, Encinasola de los Comendadores, tres minutos de parada!», o «¡Alejandría, parada y fonda!». O también: «¡Constantinopla, Estación Terminus! Los señores Cruzados han llegado a su destino»; y ver luego, al bajar del tren, la maravillosa rueda roja de la locomotora, como la Cruz de un Templario.

Pero el caso fue que allí, en el balneario, el médico no debió de oír que Lisa y yo le habíamos contestado que sí que habíamos leído *El Correo del Zar* y, mientras volvía a mirar la pitillera, pero, dirigiéndose entonces a tío Pedro, dijo:

—Yo leí la novela cuando tendría once o doce años, y luego la he leído otro par de veces ya mayor, y muchas más novelas en mi vida, durante las guardias y hasta

robándome sueño. Pero lo curioso es que las novelas que aquí gustan a las mujeres son las novelas de amores desgraciados y de consunción lenta de los enamorados como un cabo de vela; y los hombres no leen novelas, sino papeles de sus negocios o el periódico, o juegan a las cartas, o dan paseos a paso de canónigo hablando de política, mientras las mujeres sueñan en su «chaise longue». Y cada cual tiene su novela, o la está escribiendo así tendida.

Cada cual era cada cual, dijo también, y cada cual tenía sus ensoñaciones y entretenimientos, y hasta sus aventuras. Y había aquí entre los residentes, o entre éstos y personas de fuera, escalamientos de ventanas y balcones y citas inimaginables, y disfraces. Había para contar cada temporada dos o tres novelas como *Madame Bovary* o *Ana Karenina*, y cada cual cubría así su dolencia y su aburrimiento como mejor sabía, y que ellos, los médicos y demás sanitarios, tenían que estar mostrando su sonrisa día y noche, porque a veces era lo único que podían dar a aquellas gentes: a la vez que un vaso de agua mineral o un poco de bicarbonato.

—¿Y no ha habido ningún escritor que haya venido aquí para escribir una novela algo morbosa o decadente, o algún artista pintor para pintar muchachitas pálidas y flacas, o desnudas y llenitas? —preguntó tío Pedro.

Mamá iba a protestar a tío Pedro, porque allí estaban los niños, pero el doctor se adelantó a contestarle.

—No. Aquí esos señores escritores y artistas paran poco, y en cuanto cuentan las aventuras de sus viajes, sus amantes y sus triunfos en El Lido de Venecia, Baden-Baden o Davos, como aquí todo ese gran mundo que ellos sueñan no existe, comienzan a sentirse desilusionados y a dar a entender que éste es un balneario de poco brillo para ellos, y se largan.

Pero añadió enseguida que él no diría, sin embargo, que era la comezón del mundo la que les arrastraba, porque era un mundo figurado y de mentira del que hablaban la mayor parte de las veces, y lo que de verdad de verdad hacía que se marchasen de allí con tanta prisa aquella gente ilustre era que, en cuanto se oían que alguien había muerto o iba a morir, y aquí esto se sabía enseguida y no podía ocultarse aunque no se dijera ni palabra, se estremecían y se fugaban, y no los retenía nada ni nadie, ni siquiera un asunto de mujeres o de enredos políticos, pese a lo politiqueros y mujeriegos que fueran.

—Aunque lo más curioso, pero cierto, es que, pensándolo bien, de un tiempo a esta parte las noticias de la política son las que más apasionan a los residentes del balneario, y a hombres y mujeres por igual. Y el caso es que les atemorizan, pero también es como si, a la vez, les inyectasen vida, sobre todo cuando esas noticias llevan odio. Ya no preguntan otra cosa, sino si habrá guerra, por fin —dijo con mucha contundencia.

—¿Guerra? —dijo tío Pedro— como lleno de extrañeza y temor.

—Lo siento, chico, y, si quieres, no decimos la palabra; pero no estrenas tú plaza sin que haya una jarana en Madrid y en todas partes. ¡Ojalá nos viéramos por aquí, tranquilos, en estos años venideros!

—Mi cuñado, el marido de mi hermana, que es liberal muy cultivado y muy bien relacionado en Madrid, piensa que no pasará nada. Dice que de vez en cuando hay casos

de excesos de la chusma, pero que a ésta se la frena en sus desmanes y en paz.

—Pues tu cuñado vive en las nubes; y a los que viven en las nubes, aunque sean las de su buena fe, ya sabes lo que les pasa. Debías avisarle, antes de que se caiga de ellas por su propio peso. Porque el golpe suele ser mortal —dijo el doctor Martínez Hervías bajando la voz para que Lisa y mamá no oyeran.

Luego calló un momento, mientras buscaba sus gafas de sol en los bolsillos de la bata, y siguió diciendo:

—Porque ser liberal de pasta y talante personales está muy bien y es estar civilizado, pero ¿qué es un liberal en política? ¿Me lo quieres decir, si es que lo sabes? ¿Treinta y seis mil duros de indemnización, que cobró el Divino Argüelles, hace cien años, por no haber podido ser ministro porque, por ser liberal, había estado en el destierro? ¿La sorpresa de que tras haber hecho la revolución les fusilen en su nombre, como en Rusia? Si el liberal es de ánimo y talante, mucha inocencia es ésa para estar en política, te lo aseguro; porque, o se hace un cuco y un galápago, todo en uno, o la paga. Se lo dices a tu cuñado, y que saque las consecuencias.

Y luego sí que calló el doctor Hervías como si se tuviera que callar para ponerse a pensar en otras cosas, aunque comentó todavía que lo de caer de las nubes se lo tomara muy en serio el cuñado de tío Pedro, nuestro padre, porque a una inundación no había quien la parase, y, si se ponía uno en medio, por muchas razones que tuviera, por muchas voces que diera y fuerza que opusiera, se lo llevaría por delante.

—Quiero aclararte que, si como tu hermana dice, en Oleza han tirado cuatro piedras al palacio del obispo, y roto una cristalera de la catedral, va a ser ya difícil que no sigan rompiendo cristaleras, y, si nadie les para en seco, de cristales rotos a cabezas rotas y por los suelos va muy poco trecho, te lo digo yo. Porque, si tienes un día un ahogo, una tos, un dolorcillo, es mejor que te lo quiten cuanto antes. Esto lo saben aquí hasta los gatos que ves ahí durmiendo al sol.

—Sí, sí. Todos sabemos que es así —dijo tío Pedro.

—Cierto que lo sabemos, pero lo que pasa es que las tosecillas, los ahogos y los dolorcillos y hasta los dolores grandes y más tremendos tienen en España ya dos siglos, y no sabría yo qué médico querría hacerse cargo de nosotros. Y quizás nosotros mismos sólo sentimos unos cuantos escalofríos en la espalda; hasta agradables a veces. Ni sabe uno qué pensar.

Y luego añadió que a lo mejor, sin embargo, ya hasta por ahí fuera de España se olían algo; y, por eso mismo, ya andaban por aquí escritores y periodistas de media Europa y tres cuartas partes de América, con sus máquinas de escribir y de hacer fotos; y en el balneario habían estado también su tiempo, hablando entre ellos de las corridas de toros y del Greco, de *La Maja desnuda* y de los burros, que les hacían mucha gracia; de Numancia y don Quijote, del cante y el baile flamencos, de la revolución mundial, de la quema de iglesias y el surrealismo, y hasta de la *Carmen* de Mérimée con su navaja en la liga; de la Guardia Civil y los gitanos o todavía de los bandoleros generosos; y todo ello hecho un potaje bien revuelto que había que servir al pueblo en la cultura, por lo visto. Pero, cuando decían todo eso y mucho más, lo hacían como mirándonos a todos

nosotros, los españoles, por encima del hombro, y desde más arriba, y hablando de las dos Españas que tenían que luchar a muerte, y ellos contarían esta lucha con mucho entusiasmo, y en muy buen papel, o en cine.

—Nos toman por payasos que representamos un drama o una comedia, y nos matamos para divertirlos, ¡Ojalá no lo vean nuestros ojos! —concluyó.

Y parecía que, todavía, iba a añadir alguna otra tristeza, pero se le notó que dudó en hacerlo, y salió por otra tecla, diciendo:

—No entiendo nada, pero díselo también a tu cuñado a ver si él lo entiende. Porque lo que yo veo es que no terminaríamos con esto de lo que piensan los unos y los otros, y los que no piensan o los que piensan por todos sin contar con nadie, y allá lo sueltan y lo escriben, que es como echar aceite al fuego.

—Ya sabían todas estas cosas, hace siglos, los Cruzados, doctor Hervías; porque palabrereros hubo siempre y en todas partes, y lo que ahora me cuenta es que a los charlatanes nacionales se están añadiendo los palabrereros de fuera porque el mundo es palabreo —contestó tío Pedro, muy serio.

—Sí, pero apañados estamos, porque el palabreo ya no son palabras, sino algodones empapados en odio y gasolina para echar una cerilla encendida en ellos, y es lo que no ven ni pueden ver los amigos liberales de tu cuñado —comentó el doctor como resignadamente.

—Ya se lo he dicho yo, porque yo he leído *Demonios* de Dostoievski, donde lo primero que allí se ve es un liberal que es el padre de uno de los demonios, y es totalmente inconsciente de ello, para más inri.

—¡Tenías que haberme informado antes de esto, y me habría ahorrado yo darte explicaciones y consejos! Porque, si has leído esa novela ya a tus años, ya sabes más de las tres cuartas partes de lo que hay que saber en el mundo.

Luego se calló, extrajo del bolsillo de su chaleco su reloj, le miró, le dio un poco de cuerda, y afirmó que la pena era que había que dejar la parleta a medio hablar porque él tenía que volver con sus enfermos para la última ronda de la mañana. Así que nos invitaba a pasar delante de él al sanatorio, y a acomodarnos en nuestras estancias, advirtiéndonos de los horarios, y del orden y concierto de la casa:

—El almuerzo se sirve entre las doce y media y las dos menos cuarto, y luego ya se sirve el café o el té en la terraza, aunque todavía no en la de verano, sino en la que está acristalada, porque este verano está empezando con un tiempo muy fresquito.

Y ya se había dado media vuelta para marcharse, cuando se volvió hacia nosotros para decir a tío Pedro que, incluso después del toque de queda, o del horario para irse a dormir los residentes, ellos podían quedar para la última charleta del día en el cuarto del doctor.

—A ver si hablando con razones se aleja la tormenta, como antes se hacía tocando las campanas, o tirando cohetes, cuando había nubes negras como demonios que llevaban granizo y perdición para la gente. ¡Quién sabe!

VII

La lucha con el Ángel

Pero lo cierto fue que si a tío Pedro le dio tiempo de acabar la carrera de Medicina, no lo tuvo para que le dieran el título y, esperando la entrega, vivía allí, en Madrid, con mi padre, mamá, tía Lisa y Lisa y yo, en una casa que teníamos alquilada, y no estaba lejos del hospital al que iba cada día para aprender el oficio con sus trucos, habilidades y saberes.

—¿Y aprendiste mucho, tío Pedro? —le preguntamos.

—Vi nacer y morir, curar y sonreír porque la vida es eso: una gloria y un respiro, pese a todos los pesares. Y curar es muy bonito.

—¿Y tú que hacías?

—Yo era un asistente del doctor y nada más. Él era el que sabía, yo apuntaba lo que me decía y luego lo estudiaba con él cuando me llamaba para ello —dijo tío Pedro, poniéndose un poco triste.

A lo mejor porque entonces fue cuando, en aquella primavera o principios de verano, le dispararon a nuestro padre un día en una calle del barrio de El Viso, cuando volvíamos del campo; a lo mejor porque el coche en que veníamos, que era un coche de un amigo de mi padre, un abogado muy nombrado, era un coche inglés muy caro, o eso nos dijeron después. Pero jamás supimos luego nada más de nuestro padre, sino que lo que le ocurrió fue que, casi a la vez que aquel tiro le mató, había comenzado la guerra, y que a mi padre le consideraron «un mártir de la libertad».

Y entonces tío Pedro, como a él se le daba bien moverse en la sociedad y en todos los ambientes, y en Madrid y en todas partes había conocido gente de casino y de taberna o del hampa, de buen perfume o de olor a establo, y entendía y chapurreaba también dos o tres lenguas, y hasta la lengua de madera de los comités y los partidos, se puso a hablar esas lenguas y anduvo por aquellos salones y albañales donde esos crímenes se cuecen.

—Estaba dispuesto a averiguar quién había matado a vuestro padre, y luego me enrolaron de Cruzado —dijo tío Pedro.

Y explicaba también, en esos mismos años, a mamá y a tía Lisa, que alguien le había leído en un periódico que la célebre Princesa Bibesco había dicho, no se acordada si cuando estaba en Madrid o no, que se sentía inconsolable de la caída de Constantinopla, que había sucedido a finales de mayo de 1453, pero que a ella la parecía que había sido la víspera misma de cuando ahora hablaba, y aún no se había repuesto. Así que él, tío Pedro, se dijo a sí mismo que a él le pasaba igual con respecto a las Cruzadas desde la Primera hasta la última, y también con Constantinopla; pero no tuvo mucho tiempo de andar con pesares y esperas, porque, antes de que lo adivinase siquiera, enseguida le

movilizaron y los del gobierno le enviaron con unas ambulancias; y lejos de Madrid precisamente.

A su madre y a las dos Lisas, que ya no pudieron salir de la capital, les fue relativamente soportable pasar la guerra sin grandes molestias como si las protegiera la sombra de mi padre asesinado, y tío Pedro fue asignado a un puesto médico de un frente que pronto sería un frente muerto, y allí tuvo la primera plaza que consiguió con su carrera, sin título ni oposiciones, pero muy bien ganada. Y luego, en su destino, entre medias mentiras y medias verdades y buenas y no tan buenas voluntades, fue viviendo hasta que Lisa le localizó cuando se acercó al pueblo de la familia de nuestra madre, en el que ya no quedaban en pie y enteras sino pocas casas y, entre ellas, de las pocas medio habitables estaba la casa de los abuelos y bisabuelos; y cuando Lisa fue allí, la dijo tío Pedro que tenía consigo todo su mundo dentro, el de nuestros antepasados y el de las conversaciones, los sueños y los libros, y que había averiguado que se podía resistir en el lugar que fuera al mundo, dentro o fuera de ese mundo, y durante el tiempo que fuese. Pero allí Lisa había ido a preparar lo que era necesario para que él huyese como pudiese y nada más. O no lo sabemos.

Y no lo sabemos porque, por la razón que fuera, tío Pedro sólo contaba así las historias, a trozos, como si fueran escenas pintadas que arrancaba de ellas y, sobre todo, los temas del frente y de su estreno como médico de guerra en los dos bandos, y después también lo fue en la paz. Porque, en la paz, tenía que defenderse como muchos otros de un montón de informes de los señores inquisidores del momento, que proclamaron el Edicto de Gracia, que obligaba a que cada cual se denunciase a sí mismo o a otra persona cualquiera y de cualquier cosa; y se las arregló sin pasar él, ni hacer pasar a otros bajo esos puentes u horcas caudinas. Y decía que tampoco se había puesto nunca un brazalete negro, que, juntamente con los cuerpos mutilados por toda la Piel de Toro y casi en cada casa, era la marca del luto por el paso de la muerte entre estos otros españoles y avisaban de sus heridas y llagas interiores. Aunque él, tío Pedro, si pudiera, se pondría al cuello una cruz dorada de latón que tenía delineado e inciso perfectamente el cuerpo del crucificado. Se la había dado su madre, nuestra abuela, y en el otro bando la había llevado consigo muchas veces bajo la planta del pie en el zapato, como si él fuese o tuviese que ser en España un «kakuré kirishitan» o cristiano escondido en el Japón del XIX, cuyos abuelos, ya lejanos, del siglo XVI y XVII, habían renegado de su cristianismo, pisando una cruz, por miedo a los suplicios; y cuyos descendientes tuvieron ya que ser cristianos a escondidas porque estaban avergonzados de aquella traición y apenas si sabían cómo ser cristianos ellos mismos.

—¿Y también era una «kirishitana» la japonesita que estaba bordada en el cojín de tu silla de paja sobre el que tú nunca te sentabas ni querías que se sentase nadie? —preguntó mi hermana Lisa.

—Pero tío Pedro y muchos otros no renegamos jamás —dijo tía Lisa antes de que él pudiera contestarnos.

Y entonces ella, mi hermana Lisa y yo, y también mamá que tenía la vista baja, esperamos desconcertados su respuesta:

—No. ¿Cómo podríamos renegar? Pero yo cojeaba a cuenta de la cruz que tenía escondida, y también por el tiro que me dieron un día. Porque así es la guerra, y el tiro que mató a vuestro padre al principio lo recibí yo al final, aunque la bala no me hirió gravemente, y luego tampoco se supo quién me había disparado —respondió tío Pedro muy sereno.

Y añadió:

—Lo que yo no sé es si los españolitos todos no vamos a renegar un día.

Bajó la cabeza y calló luego, como yendo a buscar algo muy escondido en los más adentros de su ánima, y contó que los Cruzados de la Primera Cruzada se encontraron en aquellas tierras adonde fueron con que, si los cristianos que había allí querían tener una imagen en su casa, tenían que pagar un dinero cada semana, cada mes o cada año y, si no pagaban, les pisoteaban las imágenes ante sus ojos, y a ellos les dolía en su alma. Porque es en el alma donde duelen algunas cosas, decía con tristeza.

—Así que por los tiros que recibía en el alma cojeaba yo, y entonces sí que era un Cruzado a escondidas y como un «kakuré kirishitan» ¡ya veis!

Pero el tiro recibido en la pierna no le obligaba de ordinario a explicar su cojera; sólo que a veces cojeaba tanto y hacía tanto esfuerzo para que no se notase que, uno de los últimos días antes de pasarse, un teniente médico, con el que había coincidido y amigado bastante, una tarde en que le había llevado unas medicinas a su dispensario del frente, le preguntó por lo que le había ocurrido en la pierna, si le había visto algún colega médico, y si aquello no tenía algún remedio antes de que acabara esta maldita guerra; y, en cualquier caso, bien sabía de sobra él, tío Pedro, que, si había alguna herida, había que comprobar si no tenía infección. Cuando le pareciera, aquella misma tarde incluso, tenía que dejarle a él mismo que le echase un vistazo, y un cirujano amigo suyo, que había curado las heridas y arreglado los huesos a un batallón entero por lo menos, vendría no tardando ni un par de horas en cuanto él le avisase si era necesario. Pero entonces tío Pedro le tranquilizó, y le aseguró que no era nada aquella cojera suya, y que ya se había tratado hacía bastante una vieja herida y una tendinitis, pero se dejó caer en la conversación algo referente al nervio ciático.

—¿Usted sabe, camarada teniente Noguerras, por qué los judíos quitan ese nervio de cualquier pieza de carne y también la grasa? —preguntó tío Pedro.

—¡Qué sé yo los judíos! Son los tíos más listos y más extraños que conozco.

—Pues ¡ya ve, mi teniente! Quitan ese nervio ciático de la res que comen, porque Jacob luchó con un Ángel y le venció, pero el Ángel le tocó en el nervio ciático y le dejó cojo.

—¡No me diga! ¡Pues sí que le hizo un regalo el angelito!

—Pues tal y como le digo, camarada teniente. ¡Y ya me dirá usted si no es una historia bien bonita y bien terrible, porque Jacob estuvo todo la noche luchando con el Ángel y, cuando ya iba a llegar el día y éste iba perdiendo, fue cuando el Ángel le dio el golpe a Jacob en el nervio ciático y escapó! ¿Y sabe quién era el Ángel? ¡Pues Dios mismo, Noguerras!

—¡No fastidie! ¿Es verdad? ¿Quién le ha dicho eso? Jamás lo he oído en mi vida —

dijo Noguerras con los ojos que se le salían de sus cuencas.

—Primero había una escalera inmensa, inmensa, como desde la tierra hasta el cielo —comenzó a decir tío Pedro.

Pero enseguida oyeron unos pasos que se acercaban y callaron de inmediato, aunque Noguerras dijo todavía, hablando muy bajo:

—Cuando nos toque vigilancia juntos me tiene que contar la historia entera.

—Cuenta con ello, camarada teniente. Se lo prometo para la primera vez que nos veamos y podamos charlar un poco tranquilos —contestó tío Pedro, susurrándole las palabras y acercándose al oído.

Pero, sintiéndolo mucho, porque también tuvo que decirse para sí mismo, al mismo tiempo, que no podría contarle aquella historia quizás nunca, porque una noche de aquéllas iba a pasarse al otro lado cojeando hasta que llegase a la raya, y quizás pudiese entonces quitarse el crucifijo del zapato, y se lo pondría al cuello, como cuando era niño, o lo llevaría en el bolsillo. Porque él era un Cruzado privado, por sí y ante sí y contra todos, y estaba en el cruce de caminos de vuelta de todas las Cruzadas, cuando ya las cruces no son nada para los que las vocearon tanto.

Pero él era un Cruzado verdadero que había tenido que pisar la cruz sin quererlo, y para que nadie se la apropiase, y tenía que llegar a Jerusalén puro y limpio de pensamientos y deseos de odio o de desprecio. El país entero, como él mismo, había sido adoctrinado en éstos, y por eso, pese a todo y después de todo, algo de baba espesa y sucia siempre quedaba en el alma de los españoles, y en la boca tenían también siempre, por eso mismo, la limpieza de su sangre, mientras amontonaron durante siglos leña verde y seca para que no faltara nunca para achicharrar la mala casta del contrario, que no podía ser español a parte entera, sino un cuarto, un octavo o mucho menos, o sólo un tizne, pero siempre ganado roñoso y afrentado.

—¿Sabéis quién decía esto, hace ya muchos años, y también que España era «triste y espaciosa»? Pues lo pagó bien caro; se llamaba el Maestro fray Luis de León, y era profesor en Salamanca.

—¡Hala! Y ¿cómo íbamos a saberlo?

—Pues «ganado roñoso» y para siempre es lo que decía que éramos unos españoles para otros.

—¿Y qué quería decir con eso?

—¡Ese es el asunto! Que, ahora, no os lo puedo explicar despacio, pero, como sois españolitos o ya la haréis o ya la pagaréis, y entonces os enteraréis.

Sólo que en ese momento mismo apareció mamá, que venía de la cocina y debió de oír algo, y dijo:

—¡Qué empeño tienes, a veces, de decir cosas difíciles y desagradables a los chicos! ¡Seguro que a ti no te las dijeron en el colegio de Oleza!

—¡Pues sí, sí que me las dijeron, y luego, para aprenderlo bien, nos estuvimos matando tres años, y hay que estar prevenidos, porque ya verás cómo no faltará quien les dé a los chicos, en cuanto crezcan, un poco o un mucho de veneno y cornezuelo.

Tío Pedro se estuvo en silencio un momento, y luego dijo:

—Pero a lo mejor tiene razón vuestra madre en que os digo cosas muy serias. Pero, para divertirlos, mejor que os compréis un mono ¿no?

Y mamá dijo que no iba discutir nada, pero que lo que ahora quería preguntar ella era que si no olíamos a tortilla española a la paisana, que tanto nos gustaba. Estaba casi hecha y debíamos ir pasando a la cocina para la merienda de este tiempo ya frío, cuyo atardecer se podía ver por la ventana. Iba ya mediado un octubre húmedo, con un sol que ya comenzaba a ponerse como enfermo, y con sus rojos y sus amarillos y sus malvas por todas partes. Y tío Pedro dijo entonces que había un poeta italiano que decía que el otoño le hacía mal al corazón.

Y tía Lisa le contestó enseguida:

—Pero no es verdad, porque el otoño es bien bonito, ¡que lo digan los chicos!

Y nosotros dijimos que era verdad que el otoño era muy bonito, y que en cuanto se secasen un poco las ramas muertas, que todavía estaban húmedas por lo que había llovido, haríamos una gran fogata, que era lo más bonito del mundo. Y, al final, tío Pedro se sonrió, y mi hermana Lisa dijo luego que ya no volvió a mentar el otoño ni ninguna otra cosa; y que solamente, en el pasillo que iba a la cocina, y por lo bajo, la dijo a ella al oído:

—Esta vez me habéis ganado.

Y luego la advirtió:

—Pero por la tortilla, ha sido una trampa como la de las lentejas de Esaú ¿Os acordáis?

—¿Y cómo no íbamos a acordarnos? Mamá dice siempre: «Éstas son lentejas, si quieres las comes, y si no las dejas». Pero ¿y si Esaú tenía mucho hambre o le gustaban mucho las lentejas? ¿Y si apostó por gastar una broma a su padre y a su hermano, y luego éstos se lo tomaron en serio? —dijo Lisa.

—¿Y tú qué hubieras hecho? —la preguntó tío Pedro

—Yo soy la primogénita, pero no soy peluda —contestó Lisa.

—Y yo ni soy primogénito, ni tampoco soy peludo, y no me gustan las lentejas —dije yo.

—¡Tranquilos. No inventemos el mundo! Ya sabemos que fue el primogénito y peludo Esaú quien se comió el guiso rojo. No comencemos a opinar y a palabrear también nosotros.

VIII

Éste no es un siglo

Muchas de estas historias o, por lo menos, bastantes de ellas nos las contaba, de vez en cuando, nuestra tía Lisa, la hermana de tío Pedro y de mamá, aunque Lisa, mi hermana, también estaba cuando hablábamos con tío Pedro; pero otras veces no estaba o era yo el que estaba ausente, y otras salían tío Pedro y tía Lisa solos de paseo, y la hablaba a ella sola e incluso la encargaba que luego nos dijera lo que habían hablado, porque nos convenía saberlo; de manera que también he tenido que completar todo con lo que Lisa y yo sabemos —o sólo sabía ésta—, con lo que a mamá y a tía Lisa las había contado tío Pedro, y luego cuando había hablado conmigo solamente. Y hasta podía parecer que había contradicciones, como siempre ocurre, pero ninguna había, sino que contábamos las cosas como podíamos.

Y así decía tía Lisa, por ejemplo, que ella nunca fue a salvar a tío Pedro y a ayudarle a que se pasase al otro bando, ni estuvo tampoco de actriz en ningún teatro profesional ni de aficionados en ningún bando, sino que había sido enfermera de hospital o de calle y de lo que se terciara para ayudar como podía a sanos y enfermos o heridos, y tío Pedro la llamaba también «la Cruzada». Así que entonces él sabría qué Lisa fue a buscarle, porque el hecho es que quien fuera esa Lisa le contó que ella había ido a besar en la frente el cadáver de un joven que había muerto en el frente y estaba frío como un témpano y le llamaban «El Héroe», precisamente en el bando al que tío Pedro se iba a pasar, y ella le preparó todo para que se pasase. De manera que seguro que fue la otra Lisa, porque ¿cómo iba a ser verdad que había muerto Lisa María de las Nieves? Tía Lisa no lo creía a pies juntillas, porque hasta la había visto por entonces en Madrid, cuando la dijo que iba a ayudar a tío Pedro porque corría peligro, y otras dos veces, después de la guerra, la pareció que la había sonreído pasando cerca de ella, que llevaba un sombrero antiguo, enorme, o un tocado blanco o un gorro o cofia de enfermera, y los guantes blanquísimos de Oleza; y otro día, cuando tío Pedro ya llevaba tiempo en casa venido de todos los mundos a los que había ido, o había estado volando sobre ellos en su espíritu y en su imaginario, seguramente fue ella la que le envió un paquete de esquejes y semillas para que tuviera bajo su ventana las plantas del huerto cerrado de todos los jardines que había amado, y recordara sobre todo las trinitarias o nomeolvides, y las rosas de nieve de los Alpes o *Edelweiss*, que tanto le gustaban, según siempre nos dijo.

El paquete venía remitido por persona desconocida que le había donado la sangre de brazo a brazo, a tío Pedro, en un hospital de Vilna, en tierras frías y lejanas, y llevaba pegados varios sellos de aquellos países por donde la carta había rodado siguiendo los pasos de él hasta llegar a casa, ya sin cruz ni Cruzada, como había ocurrido tantas veces,

sino en medio del insistente soniquete de una canción de cabaret, «¡Adiós Lili Marleen!», que estaba llena de tristeza y traición, y sabía a ajeno, a arreglo, y tedio. Aunque, mirando bien y más despacio, luego, el paquete recibido, se vio que, además de los sellos lituanos, rusos, alemanes o italianos, también había allí un par de sellos españoles y dos o tres matasellos, pero el más grande de éstos era de «Oleza», y la palabra estaba inscrita al pie del sello de los Caballeros del Temple, y llevaba una fecha de unos cuantos meses antes. No tenía aquella explicación alguna.

—Y no entendimos nada al ver este paquete, pero tampoco lo pensamos mucho y enseguida concluimos que, fueran como fueran las cosas, sólo podían explicarse porque allí había estado la mano de Lisa María de las Nieves, y quizás aquel paquete hasta traía también una carta de ella —dijo tía Lisa.

Porque ella y mamá sólo habían visto el envuelto y la cajita con semillas y esquejes ya secos o que parecían estarlo, pero ninguna carta, y tío Pedro no las había dicho si venía carta o no, ni ellas le habían preguntado. Ni él tampoco las había hablado nunca de ninguna parte del mundo en la que hubieran tenido que hacerle una transfusión de sangre del brazo de una enfermera al suyo, porque allí no se disponía de plasma y se daba y recibía la sangre entera. Aunque esto sí lo habían sabido mamá y tía Lisa, dando mil vueltas y revueltas preguntando por más de media España y fuera de España, y por boca de médicos y enfermeras, diplomáticos o clérigos, aunque fueran gentes que, a veces, no podían sino ofrecer muy poca información y muy difusa, de manera que ellas, mamá y tía Lisa, habían tardado en identificar mucho tiempo lo que había sucedido a tío Pedro, cuando fue o le mandaron de Cruzado fuera de España. Pero, aunque al fin lo habían logrado de algún modo, aunque no supieran muchos pormenores, no le habían recordado nunca estas cosas, no fuera que le hiriera mucho su recuerdo o quisiera tenerlo como un secreto para sí, hasta que un día sí se lo explicó y comprendieron muchas más circunstancias, que ni podían haber imaginado, incluso de Lisa María de las Nieves.

—Como si lo hubiéramos presenciado casi todo —dijo, ahora también, tía Lisa.

—¿Y ya vino entonces tío Pedro de la última Cruzada a la que había ido o le habían mandado, tía Lisa? —preguntamos nosotros.

—Eso no lo sé. Lo que puedo decir es que llegó a casa roto y como en desespero, y que el paquete que recibió luego fue como otra transfusión que le trajo la vida —contestó.

Estábamos sentados, un día muy soleado y muy frío en una mesa del «Café Pepillo» de Ávila, que ya no existe, mirando la Puerta del Alcázar o muralla, que nos parecía la puerta del mundo que teníamos que escalar como Cruzados, y hablábamos mucho y a cada momento contábamos y preguntábamos cosas y, a casi cada palabra que decíamos mi hermana Lisa y yo acerca de tío Pedro, tía Lisa comentaba muy despacito y con las manos cruzadas debajo de su barbilla, o jugando con su collar de cuentas de coral o también con su pelo tan castaño, o señalándonos sobre el mármol de la mesa nuestras tazas de chocolate, y abriendo mucho los ojos, y siempre sonriéndose:

—Esto sí, pero eso otro no —nos iba diciendo según la preguntábamos.

Y luego dijo:

—Lo que tenéis que hacer es ser muy valientes, como tío Pedro, cuando le llevaron al médico de pequeño. ¿No os lo ha contado?

Y, como dijimos que no, entonces nos contó tía Lisa que tío Pedro no era más que un niño de cuatro años cuando fue al médico con su madre, que era nuestra abuela, y que la casa del médico era como todas las casas de los médicos a las que también habíamos ido nosotros. Tenía una alfombra en la escalera y un ascensor acristalado y con espejos, y un banquito en uno de los lados para sentarse durante la subida, pero en el que parecía que no se había sentado ni se sentaba nunca nadie, aunque todos los que estaban en el ascensor, y sobre todo las mujeres sí se miraban en los espejos para arreglarse el cuello de la blusa o del abrigo, y también repintarse los labios, si es que daba tiempo a ello, porque no daba tiempo a nada. Al revés que, luego, en la sala de espera, en la que había muchos cuadros con escritos que el médico tenía colgados allí, que eran los títulos de honor que le habían dado durante sus estudios o más tarde, aunque muchos de ellos no se podían entender porque no estaban en español; y luego había allí también algunos cuadros o pinturas, y una fotografía de unos médicos y unas enfermeras con unos niños que se estaban curando acostados en sus camas. Y había también, en la sala, un sofá y varias sillas y una mesa llena de revistas que la gente que había allí hojeaba muy deprisa, una tras otra, hasta que una enfermera después de mucho tiempo llamaba a cada cual.

—Igual que con nosotros, cuando mamá y tú me llevasteis a aquel otro médico porque no tenía ganas de comer—dijo Lisa.

—Y el médico dijo que eras una mezquindosa para darte importancia y no te pasaba nada —dije yo.

—Y a ti tampoco te pasaba nada y te quejabas tanto, y lo que querías era ir al médico porque te había dicho mamá que tenía un loro en una terraza.

—Haya paz, y no vayáis ahora a pelearos por eso que pasó ya hace mucho tiempo, y ya no importa —nos cortó tía Lisa.

Y luego dijo que lo que nos iba a contar, a Lisa y a mí, era que nuestra abuela se puso a hablar con otra señora que estaba allí también en la sala de espera de la consulta del médico, y la explicó que a tío Pedro ya le habían operado una vez de anginas, y que a lo mejor ahora tenían que operarle otra vez de las raíces de las anginas que llamaban «vegetaciones». Y entonces le dijo la señora a tío Pedro:

—Tú no tengas miedo, porque te duermen y ni te enteras; y luego, cuando estés en casa, mamá te hará unas natillas muy suavecitas para la garganta.

—Yo no tengo miedo —había contestado tío Pedro muy serio con sus cuatro años.

—La primera vez le hicieron la operación al vivo. ¡No crea! —dijo la abuela a la señora.

—¡Pobre criatura! —comentó ésta.

—Sí. No lo puedo olvidar —contestó nuestra abuela.

Y luego le repitió esto mismo al médico y éste había comentado entonces a nuestra madre, mientras miraba a tío Pedro:

—Este chico, con una cruz roja en el pecho, sería más valiente que un templario.

Y él había contestado:

—Sí señor.

—¿Y cómo iba tío Pedro a decir eso entonces con el miedo que tendría, aunque no dijese que lo tenía? —dije yo.

Y tía Lisa se sonrió un poco y contestó que a lo mejor a nosotros, a mi hermana Lisa y a mí, nos había dicho tío Pedro que se acordaba muy bien de toda esa escena, y que el médico se había reído y no se quería creer que él supiera lo que era un templario; pero ella, tía Lisa, creía que era imposible que tío Pedro se acordase con la edad que tenía entonces. Aunque con tío Pedro nunca se sabía, ni se ataban cabos, y hasta era capaz de acordarse de lo de los Templarios.

Lisa y yo dijimos que a lo mejor sí se acordaba porque nosotros también nos acordábamos de muchas cosas.

—¿Y a quién se las contáis? —preguntó tía Lisa.

—¡Depende! —Dije yo, y Lisa lo repitió dos veces.

Se sonrió, entonces, otra vez tía Lisa, y calló de nuevo un buen rato, como si dudase sobre la conveniencia o no de decir lo que parecía que quería decir, aunque por fin se decidió.

Dijo que nuestro padre, Luis Marín Ortuño, y tío Pedro estudiaron en el mismo colegio, y luego tío Pedro fue muchas veces a Oleza, a ver a su amigo Luis. Pero los amores con Lisa María de las Nieves venían de antes de casarse ella con el hermano ya dos veces viudo del señor deán, y eran de cuando tío Pedro estaba todavía en el colegio, y por eso tuvo que dejarlo, porque el tío de nuestro padre y del marido de María de las Nieves, el señor deán, se los había encontrado un día, a ésta y a tío Pedro, en la huerta de la «Confitería El Horno Francés». O esto dice tía Lisa que fue lo que dijo el señor deán, porque no se atrevió a mantener luego lo que al principio había asegurado que había visto, y que era que, en cuanto oyeron sus pasos, cerraron el libro que ambos estaban leyendo mientras de vez en cuando se daban un beso, y luego al verse sorprendidos se alzaron por el cielo asidos de la mano, él vestido de Cruzado y ella con un traje azul intenso que azuleaba el pueblo y el aire de Oleza enteros.

—Os digo que como si fuera el añil que vuestra madre y yo echamos en la ropa blanca, aunque el rojo de la cruz roja de Cruzado también dejaba resplandores, por lo visto, en aquella tarde de después del demonio del mediodía, que es cuando decía un libro que leíamos nosotras aquí, en mi colegio de Ávila, que salen los ángeles vestidos de golondrinas y vencejos, con el traje bien planchado.

—¡Qué bonito! —dijo mi hermana Lisa.

—Es que lo de los ángeles y las golondrinas lo decía tío Pedro por su cuenta y como si lo hubiera dicho el señor canónigo, pero era en el libro donde se decía.

Y dijo también tía Lisa que nuestro padre se lo había contado todo a mamá y a ella, y las había dicho que sería todo el escándalo que se quisiera, como dijeron luego las gentes cuando Lisa María de las Nieves y tío Pedro se escaparon o pensaron escaparse de verdad y por años enteros, pero la culpa la tenía quien la había casado a María de las Nieves, sabiendo que ella y nuestro tío Pedro estaban enamorados y ya se habían escapado una vez, ella de casa y él del colegio, que por eso tío Pedro dijo tía Lisa que

tuvo que irse de Oleza, y ya nos lo contaría, y terminar el bachillerato en un colegio de Huesca, y escalando montañas decían que para olvidar a Lisa María de las Nieves, que era como si ésta le llamara desde la cima, o como si se estuviera desplegando una Cruzada allá arriba, porque ninguno de los dos nombres se le caía de la boca, terminaba diciendo.

—¿Y por qué crees que habla tanto de las Cruzadas? —preguntó mi hermana Lisa, que no dejaba de mirar las almenas de las murallas de Ávila y la puerta mayor de ellas por el ventanal del «Café Pepillo».

Y tía Lisa contó, entonces, que, siendo todavía un mocoso, y sobre todo a partir de lo que le dijo el médico de que era más valiente que un templario, ya decía que se quería ir a las Cruzadas, porque en un baúl forrado con terciopelo azul que había en la casa, y que era de los tatarabuelos por lo menos, habían encontrado un día una camisa o camisón que debía de ser de alguna ropa de hacer carnavales o comedias, y tenía bordada a realce una cruz templaria, como había otras ropas raras, y espadas o puñales, y coronas de hojalata o latón. Y que tío Pedro, en cuanto vio la cruz templaria, porque él mismo dijo que se llamaba así, y que esa camisa con la cruz era el mayor tesoro del mundo para él, y entonces nuestra abuela las dijo, a ellas, que le abriesen, a tío Pedro, aquel baúl de vez en cuando para que viese la cruz de los templarios, y le dijeran que no se preocupase, que bien guardada estaba allí y que, cuando fuera mayor, suya sería aquella camisa o lo que fuese.

—¡Ya veis si viene de largo lo de la Cruzada! —dijo tía Lisa.

Y luego nos siguió contando más despacio que tío Pedro, siendo ya mayorcito y estando en el último curso de bachillerato más o menos, un día estaba representando en el colegio una obra de teatro, y hacía el papel de un caballero que era tan valiente como Tristán y renunciaba a sus derechos de primogenitura para irse a las Cruzadas. Y, cuando salió de escena, diciendo que no envainaría su espada sin honor para a la vuelta ofrecérsela a la Reina de los Cielos y luego a su amada que le esperaría mil años, salió de la sala donde se representaba la comedia y luego salió del colegio con Lisa María de las Nieves, de la mano y tan corriendo que les parecía ir volando una vez más y mucho más alto por el cielo de Oleza, y no pararon hasta caer en el huerto cerrado y de hierbas olorosas que estaba junto a la confitería de «El Horno Francés», y era de doña Corazón.

Porque los días que no iban la tertulia del señor deán, éste era el lugar donde se venían encontrando él y sus amigos, con la complicidad de la dueña de la confitería que llevaba ese nombre de «El Horno Francés», y de doña Corazón, su vecina y amiga, que criaba por encargo pájaros cantores y de raros y hermosos plumajes como pavos reales blancos, en un huerto, mitad soleado y mitad muy umbrío. Pero, como doña Odette, la dueña de la confitería, era asimismo la que ofrecía la sala de junto al obrador para la tertulia del señor deán, cuando era preciso o convenía por alguna razón, se creyó obligada a informar e informó a todos los que habían comenzado a buscar a la pareja, en cuanto echaron de menos a los dos después de la representación, de que tío Pedro y María de las Nieves estaban en su casa. Y la dueña de la Confitería no era cualquiera, sino que, según decía el señor deán, era la encarnación misma de todas las virtudes y tradiciones antiguas

de las Galias y de España, aunque durante años, y sin saberlo nadie, había estado apoyando siempre los ires, venires y estares de aquellos dos jovencitos, que habían estado yendo allí tantas veces a comprar las pastas en forma de corazón, o en casa de doña Corazón para escuchar en silencio la conversación que tienen los ruseñores y otros pájaros igualmente melancólicos, cuando están bajo la penumbra o la umbría a las que siempre se acogen. Y esto lo certificaba porque todo el mundo sabía la seriedad de aquella casa o confitería, o tienda de dulzuras, que tenía en la puerta la placa del Corazón de Jesús que trajo doña Odette cuando vino huyendo de los alcaldes republicanos de Francia y de la Marianne tan repompolluda y entrada en carnes, cuyo busto tenían en sus alcaldías, como la sagrada representación de la República.

—Tienen todos ustedes que ser muy comprensivos con estos excelentes chicos, no vayamos a tener un final tan triste como el de «Romeo y Julieta», que ya se dice allí, en la misma obra de teatro del gran Shakespeare, que es la historia más triste del mundo —dijo la dueña de la confitería, acerca de Lisa María de las Nieves y de tío Pedro, a todos los que iban a la tertulia.

—¿Y ya eran novios María de las Nieves y tío Pedro? —preguntamos nosotros.

—No ¡qué tontería! —contestó tía Lisa—. Más que novios, pero ahora no os lo puedo explicar, y ya lo comprenderéis cuando deis un estirón y leáis las aventuras de Tristán e Iseo, o de Sor Margarita María de Alacoque que tenía un corazón ardiendo como el Corazón de Jesús que estaba pintado en las placas.

Y entonces preguntamos:

—¿Y qué eran esas placas del Corazón de Jesús que dices que trajo un amigo de tío Pedro de Francia para nuestra casa, a la vez que doña Odette se las había encargado para la confitería, su casa y la casa del señor deán, y que tenían pintado un corazón ardiendo? ¿Ahora ya no las hay?

—No.

—¿Y por qué no las hay, tía Lisa?

—No lo sé. Ahora ya no hay cosas de corazón ni de nada en el mundo; pero tampoco sé por qué. Se lo preguntáis a tío Pedro.

—¿Sabéis lo que decíamos en el colegio donde yo estuve, los días que hacía este frío de Ávila? No, ¿cómo lo ibais a saber? Pues decíamos, cuando nos mirábamos al espejo y nos encontrábamos muy guapas: «¡Ay, Muerte, qué frío hace, desde que estáis vos aquí».

—¿Y no teníais miedo, tía Lisa?

—Pues no. Nos reíamos mucho; como cuando cogíamos un Kempis muy bonito encuadrado en piel roja que había en la capilla del colegio, lo apretábamos contra nuestro corazón y decíamos:

«¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
¡Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!».

—Pero nosotros, ya os digo, no nos poníamos tristes, sino que nos reíamos mucho,

porque ¿por qué nos íbamos a poner tristes con lo bonitos que eran estos versos aunque no los entendiéramos muy bien?

—¿Y qué decía el libro, tía Lisa? —preguntamos nosotros.

—Eso no lo sabíamos; sólo sabíamos estos versos que os he dicho, y nos hacían arder el corazón y, como decía tío Pedro cuando se lo contábamos, si te arde el corazón, no te mueres y sólo es que estás como enferma de una enfermedad muy dulce e indecible. Y te reías. ¡Preguntádselo a vuestra madre, que era de las que más se reía, y preguntádselo también a tío Pedro, preguntádselo a él!

Aunque también podría ser, siguió diciendo tía Lisa, que no quisiera o no pudiera decirnos nada, porque muchas veces las repetía tío Pedro, a mamá y a ella, que no las podía decir esto o lo otro de lo que ocurría en España y en el mundo, porque eran cosas de la iniquidad y de la guerra. Pero, una vez, se había quedado pensativo y había añadido:

—Como decía un amigo mío muy importante, que tenía una granja: «Este mundo es más maravilloso que conveniente».

—¿Y qué quería decir, tía Lisa? —volvíamos a preguntar nosotros.

—Yo no sé lo que quería decir, pero la intranquilizaba a una. Aunque sólo lo repitió una o dos veces más. Vosotros sonsacadle a tío Pedro y, un día u otro, acabará por descifrároslo.

Entonces cayó una cucharilla al suelo desde la bandeja que llevaba un camarero y nos hizo callar a todos los que estábamos en el café, porque con el frío de Ávila cualquier ruidito sonaba a un vidrio roto, y por eso tía Lisa hablaba bajito y nos decía que también nosotros hablásemos y riésemos bajito. Y luego continuó diciéndonos, como otras veces, pero como si fuera la primera vez, que tío Pedro sabía muchas cosas y siempre había sido muy decidido, y en realidad él solito se habría pasado de bando aunque nadie le hubiera ayudado, porque él no tenía ningún bando verdadero, ya que no quería trinchar a España en dos mitades, como se trincha un pavo en un festín.

—Y ya tenemos pavo y antipavo y viceversa matándose entre sí, mientras hace negocio el mundo entero —decía tía Lisa que decía tío Pedro.

Y que, por esto precisamente, él había recibido muchas saetas y tiros de espingarda de todas partes, y éstas eran las reliquias de la guerra que, luego, le habían acarreado la enfermedad que tenía, aunque ella, tía Lisa, no sabía a ciencia cierta cuál era, pero sí lo sabían el médico de casa, don Cristóbal Saucedo, y el médico del balneario, y también tío Pedro mismo.

Y entonces se calló un poco tía Lisa, y enseguida se la vio una tristeza en los ojos, mientras decía que, como a lo mejor tío Pedro ya no podría vivir muchos años, nosotros hacíamos bien en preguntarle cosas, y en escucharle cuando él nos las contaba aunque no le preguntásemos, porque eso le hacía volver a vivir la vida que había vivido, y a nosotros todos, también a mamá y a ella, nuestra tía Lisa, nos valdría para mucho en nuestra propia vida tener en nuestro corazón todo eso, si él nos faltara.

Y luego tía Lisa dijo con voz mucho más baja, aunque la oíamos muy bien, que teníamos que aprender bien lo que nos dijera, porque nuestro tío Pedro era como un

Cruzado antiguo, de los que cuando volvían ya no era su tiempo, y a lo mejor su mujer se había vuelto a casar, y sus hijos se habían repartido ya sus bienes, creyéndole muerto; y todo le era extraño, no tenía con quien hablar ni de qué hablar, y hasta tenía que inventarse un pasado, y no decir nunca lo que había sido de verdad, porque entonces le reconocerían y comenzarían a odiarle. Así que lo que quería era morir, y por eso a lo mejor tenía tanta prisa tío Pedro en contarnos, a nosotros, las historias y las fábulas de la Cruzada.

—Porque, cuando ésta acaba, parece todo una fábula, pero no lo es. ¡Claro que no lo es! Aunque ni sabes siquiera por qué llevas la armadura y te apedrean los chicos en la calle y se ríe todo el mundo, pero enseguida te das cuenta de que es porque eres y vas vestido de otros siglos muy antiguos —nos había dicho ya tío Pedro al final de las cosas que nos contaba de cuando él estuvo en las Cruzadas, y de cuando volvió.

—¿Volvieron muchos Cruzados de Oriente, señor Lodares? —preguntaba el profesor de Ciencias, don Abundio Cuadrado Campomanes, como si hablara de las calcopiritas y de los ríos auríferos.

—Pocos, señor. Algunos se pasaron al mahometismo, otros murieron, otros no tenían dinero para vivir y tenían que mendigar en las calles y en los zocos mismos del Oriente. Algunos se casaron con mujeres de pasos lentos y ojos oscuros, y se hicieron mercaderes, algunos fueron a dar a un monasterio bizantino, y otros, en fin, volvieron, pero cuando llegaron a su casa ya era otro tiempo.

—Otro siglo querrá decir, señor Lodares.

—No lo sé, señor, probablemente.

Pero tío Pedro luego nos explicó a nosotros, muchas veces, que un Cruzado, en su retorno a casa, podía recorrer el mismo camino que había llevado cuando iba a la Cruzada, pero ya no encontraba las mismas posadas ni las mismas iglesias, y hasta ni las pestes ni las otras enfermedades eran las mismas; los lazaretos se habían convertido en prostíbulos, y los prostíbulos en cuadras o criaderos de cerdos, los jóvenes habían envejecido y los viejos habían encanecido con los terrores del fuego, la espada y el hambre, pero el Cruzado no recordaba nada, y podía llegar a su poblado y a su casa sin que nadie le reconociese.

—Se fue tieso como una lanza, y ahora está como doblado, los ojos se le han hundido, las manos ya no pueden sostener la espada, y la lleva arrastrando —decían los villanos del señor del castillo, que acababa de llegar.

—Se descubre ante el perro que le reconoce y se llena de alegría, y tiene que irse a hablar al cementerio porque ya nadie está vivo de los suyos, y de los que conocía y trataba —comentaban otros.

O también decían:

—Pero se ha encontrado la lámpara encendida ante Nuestra Señora de las Nieves, desde la víspera de su ida a la Cruzada, y ha besado las manos de su mujer para darla las gracias.

Decían cosas así, que luego se contaban hasta en las farsas y comedias, y se hablaban en las solanas o al amor de la lumbre, y en las tabernas y durante el juego de dados de

los hidalgos, y en los atrios de las iglesias, en la conversación entre las damas.

Llegaban sobre famélicos caballos o mendigando el pan a pie, y los que eran príncipes encontraban a sus enemigos o a extraños sentados en sus tronos, los caballeros a sus mujeres casadas con tratantes de ganado, y a sus hijos convertidos en sirvientes. O de sirvientes convertidos en mercaderes. Y, con frecuencia, quienes habían rapiñado en Tierra Santa eran despojados y robados en el camino de vuelta; pero también a veces traían verdaderos tesoros, conseguidos con la violación, el robo y el asesinato, o la venta de esclavos que arrastraban como un rebaño, aunque a otros mantenían bien cebados en los establos criaderos, porque así se venderían a más alto precio que los destinados al despiece, con las manos atadas y los pies ensangrentados recorriendo los caminos y los mercados baratos de la carne humana, en los que el dinero siempre tenía un color rojo, como el de las argollas y cadenas.

Tales eran la hacienda y el tesoro de los Cruzados ricos, que luego, cuando a la vuelta amontonaban en sus casas, las gentes llamaban con escándalo y con burla «El Cristo que habían traído del sepulcro».

—Y lo era en verdad, porque allí habían enterrado la fe cristiana con la que partieron —decía tío Pedro.

Se habían ido cristianos y volvían ricos y ateos; aunque también otros habían ido ateos en busca de oro o de territorios, esclavos y mujeres, y habían vuelto penitentes, envueltos en un saco, descalzos y con la cabeza rapada. Y los buenos Cruzados, casi todos pobres y piadosos, que traían hojas de los olivos de Gethsemaní o un poco de tierra del lugar del Sepulcro de Cristo y, apenas las entregaban a sus seres queridos, si eran reconocidos en sus casas, partían enseguida para la otra Cruzada de la vida eterna. Y todos los Cruzados verdaderos, si acaso no morían enseguida, caían en un silencio interminable porque no sabían hablar la lengua del siglo en que llegaban, ni podían hacer sus gestos. Muchos se habían quedado sordos con el fragor de las armas, o se enervaban si un cuchillo caía al suelo y hasta la tapadera de la olla que rodase por éste les sonaba a entrechoque de espadas y corazas o yelmos; mientras que otros, sin embargo, habían guardado tanto silencio en su regreso penitente que no sufrían el sonido mismo del lenguaje; y, si cualquier conversación subía de tono o había discusiones, por algarabía de turcos las tomaban.

—De tal manera, señores —dijo el profesor de Historia—, que allí se hicieron caballeros de mucho saber y silencio en las estancias interiores de su ánima, y de mucho amor y cuidado de los débiles de este mundo malvado, y desfacedores de entuertos e injusticias con la acción de su brazo y su esfuerzo, incluso contra máquinas que fuesen voladoras como ahora los dirigibles y aviones.

Y se quedó muy en un silencio como de puntos suspensivos, o de etcéteras; pero esto nunca le ocurría al profesor de historia, y entonces dijo que, aun a riesgo de acercarse un tanto a los terrenos de la literatura, él no tenía más remedio que protestar contra muchos eruditos que se burlaban de la alta y hermosísima figura de Dulcinea del Toboso, aun disfrazada de labradora ahechando trigo, como si cerniendo con un harnero no la hubiese vuelto a ver de nuevo en nuestro tiempo un señor Ortega, filósofo español, que la

confundió lamentablemente con una Virgen de iglesia, porque no debía de haber visto muchas imágenes cristianas en su vida, ni tampoco jamás el blasonado de los cernidos. Y también propalaban tales empujados eruditos la absurda y perversa teoría de que el glorioso y sin par autor de *El Quijote* escribió su novela contra la Vieja Caballería de los altos y grandes Caballeros como también lo fueron los Cruzados verdaderos y sus descendientes, como si no fuese verdad comprobada en su certeza, para quien no tiene telarañas en sus ojos ni en su corazón, que el protagonista de aquel libro tiene el cándido corazón de un gorrioncillo o de un arcángel volanderos, a los que puede engañar cualquier patán Haldudo, el amor más ardiente por su dama, y el más esforzado brazo contra la injusticia. Y resumía luego todo esto, susurrando finalmente con conmovidas palabras:

—Eco y calco imaginario, pero verdadero, de caballero antiguo fue don Alonso Quijano el Bueno, cuya vida contó Miguel de Cervantes, como ustedes saben.

Y luego explicaba:

—Cruzados y Cruzados dieron santos y asesinos, violadores, ladrones y anacoretas o místicos, y alumbraron con su luz antigua igualmente esta singular alma de cántaro de *Don Quijote*. ¿Y puede nadie recibir un más alto favor del cielo que un alma de cántaro?

Miraban y escuchaban todos ellos, los colegiales, compañeros de tío Pedro, decía éste, y acudían luego a los dedos para hacer la cuenta, de Cruzada en Cruzada, y de siglo en siglo.

—¿Y en qué siglo partieron los Cruzados y en qué siglo regresaron, señor Lodares?

—Lo que se sabe es que cuando llegaron a Tierra Santa ya se había inventado la espada de canalillo que aseguraba la muerte a quien hería, porque por el canalillo entraba el aire y la infección, y hasta podía envenenarse su hoja fácilmente.

Y explicaba enseguida que ellos, los caballeros Cruzados verdaderos, siempre se negaron a usarla, aunque perdiesen y se riesen de ellos. Porque esto no les importaba, porque pensaban como el emperador Teodosio II, de quien todo el mundo se extrañaba y se burlaba porque no se vengaba de sus ofensores, aunque mucho se le hubiera ofendido, y siempre contestaba diciendo que lo que él quería no era venganza, sino poder resucitar a un muerto.

—¡Hala!, decíamos todos los chicos de la clase, y luego nos callamos, como muy impresionados y sin saber qué podíamos decir —contaba tío Pedro.

—¿Y cómo iba a poder resucitar un muerto, aunque fuese un emperador bizantino, tío Pedro? —preguntábamos ahora nosotros, mi hermana Lisa y yo.

—Ya sabían que no podrían, porque también sabían que no eran dioses, pero siempre hay que esperar y hacer lo que no se puede hacer ni esperarse, como decía Lisa María de las Nieves, porque aquellos siglos eran siglos verdaderos y se podía vivir en ellos, y esperar los imposibles y, al fin, éstos llegaban.

Y nosotros, mi hermana Lisa y yo, no nos habíamos atrevido a preguntar nunca, ni siquiera a medias, quién de verdad era Lisa María de las Nieves, y si vivía y dónde, mucho menos ahora. Pero, como si una vez más hubiera leído nuestro pensamiento, añadió enseguida tío Pedro la coletilla que no se le olvidaba casi nunca, y era la de que

ya lo sabríamos más tarde, y añadió:

—Pero no os importe no poder vivir en este siglo palabrero, que no es un siglo.

—¿Y por qué no es un siglo, tío Pedro? —preguntábamos mi hermana Lisa y yo.

—Porque un siglo verdadero tiene auestas tres o cuatro mil años en el alma, y este siglo no lleva nada a auestas, y sólo arrastra, como puede, unos cuantos días de jolgorio y otros de sangre, y mucha polvareda de palabras, que hacen un ruido como el taconeo de un bailarín con una pierna coja.

Pero parecía que ya no podía sonreír aunque comenzase a hacerlo, porque le sobrevinieron muchos sofocos que le ahogaban en aquella mañana invernal, como otras veces.

Ya era cerca del mediodía, el sol había despejado la niebla de prima mañana, y relucía esplendoroso en el cielo. Entraba desde lo alto por la ventana de la habitación de tío Pedro, y daba un poco en los baldosines blancos y negros del suelo, como si se colara allí de puntillas y a escondidas.

Pero a lo mejor mi hermana Lisa se acuerda más que yo de todo lo que nos contaba tío Pedro y de la Cruzada, de la vida de nuestro padre y nuestra madre y de tía Lisa, y de las cosas de Oleza, que eran bien bonitas. Pero también de que las calaveras huecas, atadas a una soga, y repiqueteando sobre los cantos rodados de una calle empedrada, eran la única verdad de este mundo, que tío Pedro había visto, y luego tocado en la Cruzada.

—¿También la calavera de Lisa María de las Nieves? —preguntó entonces mi hermana Lisa, que creía que todo podía preguntarse en este mundo.

—¡Cállate, Lisa! Las calaveras eran las cabezas huecas de los españoles ¿verdad, tío Pedro? Y por eso nosotros también vamos a ir a una Cruzada —dije yo.

Pero hubo un silencio grande y largo, y luego ya tío Pedro no contestó, como contestaba siempre detrás de los silencios, fueran cortos o largos, sino que miró a mi hermana Lisa con sus ojos azules muy intensamente, y luego los cerró, y se volvió muy despacito cara a la pared, como hacía muchas veces.

Y entonces mamá y tía Lisa nos hicieron señas, poniéndose un dedo en los labios, de que nos callásemos y nos saliésemos fuera, pisando despacito y teniendo cuidado de no hacer chirriar la puerta al salir al pasillo.

Y sabíamos que cuando durmiese y descansase ya podría luego volver a contarnos los sueños y las realidades; aunque cada día se despertaba más veces mientras dormía, como cuando alguien va en un coche o en el tren, adormilado, y cree de repente que ya ha llegado al lugar de su destino, y abre los ojos o hasta se pone en pie a veces.

—Y ¿adónde pensaría tío Pedro que ya había llegado, si, como decía, apenas había empezado a contarnos las historias de cuando regresó de la Cruzada? —nos preguntábamos nosotros.

Posfacio

Las historias del tío Pedro

La pregunta que me hice al recibir este texto por primera vez —todavía no era libro— fue sobre el título, *Retorno de un cruzado*. ¿Por qué se llama a su protagonista «cruzado»? O, de otra manera, ¿cuál es la cruzada de Pedro Lodares? Después de varias lecturas, puedo aventurar una comparación sobre el título y transmitir el descubrimiento del juego humorístico que contiene.

La comparación, que creo ilustrativa, es la que se puede establecer entre el título de *Retorno de un cruzado* y uno de los más polémicos de la escritora norteamericana Flannery O'Connor. Se trata del relato «The Artificial Nigger», que no tiene traducción precisa en español —podría ser «El *negrazo* artificial»—. La americana usa un término extraordinariamente denigratorio en inglés para referirse a una persona de raza negra, en el momento del pleno ascenso de los movimientos antirracistas en Estados Unidos —el cuento se publica en 1955—. Paradójicamente, esta figura encarna el acontecimiento central del relato y es vehículo de gracia divina en la historia. El encuentro con este 'Nigger' permite a los dos personajes protagonistas —Mr. Head y su nieto Nelson— descubrirse a sí mismos. Lo hacen a través de la misericordia que sale al encuentro de su experiencia de humillación; al mismo tiempo se restablece el vínculo entre ellos que se había roto después de la traición. Flannery O'Connor recibió muchas críticas por utilizar esta palabra en el título y se han vertido ríos de tinta sobre este relato. Tal vez, las palabras más significativas son las que ella misma utilizó para explicar la percepción que lo originó: «*El negro artificial* es mi cuento favorito (...) Y no hay nada que proclame más desgarradoramente la tragedia del Sur como lo que mi tío llamaba los negros 'artificiales'». Juzgue el lector, pero creo que la comparación está servida: Flannery O'Connor utiliza la figura de un «Artificial Nigger» para contar la tragedia del Sur de los EEUU, y también su esperanza; Jiménez Lozano crea la figura de un «Cruzado» —término equívoco— para contar la tragedia de España y también su esperanza. Una esperanza oculta en los pliegues de la historia.

Además creo que el autor titula así su novela para distanciarse de los clichés en los que se pueda encorsetar la obra. Juega con las posibles reacciones de los constructores de literaturas de moda. En primer lugar, de aquellos que decidan, por las connotaciones que se desprenden del título, descartar la lectura o alinearla con una ideología política. Pero tampoco los que busquen un 'cruzado', en el sentido político, lo encontrarán. Los que crean que se trata de una reescritura de un relato histórico de las Cruzadas, tampoco hallarán satisfacción. Y los que aprovechen la ocasión para dar carta de ciudadanía a la novela jiménezlozaniana por ajustarse a lo políticamente correcto, tampoco se verán

satisfechos. La cruzada de Pedro Lodares se sale de los esquemas y no acepta banderías. Lo dice el personaje de sí mismo: «Yo no soy de ningún color del mundo» (p. 34) y el narrador: «Él no tenía ningún bando verdadero, ya que no quería trincar a España en dos mitades, como se trincha un pavo en un festín» (p. 164). El «cruzado» ha probado en la propia carne lo difícil que es resistirse a caer en la red de un país que se ha convertido en trampa, a fuerza de dividirse en bandos. España entonces era «como una gran trampa o liga de cazar personas, y, como poco, aunque te escapases de ellas y de la muerte, te sacaban a tiras la carne viva del cuerpo y la del alma» (p. 14).

Ésta es la seriedad y la ironía del título. Con una gravedad semejante a la de Flannery O'Connor respecto a la tragedia de su tierra —el racismo—, Jiménez Lozano muestra el dolor por una España de facciones. Con humor intenta desconcertar a todos aquellos que busquen en su novela la confirmación de una ideología del signo que sea, ya sea para confirmar las propias ideas o para ir contra ellas. Es decir, hace difícil la entrada del lector que busque dividir la literatura en bandos. La literatura es más que eso y el lector de esta novela ya lo ha podido comprobar.

* * *

Un relato en tres tiempos

La complejidad de la cruzada del protagonista se divide en tres tiempos de la historia de España: la España de hoy, la España de la Guerra Civil y la España finisecular (XIX-XX). El primer tiempo es el presente de la narración que describe las conversaciones de Pedro Manuel Martín Lodares con sus sobrinos. El segundo plano temporal consiste en la memoria que Pedro Lodares tiene de la Guerra Civil española de 1936, y las heridas que ha dejado en su vida. Es decir, el protagonista cuenta al narrador y a su hermana Lisa historias de ese período, y las entreteje con las huellas que le han dejado en el presente: heridas físicas —cojera— y espirituales —huellas del miedo y la pesadilla vividos—, además de una profunda melancolía. Este segundo plano tiene varios referentes literarios e históricos. El primero es la obra de Joan Sales, *Incierta gloria* (*Incerta glòria*); esta larga novela da cuenta de algunos de los episodios más terribles en el frente aragonés. El segundo es el de los desordenes del Madrid de la II República, en los años previos a la Guerra Civil, contados por Baroja en *Miserias de la guerra*. En este mismo plano temporal se hace sensible la figura histórica de Simone Weil, que participó en el frente republicano y repudió los horrores vistos. Volveremos sobre ello. El tercer tiempo es la evocación del período de la niñez y la adolescencia de Pedro Lodares. Se alza sobre un referente literario, la Oleza de *Nuestro Padre San Daniel* y de *El obispo leproso*, de Gabriel Miró. Oleza se llama a la ciudad en la que se educa el protagonista y que es lugar, como en el texto literario del alicantino, de jardines amables, tanto como de Colegios que conservan una sabiduría de muchos siglos, y ciudad en la que habita un doliente obispo leproso.

Sobre estos tres tiempos expongo algunas notas que espero puedan servir de ayuda para comprender este relato de Jiménez Lozano. Texto complejo por la magnitud de historias y tiempos y, al mismo tiempo, sencillo como lo es la experiencia humana

verdadera.

Un coloquio melancólico

La estructura de la novela es seriada. Se trata de una colección de fragmentos, cuyas partes —cuentos, retratos, escenas, recuerdos— componen el conjunto. Y ese conjunto halla su unidad en lo que se podría llamar novela de «pie en el estribo», en el sentido cervantino: Pedro Manuel Martín Lodares se despide de un mundo ensangrentado y lo hace contando a sus sobrinos sus padecimientos y aspiraciones. A través de lo relatado, les trasmite la sinrazón de la guerra y la aspiración a la belleza entre los desechos del mal. Pedro Lodares es un personaje hondamente tocado por el mal, pero la extrañeza que siente ante el odio no acaba en sí misma, sino que se abre a una pertinaz búsqueda de la belleza. Por eso no se agota en el mal que ha visto y sufrido.

El relato lo cuenta su sobrino, que hace memoria de las historias que su tío, todavía muy joven —«acabando la treintena»—, trae cuando vuelve a casa, cansado de «cada bocado de este mundo» (p. 11). El narrador y su hermana Lisa no se cansan de escuchar sus historias, las contadas y las apenas esbozadas, y a la vez son testigos de la melancolía del tío Pedro, la que produce su desajuste respecto al mundo en el que vive. Esta estructura de relato dentro del relato no solo concede unidad a los retazos de historia de Pedro Lodares en un mundo que siente extraño y en el que ya no «acierta» a vivir, sino que forma parte del significado de la obra. A través del contar se objetivan las historias del contador y se ponen de manifiesto las razones de su melancolía. Es decir, los sobrinos son acicate valioso para una búsqueda más allá del shock que produce el mal.

Veamos, pues, las melancolías del tío Pedro, que son el punto de partida de su relato. Covarrubias define la melancolía como «enfermedad conocida y pasión muy ordinaria donde hay poco contento y gusto», y añade que uno está melancólico «cuando está triste y pensativo de alguna cosa que le da pesadumbre». Si ésta es la enfermedad del tío Pedro, los relatos nos permiten ir descubriendo qué es lo que la produce. Nace de la experiencia de un dolor intenso por las cosas terribles que ha visto: por un lado, la belleza pisoteada y la sangre derramada; por el otro, la facilidad de los hombres para olvidar y silenciar la historia que, para Pedro Lodares, es siempre maestra de vida. Éste es el punto de partida. Pero no termina ahí, porque las charlas incansables y memorables de Pedro Lodares con sus sobrinos se entienden dentro de una conversación, marco importante para que el relato no se agote en la pesadumbre. La voz de Pedro hace accesible una mirada sobre la historia y la vida y se convierte en testimonio poderoso para sus sobrinos. La curiosidad y atención de los chicos, así como sus preguntas, enmarcan la voz de Lodares en un entorno familiar y educativo que permite vislumbrar otro valor de la melancolía. Éste no es únicamente el de la enfermedad producida por la *bilis negra* que generan la Guerra Civil española y los otros horrores del mundo, sino esa aspiración al amor y a la belleza. Es ahí donde se descubre que, desde dentro de la enfermedad de Lodares, está viva una exigencia inextirpable del personaje. Coincide con esa dimensión de la melancolía que Romano Guardini denominaba «anhelo de amor» y «aspiración a la belleza», y que el pensador y teólogo situaba en el centro de la persona. Así, decía Guardini en el artículo titulado «Acerca del significado de la melancolía»

(*Alcmeón*, 2001), este nivel de la melancolía pone en crisis la vida misma, desde la fuerza del anhelo de amor y de la aspiración de la belleza: «Está abierta, dispuesta a ir más allá de sí, a acoger, dar y recibir».

La intensidad del dolor de Lodares contiene pues esta aspiración al amor que narrativamente halla su forma en la conversación. La sola transmisión de los horrores del mundo no daría bien cuenta de esta novela. En lo contado se percibe esa apertura que pone en crisis lo vivido y revela las nuevas posibilidades que encarnan las vidas de los interlocutores jóvenes. Y así, a medida que avanza el relato perplejo y sufriente de Pedro Lodares, sus palabras son también vida que se abre camino: «Y, si no podía o no quería levantarse de la cama, su sillón en el comedor quedaba vacío, y la puerta de éste y del dormitorio estaban abiertas, y él hablaba y hablaba, o escuchábamos su silencio, mañanas y tardes enteras, que nos decía tantas o más cosas que cuando nos hablaba muy despacio y con tanto sentimiento o con tanta alegría, según las veces» (pp. 74 y 75).

La memoria del sobrino —el fingido narrador— compone los recuerdos procedentes de un coloquio y, como sucede con lo que pende del afecto, no se ordena como una tesis, sino que va de una escena a otra, de un año a otro y se transmite según las diversas impresiones que producen en el narrador. Los recuerdos callan cosas porque se someten a las censuras a que le obligan las hermanas del contador, o se interrumpen con las preguntas de Lisa, la hermana del narrador e interlocutora también de las historias.

En este modo de contar reside la inmediatez y vivacidad del relato. Cosas que solamente son posibles en una relación familiar. De este modo, las historias se transmiten como experiencia vivida y están llamadas a permanecer como enseñanza en el horizonte vital de Lisa y el narrador. La multiplicidad de historias intercaladas, así como las idas y venidas de unos episodios y otros, descubren ese carácter encarnado de los relatos de Jiménez Lozano, donde cada acontecimiento narrado nace de las entrañas de la vivencia del personaje. Se trata pues de un relato confidencial que, gracias a la ficción del narrador, nos hace oír el testimonio de una vida llena de vicisitudes y la valoración que le merece lo sucedido. Al mismo tiempo, la hermosura que requiere la existencia hace de la novela un texto enormemente dramático. Hay un movimiento interno que va, como se ha dicho, de la melancolía a la aspiración de la hermosura.

Una novela sobre la Guerra Civil española

Retorno de un cruzado pertenece a las narraciones del autor dedicadas a la Guerra Civil. La primera sobre este tema es *La salamandra*, publicada en 1973. Se trata de una novela que reproduce la perorata doliente de Damián ante la presencia del amigo de la juventud, Tomás, cuando los dos se encuentran al final de su vida en un asilo. La Guerra Civil española aparece en los recuerdos que, todavía vivos e hirientes, van hilvanándose a partir de la memoria y se formulan a través de la voz del protagonista. Es un texto caracterizado por las marcas conversacionales de una lengua conservada en su transmisión oral a través de los siglos. Damián es la figura de una de tantas víctimas de una España ensangrentada, cuyas palabras parecen salvadas por la presencia de tres figuras femeninas: la madre de Damián, una vecina anciana de su aldea que le advierte sobre el horror y la espiral de violencia en torno y la cocinera de un café madrileño que llora y

acepta la misteriosa muerte de su nieto. Las tres coinciden en mantener la llama de un cristianismo silencioso, a la vez que inextinguible.

Las resonancias del tema de la Guerra Civil son una constante en cualquiera de sus colecciones de cuentos. En la primera recopilación, *El santo de mayo* (1976), se cuentan historias trágicas de seres que parecen no contar en la historia y que el narrador recupera. Las figuras de curas pobres, de familias humilladas, de niños idiotas, de criadas y pobres de solemnidad desfilan por estas páginas que dejan el sabor amargo de las consecuencias de una guerra, a la vez que la ternura del narrador que las rescata del olvido porque las considera el centro del universo. No menos importante es la huella que deja la Guerra Civil en el narrador de *Los grandes relatos* (1991). Esta obra es una recreación de la voz de un hombre maduro, que reúne escenas de su infancia y adolescencia. Sobre muchas de ellas pesa el ignominioso prendimiento y muerte del padre del narrador durante la Guerra Civil.

También la Guerra Civil es historia en algunos de los cuentos de *El grano de maíz rojo* (1988), en los que el discurso es mucho más desgarrado y exasperado. El primer título que se pensó para esta obra fue el de historias de *Viernes santo* porque cada narración expresa el dolor existencial, moral, físico de una serie de personajes. La marca de una revisión del tema, pasada por el crisol del tiempo, aparece en títulos más recientes: *Un hombre en la raya*, de 2000, *El ajuar de mamá*, de 2006 y *La piel de los tomates*, de 2007. La publicación de la novela y los dos volúmenes de cuentos es elocuente acerca de esa permanencia de los dramas bélicos en el imaginario del autor. Se trata de trasposiciones literarias de las experiencias del Jiménez Lozano niño que ha vivido, en primera persona y en la edad del despertar de la conciencia, las consecuencias de la Guerra Civil durante la posguerra. Al conocimiento que procede de la experiencia se irán añadiendo posteriormente las noticias oídas de boca de testigos directos, así como las de lecturas literarias e históricas. Así confiesa el autor esos recuerdos de niño:

«Igualmente sabía muy bien qué rostro tenían los verdugos y cuál era el tono de su voz, o cómo eran sus ademanes. Cuando jugábamos a lo que pasaba en torno nuestro, sabíamos ponernos su máscara e imitar sus sarcasmos. Tal era su mundo: la luz de las candelas, un mozo tuberculoso que había vuelto de la cárcel y se consumía de tisis sentado a la solana, y al que no debía acercarme aunque lo hacía, una muchachita de mi misma edad muy delgadita y triste con la que compartía la merienda; pero también unos titiriteros que interpretaban *Hamlet* con una calavera de verdad y Ofelia que se ahogaba coronada de rosas, la historia de José y sus hermanos con la que lloraba» (José Jiménez Lozano y Gurutze Galparsoro, *Una estancia holandesa. Conversación*, Barcelona, Anthropos, 1998, p. 84).

Por otro lado, el escritor se acerca al tema desde perspectivas más racionales, es decir, desde el punto de vista de la recuperación histórica y de la reflexión ensayística. El Jiménez Lozano amante de la historia, documenta algunos episodios, aparentemente menores, de entre los grandes acontecimientos y hechos de la guerra. Como ensayista reflexiona en *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* —que cuenta con dos ediciones, la primera de 1978 y la revisada de 2008—. Apoya su reflexión en las raíces

históricas de la convivencia difícil y excluyente de la sociedad española a lo largo del tiempo y con larga historia. Además, hay pensamientos sueltos sobre el tema en sus cinco diarios y en numerosos de sus artículos periodísticos.

El tema es una constante en la obra de Jiménez Lozano y cabría preguntarse de dónde nace esta necesidad de volver la mirada sobre esos años sangrientos de la historia de España. Solamente él lo sabe. Pero lo cierto es que, como él, muchos otros escritores del panorama de las letras españolas no han podido dejar de escribir y contar historias de dolor, amor, frustración y odio durante aquellos años. Son una riada los títulos de la reciente historia de la literatura española salidos de la pluma de autores importantes de la generación inmediata al conflicto: Miguel Delibes, Gonzalo Torrente Ballester, Ana María Matute, Max Aub, Terenci Moix, Camilo José Cela, Juan Goytisolo, Francisco Ayala, Ignacio Aldecoa, Ramón J. Sender, Arturo Barea, José María Gironella, etc. El listado es inabarcable para el propósito de estas páginas, porque creo que no hay autor posterior a 1936 que no haya rozado el tema. La Guerra Civil vuelve a aparecer con fecundidad en la literatura más actual (sirvan de ejemplo las obras de Antonio Muñoz Molina, J. A. González Sainz, Javier Cercas, Manuel Rivas, Andrés Trapiello y otro larguísimo etcétera). Todos ellos encarnan figuras y hechos en las coordenadas de esos años trágicos. Sin ánimo de generalizar y borrar los rasgos específicos de cada texto, creo que sí se puede decir que en ellos se encuentra la marca que dejaron esos años y la urgencia, no sólo por testimoniar lo que pasó —que por supuesto—, sino por descubrir las razones y sinrazones del mal en nuestro pueblo, del que los escritores españoles han sentido la zarpa airada.

De entre todos ellos, hay dos obras con las que el escritor ha establecido una línea de complicidad: se trata de *Incierta gloria* (1956, 2012), de Joan Sales, y la recientemente publicada de Pío Baroja con el título de *Misericordias de la guerra* (2006).

Encuentro parentesco en el tono y fondo del ambiente pesado y violento de *Incierta gloria* y el rememorado por Lodares en *Retorno de un cruzado*. Además, en las dos obras, sus protagonistas libran una batalla desde dentro de esa situación histórica terrible. Las notas contenidas en la ‘Confesión del autor’ del catalán, al inicio de la obra, sobrecogen porque descubren el abismo que se abre entre la capacidad de mal horrendo de los hombres y el destino ‘glorioso’ al que están llamados. Esta tensión se siente en las dos obras. En la nota, Sales señala cómo el interés de su novela, situada en un frente de la Guerra Civil, no se agota en la descripción de las fuerzas destructoras que genera la adscripción a una ideología —que son terriblemente revisadas— sino que quiere fijar la mirada en las pasiones que se encuentran en la historia trágica. El escritor habla de la búsqueda violenta de la gloria que caracterizó a su generación. Se persiguió la gloria a través del amor y la guerra. Más adelante, en las páginas de la novela, se testimonia el fin trágico del amor y la violencia en la que se ahoga el ideal. Tras el derrumbe queda un enigma: ¿será posible otra gloria? , ¿puede encontrarse en la derrota del pecador?, ¿hay una gloria final?:

«Pero sé que mucho se le perdonará a quien haya amado mucho. En otros tiempos había más devoción a san Dimas y a santa María Magdalena; porque no corría tanta

pedantería como ahora y la gente no trataba de disimular con tesis, mensajes ni teorías abstractas el fondo apasionante que todos llevamos dentro».

Y concluye: «Somos pecadores con una gran sed de gloria. Porque la gloria es nuestro fin» (2012, p. 11). Este prólogo sirve de umbral a la novela y permite entender al protagonista Luis Brocá. Su confesión sincera resume bien los dos polos en los que se mueve la obra: la búsqueda de un ideal y la tragedia final. Por otro lado, pone de manifiesto el punto de fuga que supone la intuición de esta otra gloria que va más allá del desenlace. La gloria, aun asediada por la catástrofe y la incertidumbre, se abre a la posibilidad de una esperanza. De ese modo, el testimonio histórico de Sales apunta a la persona real, al lector. Cosa que procede de un modo de configurar al personaje. No se trata de un producto creado para explicar las fuerzas del relato, sino de un corazón palpitante en el centro de la historia que no se agota en la coordenada espacio-temporal en la que le ha situado el escritor. Creo que lo mismo se puede decir de Pedro Manuel Martín Lodares.

En tercer lugar, la obra de Joan Sales elige una forma literaria que le es muy querida a Jiménez Lozano: la epistolar. Con ella se inicia en su quehacer literario. Pensemos en la presencia de epístolas y cartas de sus primeras novelas publicadas: *Historia de un otoño* (1971) y *El sambenito* (1972). La razón de esta manera de narrar le permite al escritor reproducir directamente las voces y los testimonios de los personajes. El escritor alterna esta forma con la conversacional o coloquial, también presentes desde el inicio de su obra novelística (*La salamandra*, 1973 y *Duelo en la casa grande*, de 1982). Una y otra son las que permiten la donación de los personajes directamente, como sin mediación, y siempre dirigiéndose a uno o varios interlocutores. A los otros, a lo otro.

La segunda obra en la que Jiménez Lozano encuentra sugerencias literarias para la suya es *Misérias de la guerra*, de Pío Baroja. Obra publicada en 2006, gracias a la edición de Miguel Sánchez Ostiz a partir de dos borradores mecanografiados de Baroja (1950 y 1951). La novela es la primera entrega de la trilogía sobre la Guerra Civil que proyectó Baroja. *Misérias de la guerra* finge reproducir dos testimonios directos. En primer lugar, el de las notas de los Diarios de Carlos Evans, militar y diplomático inglés que decide permanecer en España para observar los desordenes que se produjeron en Madrid a partir de 1934; en segundo lugar, las cartas de su chofer, Will (o Bernabé William), contándole a Evans los terrores y violencias que se vieron en Madrid durante la Guerra Civil, una vez que su jefe se ha marchado. La creación de dos narradores observadores le permite a Baroja guardar una distancia respecto a lo narrado y dar la versión del *extraño* —del extranjero, del que viene de fuera— y, como tal, tiene libertad para mezclarse y tratar de comprender las dos facciones. Esta posición de *extrañeza* respecto a la violencia y las adscripciones políticas la comparte también Lodares, como se ha visto. La observación crítica de la voz del inglés barojiano intenta ser ecuánime, pero a veces roza la desesperanza cuando lo que ve es un país en donde se queman las iglesias, se mata por una bandería política, se adoctrina a los niños, se da carta de ciudadanía a la propaganda y se exaltan los instintos de violencia, odio y venganza. La obra tiene la estructura de una serie de escenas o cuadros que son el resultado de las

exploraciones del diplomático inglés y de su conductor a diferentes lugares madrileños: el Retiro, la Gran Vía, la Ciudad Universitaria, la calle Embajadores, de la Montera, etc. Este carácter escénico puede, a menudo, más que el personaje. En realidad, el observador inglés es una trasposición literaria del Baroja exiliado en París, que recibe noticias de Madrid a través de las visitas de los amigos a la capital francesa, y los relatos le permiten hacer una serie de reflexiones sociales e históricas. No es así en la obra de Jiménez Lozano, en la que el personaje y su historia es el centro.

Lo que conocemos de la vida de Pedro Lodares a través de sus relatos es que va a Madrid a estudiar medicina, en esos años descritos por Baroja, y cuando comienza la Guerra Civil española, y aún sin tener el título, le nombran médico del Comité del Pueblo para el que servirá, curando a los heridos de un frente muerto durante un año largo, cerca de la casa materna, probablemente el frente de Aragón; ahí sí coincide con las tierras de *Incierta gloria* y las visitadas por Simone Weil. Mientras sus sobrinos y sus dos hermanas, la madre de los chicos y la tía Lisa, sobreviven en Madrid, protegidos por la sombra de la muerte del padre de los chavales, un liberal asesinado al principio de la contienda, volvemos a momentos descritos en *Misericordias de la guerra*. Más tarde, el estudiante Lodares, como le llaman los del Comité del Pueblo, recibe la visita de su antiguo amor de Oleza, Lisa María de las Nieves, que, disfrazada de titiritera y haciendo las funciones de adaptadora de obras literarias para la «educación del pueblo», le lleva noticias de su familia. Pedro es advertido por los antiguos caseros de que alguien quiere acabar con él. Le ayudan a atravesar la frontera de noche, pasa al otro bando, estará preso durante un tiempo y viajará a Rusia con la división azul. En toda ocasión, se siente extraño y sabe que ninguna de estas terribles batallas es la suya.

En medio de esta serie —no escasa— de vicisitudes nacen su extrañeza y su anhelo de vivir de la belleza en un mundo en el que se la desprecia. Y la belleza en esta obra, como en casi todas las de José Jiménez Lozano, no es huérfana, como quería Iván Karamazov, sino que señala el origen y el sentido del camino humano. Tiene que ver con el misterio de las cosas que, en la tradición cristiana, se reconoce como una presencia amorosa. Pedro Lodares lleva la herida de las veces que ha visto la belleza pisoteada. Se descubre en la ocasión en la que increpa a uno de los personajes de su pueblo, Alomar, apodado «el Indio», cuando le ve arrebatar a una mujer la cabeza de una virgen gótica para darle puntapiés en el suelo. «—¿Es que necesitas destruir todo a tu paso? ¿También esta hermosura?» (p. 23), son las palabras de Pedro Lodares al Indio. O reconoce, en medio de la bestialidad de la guerra, el sentido de algunas vidas que podrían pasar inadvertidas. Es así el caso del tonto del pueblo, encontrado en Rusia, que aun estando muy herido se resiste a morir porque «tiene que volver a su isba y despedirse del icono que le había dejado en herencia su madre, y era el icono de Cristo que dormía con un solo ojo y podía cuidarle a él en el ataúd hasta que despertase y volviese a buscarle con todo el poder y la gloria de su reino» (p. 46). De esta belleza y de su cuidado vigilante vive el tío Pedro, lo que le hace extraño.

Era extranjero el observador barojiano, es extraño Lodares, como también era extraña en su tiempo Simone Weil. La presencia de la francesa está implícita y es fruto de la

convivencia del escritor con ella (mi fuente es el autor). La historia de Pedro Lodares se desarrolla en un mapa que, aunque referido anónimamente, se sitúa en Aragón. Justamente la región en la estuvo Simone Weil cuando, enrolada con la CNT para colaborar con sus ideales de simpatía hacia los más humildes, participa en la columna Durruti contra los franquistas. Simone Weil vio en el movimiento anarquista una ‘mezcla explosiva’ entre la grandeza de defender el honor de los más humildes y el gusto por la violencia y el desorden, como le escribe a Georges Bernanos tras la publicación de su obra sobre la guerra civil española, *Los grandes cementerios bajo la luna* (1938). Afortunadamente, la jovencita Weil se libró de la matanza de Perdiguera —en la que murieron de manera atroz sus compañeras de comando— porque se escaldó una pierna y fue reintegrada a Francia por su familia. La admiración del escritor por esta figura es constante y aparece por sus obras de diversas maneras. Desde la preferencia por esos «seres de desgracia» que pueblan las narraciones jimenezlozanianas y que tanto ocuparon la sensibilidad de la francesa, pasando por su presencia en los collages; también es objeto de algunos de sus ensayos y llega a considerarla una maestra de vida. Me detengo en la descripción de uno de sus collages, contenido en *El cuaderno azul* (cf. www.jimenezlozano.com, sección Inéditos). En él se ofrece la fotografía de Simone Weil vestida de miliciana durante su estancia en España y con el fusil al hombro (arma que no se atrevió a utilizar). En la combinación iconográfica del autor, la foto aparece sostenida por una predela de orquídeas azules, y ante la figura femenina se inclina Dios rodeado de quince ángeles con alas de colores (Beato mozárabe del Códice de Gerona). Acompañando el conjunto aparece la leyenda en la que el autor se pregunta: «¿Adónde va esta chica de ese modo?». Simone Weil, como el protagonista de *Retorno de un cruzado*, es presencia incómoda y fuera de lugar. De ahí que el escritor la denominase «Queridísima e irritante Simone» (*Archipiélago*, 43, 2000, pp. 13-20). La admiración por esta presencia cara al autor es confesada en su libro de conversaciones con Gurutze Galparsoro (Barcelona, Anthropos, 1998) y, de nuevo, la admirada radicalidad de Simone nos lleva intertextualmente a la de Pedro Lodares:

«Lo que me dio ante todo Simone Weil creo fue el sentido de la radicalidad y de que lo valioso de la vida humana se jugaba en esa dimensión. Ella rechazó vivir, perdió su vida realmente, pero en el fondo había una alegría trastornadora. Pero me enseñó muchas cosas más, y desde luego a mirar a los seres de desgracia y a los «idiotas» como los seres más importantes, «presencias divinas» diríamos, y desde luego las más misteriosas y altas formas de ser hombres. Me dio ojos para percatarme de que existía la desgracia. Y en un plano religioso o teológico me descubrió el silencio. En un plano político me liberó de todas las mentiras, en un plano literario de todo lo que no fueran palabras esenciales, imprescindibles» (p. 46).

Juzgue el lector si en *Retorno de un cruzado* hay radicalidad de una vida, pintura tierna de «seres de desgracia» e «idiotas», silencio, rechazo de la mentira y esencialidad lingüística.

Oleza y la complicidad mironiana

Si algunas de las melancolías de Lodares son amargas, hay otras melancolías dulces. A

las segundas el narrador se acerca desde la nostalgia de un tiempo que se fue: se refieren a la infancia y formación del protagonista. Pedro Lodares se hace en la novela huésped de la ciudad imaginaria de Oleza, trasunto literario de la ciudad de Orihuela en la obra de Gabriel Miró. Oleza es la ciudad sensual y clerical en la que transcurren las novelas de *Nuestro Padre San Daniel: novela de capellanes y devotos* (1921) y *El obispo leproso* (1926). Jiménez Lozano da nueva vida a la ciudad y el Lodares colegial es su nuevo huésped. Y de entre las muchas sugerencias que ofrece la novela del alicantino, el castellano reescribe, a modo de *palimpsesto*, los paisajes mironianos y recrea alguna de sus figuras. Los paisajes reescritos son el Colegio de Oleza y el conjunto de la ciudad compuesto por un singular mundo de pobladores clericales que marcan las tertulias, los jardines, las casas, fincas y palacios de Oleza. Los personajes que cobran nueva vida son la pastelera doña Corazón, el obispo leproso y los amores imposibles de Pablo Galindo y Egea con María Fulgencia, apodada la «Monja».

El Colegio francés al que va Pedro Manuel Martín Lodares es reescritura del Colegio de «Jesús» de Miró. El padre de Pedro Lodares elige el francés para la educación de su hijo porque en él se custodia la enseñanza de la historia, el latín, la filosofía y las ciencias, y se le llama el «colegio de los treinta siglos» (p. 79) porque todo ese tiempo cabía en él y en sus enseñanzas. El Colegio de «Jesús» se caracteriza por ser rígido, pero a través de sus enseñanzas se despierta la imaginación: «la anchura de los campos» y «los barcos de vela en mares de Oriente» (*Obras completas*, 1969, p. 917). De manera semejante, el colegio de Oleza jimenezlozaniano no es sólo fuente de saberes e informaciones, sino que desbordantemente abre a otra serie de viajes, los que permiten la lectura y los mundos imaginarios: «No sólo había tratado con griegos y romanos, sino que se había bañado en otros muchos ríos, mares y océanos antiguos, y vivido en ínsulas extrañas, y recorrido muchos mapas y oído muchos versos y hechas lecturas de amores y melancolías» (p. 58). En él se conocen las grandes historias amorosas de la historia y la literatura: Claudia, Lesbia, Isolda, Julieta, Madame Bovary y Anna Karenina, los amores de la Biblia, etc. Y se caracteriza por las sabias y jugosas conversaciones. El profesorado del Colegio de Lodares se nutre de los huidos del giro anticlerical de la III República (1870-1940) entre 1879 y 1914, y no del retorno de los jesuitas expulsados como en Miró.

El mapa de los pobladores y las gentes de la ciudad es un segundo aspecto reescrito a partir de la obra de Miró: eclesiásticos, deanes, familiares, clérigos, monjas, carlistas y gentes de tertulia, boticarios, latinistas, helenistas, jesuitas, beatas, un homeópata y un médico, una pastelera y dos solteras... se cruzan en la Oleza de Miró. En esta pintura de una ciudad rica en gentes e historias coinciden los escritores. Bien es cierto que Gabriel Miró resalta la polarización entre la rigidez de los que se creen defensores de la moral y los sensuales y amantes de la vida, aspecto que no se encuentra en la del castellano. Los jardines y espacios de la Oleza mironiana —claustros, *hortus conclusus*, campanarios, iglesias, palacios— resuenan, algo más sobriamente, en la evocación de la ciudad de la adolescencia y juventud de Lodares y, especialmente, en el jardín de doña Corazón de la novela jimenezlozaniana, que se convierte en el escenario del amor imposible de Pedro y

Lisa María.

Al final de la novela de Miró se nos ofrece una visión en despedida de una Oleza en donde sus habitantes o han muerto o se han marchado; sólo queda don Magín que recibe, en la ciudad solitaria y temblorosa, el tren, es decir, el contacto con el exterior que anuncia los cambios de la ciudad antigua. Mientras Jiménez Lozano describe la ciudad de Oleza como ese paraíso perdido de la infancia y del que duda pueda perdurar en el presente. Es la despedida de la vivacidad de una ciudad la que marca la formación de su protagonista, a la que dice adiós desde la rememoración, sabiéndola imposible.

De entre los pobladores de Oleza, hay varios que se hacen hueco en el imaginario de Jiménez Lozano. Doña Corazón, la bondadosa y vital pastelera de Oleza, es un personaje reescrito. En la obra de Miró, este entrañable personaje se va dando a retazos desde su primera aparición —vivaracha, trabajadora, olorosa y enamorada secretamente de don Daniel— en *Nuestro Padre San Daniel*, a la visión de su blanda y cálida vejez en *El obispo leproso*. Mientras en *Retorno de un cruzado* aparece sólo de perfil y como la facilitadora de los amores secretos entre Lodaes y Lisa María de las Nieves. Es la reina de los «corazones»: las pastas que hace son corazones, custodia los amores de los corazones para que no acaben en la tumba como los de Romeo y Julieta, tiene al corazón de Jesús presidiendo la pastelería y cría pájaros y aves para alegrar el corazón. El narrador, con una técnica narrativa bien distinta a la ‘cubista’ mironiana, crea un personaje que deja en la obra un rastro muy similar: el de la alegría y el gozo del amor.

Pedro Lodaes vive una historia de amor con Lisa María de las Nieves. En su compañía visitará los jardines más bellos de Italia —viajes posibles gracias a la lectura y a la imaginación— y, en la compañía de esta nueva *Beatrice*, soporta el reposo de una cura de tuberculosis en Oleza. En el modelo de Miró, Pablo, el hijo de don Álvaro —un amargado carlista— y Paulina, vive sus amores imposibles en un huerto de limoneros con María Fulgencia.

Por último, la figura del obispo leproso, que da título a la novela de Miró, aparece en *Retorno de un cruzado*. En la novela del alicantino, el obispo silencioso, austero y reacio al ornato y protocolo, preside la ciudad; lo hace desde la enfermedad y su presencia es latente. El narrador mironiano hace vivir a su personaje con escasos rasgos, aunque muy definitorios, que lo identifican. La narración está salpicada con escuetas escenas mostradas directamente y pocos comentarios referidos a su vida solitaria. Es un personaje visto de perfil que, paradójicamente, se hace presencia narrativa muy significativa porque marca la acción por su ausencia o presencia. Jiménez Lozano nos lo da como sujeto de una de las historias recordadas del tío Pedro y todo de una vez. El recorrido de este nuevo obispo acepta rasgos del modelo —está enfermo y es extranjero en la ciudad— y adquiere otros que lo singularizan: es un estudioso comparable a otros conservados en piedra:

«Dormía mal y parecía leer eternamente por las noches como el Doncel de Sigüenza está haciéndolo en su catedral, el Inquisidor del Corro en San Vicente de la Barquera, el obispo Alonso de Madrigal en Ávila, y Dante en Rávena, según se decía bromeando entre la clerecía de palacio, aunque no sin admiración muy grande por su amor a los

libros y al silencio» (p. 115).

Y nos descubre el secreto tormento de su enfermedad. En esto sí hay una transgresión respecto al modelo. El origen de la enfermedad del mironiano era un amor imposible por Paulina Egea. Mientras el secreto del obispo de Jiménez Lozano es la piedad por los pobres y los humillados, bien es verdad que el de Miró se rodea de los más pobres y hacia ellos va su preferencia. La insinuación de Miró se hace central en *Retorno*:

«Y fue al poco tiempo, a partir de aquella noticia del hambre y la desgracia que había descubierto un día, cuando aquella visión primera de ellas que había venido royéndole, y luego se le había revelado de nuevo con tanta fuerza, al oír aquella furia nocturna contra él en la que también volvía a oír el traqueteo de las ruedas de la Carreta de los Incurables pobres, entregados al cuchillo del frío de la noche, y veía a todos aquellos miserables como ovejas llevadas al esquilador y al matadero sin que abrieran la boca ni lanzaran un balido lastimero, y se le renovaban también tales imágenes insoportables con cada ayuda y socorro que enviaba, de manera que aquel sordo sufrimiento invadió del todo su cuerpo y su alma; y su piel se le puso blanca y como transparente, y todo él parecía translúcido y alabastrino como si estuviera convirtiéndose en estatua orante de su propia tumba» (pp. 117-118).

Para no dejar espacio a la duda, el narrador de *Retorno* hace explícita la intertextualidad y complicidad con la obra de Gabriel Miró cuando le hace preguntar a su protagonista Lodaes sobre la verdad de la novela: «—¿Y es verdad que por aquí hubo lepra y hubo un obispo leproso? ¿Y es verdad que hubo un cura de la catedral que quemaba los bigotes de los ratoncillos con su cigarro? ¿Y es verdad que una señora o señorita era tan dulce y amorosa que se llamaba Doña Corazón?» (p. 71).

Toda una demostración de cómo la novela es verdadera en cuanto se hace un hueco en el lector, en este caso Jiménez Lozano, que, por obra y gracia de la literatura, hace revivir las «imaginaciones y novelorías» (p. 71) de Miró en una nueva.

*¿Qué cruzada? La de un hombre marcado
en los pliegues de la historia*

El tiempo de Oleza nos adentra en el significado complejo de la cruzada del protagonista. Vuelvo así a formular la pregunta inicial: ¿qué *cruzada* es la de Pedro Lodaes? Ya hemos señalado las connotaciones trágicas de la cruzada en la que se inserta la trayectoria del personaje: la de la España anterior a la Guerra Civil, la del periodo de la contienda y los años de la posguerra. Pero no son excluyentes, porque hay otras que vienen de más lejos, las que provienen de los siglos de la historia del mundo y que pueden ser maestras de vida: las narraciones bíblicas, las historias de los griegos, la pérdida de Constantinopla, los desgarros de la Revolución Francesa, los caballeros, reyes y niños que fueron a la Cruzada, así como los hombres y mujeres marcados por el seguimiento a Cristo en los últimos veinte siglos. Estas historias perfilan la fisonomía de Pedro Lodaes. A través de su vida, memoria y estudio, los episodios del pasado llegan hasta su tiempo, el siglo XX. La conciencia del oscurecimiento de estos testimonios históricos en el entorno del protagonista será una de las causas de su tristeza, es decir,

Lodares se duele por un mundo no sólo ensangrentado, sino además huérfano.

Ahora bien, como decía, el punto de partida para entender la cruzada de Pedro Lodares es considerar los horrores de la guerra y el odio inútil que ha visto. El tío Pedro se duele por la violencia sufrida, la que ha padecido en carne propia —la Guerra española—, y las otras guerras que ha conocido por la historia. Siente como suya la sangre derramada y llora con el Ángel de la historia por ese mundo partido por el eje:

«—¿Y ese es el Ángel de la Guarda, tío Pedro?

Y nos contestó que era algo así, pero que se llamaba el Ángel de la Historia, y un día le había visto él sentado y llorando, tapándose la cara con las manos, y aunque él, tío Pedro, se había acercado para consolarle, el Ángel le dijo que no podía, porque se había roto el eje del mundo y no podía arreglarse.

—¡Con lo bonita que era la esfera aquella que era la tierra entera y se la podía hacer girar con un dedo! ¿Os acordáis?

Nosotros dijimos que sí, pero que no habíamos visto nunca un Ángel llorando junto a ella.

—Tampoco habéis visto lo enrojecida de sangre que está esa esfera en algunas partes. Ni Dios quiera que la veáis nunca, y no podáis ver partido el eje del mundo, ni al Ángel desconsolado» (p. 12).

En compañía de ese Ángel desconsolado cuenta a los chicos su inmensa tristeza por los infiernos que ha visto. Da escalofríos la descripción que hace del sarcasmo de los demonios de la historia:

«Y volvió a decirnos lo de las risas espantosas de demonios sarcásticos que estaban hambrientos de sangre y de cadáveres, y en las frescas mañanas del verano o en las heladas del invierno, con el canto mañanero de la alondra o entre los cristales de la escarcha o de la nieve, se dedicaban a levantar de la cama, u ocultos en desvanes o cuevas y en habitaciones dobles como emparedados, en colgadizos y en casas o cabañas abandonadas, en el fango mismo de las zanjás, a Pieros y a Francescas y a mil hombres y mujeres más, por todas las tierras de España, que era la tierra de todos contra todos, para fusilarlos en medio de bromas y obscenas carcajadas, y empujones llenos de odio mientras se anunciaba por saliente el día de su muerte» (pp. 76-77).

Así se entiende que la cruzada consiste en la lucha contra esos demonios que se ríen del amor y pisotean la belleza. Es una cruzada necesaria en cualquier tiempo porque, como el tío advierte a sus sobrinos, no hay más remedio que mantener esta vigilancia para no ser connivente con el mal. De otro modo, uno se hace parte de este infierno. Así se lo dice a sus sobrinos cuando le preguntan: «Siempre hay que estar en alguna cruzada, como ya lo comprobaréis; y de esto sí que no os podrá librar nadie» (p. 94).

La cruzada exige ciertas renunciás. En la concepción de Lodares, la cruzada, en este caso sinónimo de la vida, es de un valor alejado de todo comercio. O lo que es lo mismo, la vida y la muerte no pueden ser objeto de compra-venta, como Pedro testimonia haber aprendido con su maestros de Oleza, cuando era niño: «Tienen que comprender ustedes que un comerciante no puede ser Cruzado, ni un Cruzado comerciante» (p. 95), le dice uno de sus maestros del Colegio francés. Y pone el ejemplo negativo de la avaricia

veneciana, que hizo comercio con lo sagrado: «Los que ganan siempre son los comerciantes venecianos, que hasta para llevar el cuerpo de San Marcos a Venecia no lo hicieron a derechas, llevándolo en procesión a ojos vistas y al son de las trompetas, sino que lo metieron en un barril con carne de cerdo en conserva para que los turcos ni lo tocaran» (p. 95).

Además, ser cruzado significa un modo de vida. El tío Pedro lo formula en términos históricos, siguiendo el modelo del caballero que sale de la propia tierra, con la tarea arriesgada de llegar a Jerusalén y con la incertidumbre del regreso. Al mismo tiempo muestra cómo este sigue siendo un modo de vida del que se puede aprender en el presente:

«Los hijos, sobrinos y nietos de un Cruzado, antes de los quince o dieciséis años que tienen éstos más o menos, ya se despedían de la infancia y se les armaba caballeros, y sabían que, en cualquier momento, debían ir a Jerusalén; y andando, y cargados con su armadura y el peso de los amores que dejaban en casa, y con las dudas de si volverían, o morirían o serían hechos esclavos, y las certezas de que, si volvían, serían extraños para los suyos y para el mundo entero» (p. 98).

Si la mayoría de los cruzados no volvían a casa, el retorno de este *nuevo cruzado* siente la extrañeza del mundo que dejó, pero el sentido del retorno de Pedro va más allá. Creo adivinar que a Lodares se le concede un plus que anuncia una nueva misión. ¿Son, quizá, las conversaciones con sus sobrinos el contenido de la nueva vida que se le da? Además está la vida escrita de lo visto y lo oído, que el lector sólo puede adivinar tras la noticia que se le da de la existencia de un Diario de Pedro Lodares, al que no tenemos acceso. Así se describe: «*Diario de Cruzada*. Y el cuaderno tenía muchas páginas escritas, y el nombre de muchas personas que a lo mejor habían ido con él a aquella Cruzada o a otras, y luego otros papeles como cartas, o *Cuentas y planos de la Cruzada Antigua*» (p. 93).

Pedro Lodares vuelve para morir, y los días de melancolías que se le conceden son ocasión para contar. Así, duda sobre el vestido que debe cubrirle después de la muerte, ya que puede consistir en el propio de cualquiera de sus batallas o cruzadas: «En aquel armario tenían donde elegir para amortajarle, cuando se muriese» (p. 98). Cada uno de los vestidos representa parte de su vida o *cruzada*. Puede ser enterrado con el hábito de San Francisco, como con el que se había enterrado a Cervantes, porque con la escritura y peripecias del alcaíno se ha identificado; puede ser vestido de miliciano, pues había servido como médico en el frente; puede ser como alférez provisional, pues con ese uniforme había viajado a Rusia; o con «la bata blanca de un médico sin plaza pero con colas de enfermos», porque para eso estudió medicina y cuidó de los enfermos; «o disfrazado de Hamlet como cuando estaba en el colegio, con calavera de plata y todo», porque con Shakespeare pudo reflexionar sobre la brevedad de la vida y la exigencia de que ésta tenga sentido; «o de payaso incluso, que ya sabían que los payasos eran siempre portadores de misericordia», porque en la tradición los payasos hacen reír y devuelven la alegría al mundo. Todos estos hábitos han cubierto su vida, sus pensares y sentires, pero el que ha marcado su personalidad de modo inconfundible e indestructible es la cruz roja

a la que se ha abrazado: «Pero acordaos, antes que de otra cosa cualquiera, de los Cruzados y sobre todo de la cruz roja del Temple, que hay que llevar siempre, vivo o muerto» (p. 98).

Es realmente singular esta cruzada del tío Pedro, que exige no perder la inocencia de la infancia y que debe afrontar el mayor peligro de todos: el contagio de la lepra de las leyes del mundo. Así, cuando la madre de los chicos intenta acallar la voz de su hermano («Pero son unos niños inocentes todavía estos hijos míos —decía mamá»), Pedro contesta: «—Pues rezad vosotras para que lo sigan siendo cuando vuelvan de la Cruzada de contra el mundo entero, que es la más peligrosa de todas, porque contagia su lepra y contra esta lepra no hay lazaretos que valgan» (p. 99).

La cruzada de Pedro Lodares no soslaya ni los riesgos y pruebas del camino, ni la decisión personal: en la batalla aparece siempre el drama de la libertad. De ahí la advertencia de que se corre el peligro siempre de pervertir el sentido de la cruzada, como se puede aprender de la historia. Puede haber cruzados verdaderos que liberaban a los esclavos y cruzados pervertidos que «se sacaban los ojos entre ellos mismos por los dineros, las mujeres y los imperios, los que, como eran poderosos señores, tenían dineros para comprarlos [a los esclavos]; y hasta para matarlos luego por diversión, los compraban. Y a seguido se calló y también nos callamos nosotros, que nos habíamos puesto muy tristes» (p. 101).

A veces la cruzada del tío Pedro aparece como una visión teñida de nostalgia y, al mismo tiempo, de anhelo y esperanza de lo que puede ser el final de los tiempos, es decir, el ofrecimiento y recogida de todos los pensamientos que han importado a los hombres:

«Luego decía que nos imaginásemos un campo inmenso como la tierra llana de Castilla y con los surcos nevados en su lomo y no en su valle, porque eso era lo que parecerían siempre las filas de un ejército de Cruzados, por el blancor de sus capas, y las cruces rojas como si fuesen amapolas entre nieve, y, por su brillo, lunas las espadas, los cascos, y los petos. Y que también la sangre era roja, pero toda ella se ofrecía la víspera a Nuestra Señora, rodeada de candelas ardiendo, y ella en su seno la recogía y la guardaba con los pensamientos más queridos de los que morían» (p. 102).

Los chicos no le dejan quedarse en el pasado, ni en la historia. Con sus preguntas fuerzan al tío Pedro a confesar la razón última de su lucha:

«—Sí, pero ¿entonces? Entonces ¿para qué se hacían Cruzadas?

—Para rescatar la cruz verdadera aunque fuera bajo tierra, como ya sabéis.

—¿Y ahora?— se atrevió a añadir mi hermana Lisa.

—Pues igual...» (p. 103).

En esta respuesta sobre la actualidad de la cruzada está una de las claves de la novela. Para el protagonista, el desafío hodierno es el mismo que antaño: sacar la cruz de debajo de la tierra. No para exhibirla, sino para descubrir el precio del dolor de los hombres y la historia: la muerte de un hombre en la cruz. Sin este descubrimiento se pierde el sentido de un cosmos que palpita concorde y en el que se suceden armónicamente las estaciones con sus colores, bellezas y quehaceres: «Es que ya no es mi tiempo —decía—. ¿Acaso

en agosto hay ahora haces de oro en las eras, y en febrero hojuelas?» (p. 11). Sin la posibilidad de esa referencia oculta en las entrañas de la tierra, el camino es inseguro y confuso y el destino desaparece del horizonte: «¿Se oye acaso ahora el Ángelus de la mañana, del mediodía y del atardecer, que nos recordaba que el mundo y nosotros íbamos a algún sitio, y podíamos pisar fuerte en el camino?» (p. 11).

La melancolía de Pedro Lodares es por un mundo que, siendo tan hermoso, hace llorar al Ángel de la Historia porque se ha llenado de sangre. La cuestión está en si conociendo este mundo y habiendo visto su esfera ensangrentada, se puede aspirar a «esperar los imposibles» (p. 171).

Como hemos visto más arriba, Pedro Lodares, antes de su triste despedida, quiere también dejar testimonio de lo que de hermoso hay en él. Por eso, a la pregunta de Lisa que inquiera sobre las cosas del mundo que le gustan, el tío responde:

«¿Cómo no nos iban a gustar? Pero esas cosas hermosas del mundo no son el mundo. El mundo que no nos gusta es otro asunto. No son las garzas que vemos algunos días volar sobre la laguna y luego zambullirse en el agua fría de las mañanas, al amanecer; o los galgos cuando se estiran o corren, y parecen pintados en el aire. ¿Os acordáis?» (p. 52).

Junto a las garzas y los galgos, se van sucediendo otras historias que llevan en su entraña la alegría y la esperanza. Las esperanzas de la llegada de un tren o las sacas de cartas que viajan por el mundo (p. 82); las alegrías de los pasteles abisinios (p. 109), las auroras boreales (pp. 112-114), los balnearios (pp. 119-139), las representaciones teatrales (p. 83) o los viajes de los titiriteros (pp. 15 y ss).

Tanto o más hermosura procuran las *cruzadas* literarias: las de un ingenioso hidalgo convertido en Quijote (p. 169), las desventuras de un Romeo y Julieta (pp. 161 y ss), la sabiduría de un Hamlet (p. 98), los caminos de un correo del Zar (pp. 131-132), las frías noches de San Petersburgo (pp. 131-132), o la presencia de una niña, frágil y delicada como la esperanza de Péguy, que acompaña la estancia en prisión de Lodares (p. 71). Y esas lecturas que el tío Pedro lleva a cuestas hacen que los chicos las puedan revivir. Así, la mesa camilla se hace metáfora de un paraíso en el que las historias no terminarán nunca:

«Y por esos días, ya un poco frescos al atardecer, cuando ya se encendía la fogata en la cocina y la noche caía pronto, y las grullas pasaban algunas noches chillando o hablando de sus cosas y las oíamos desde la piedra del hogar, al pasar muy cerca de la chimenea, fue cuando tío Pedro, y también mamá y tía Lisa y mi hermana Lisa y yo nos sentábamos allí a una mesa camilla de nogal, como para la eternidad entera según decía mamá, en la que estaríamos en el cielo en torno a otra mesa camilla indeciblemente enorme, pero muy casera y calentita como ésta» (p. 93).

De nuevo, las palabras dichas y escuchadas, recreadas y revividas, sufridas y gozadas en compañía amable y familiar, vibran concordes con la hermosura del mundo.

Y ahora sí descubrimos el sentido de este nuevo cruzado. Pedro Lodares está marcado. Lleva la marca roja de la cruz en su pecho. De todo se le ha despojado y solamente el

rojo de la cruz no ha perdido el color, su herida no se ha desvaído. Es un personaje marcado porque ha luchado con el ángel, como Jacob, y ha quedado herido en el nervio ciático, por eso cojea. La cojera es marca de la lucha que mantuvo con el ángel, Dios mismo, y consecuencia de esa cruz que lleva oculta en el zapato:

«Una noche de aquéllas iba a pasarse al otro lado cojeando hasta que llegase a la raya, y quizás pudiese entonces quitarse el crucifijo del zapato, y se lo pondría al cuello, como cuando era niño, o lo llevaría en el bolsillo. Porque él era un Cruzado privado, por sí y ante sí y contra todos, y estaba en el cruce de caminos de vuelta de todas las Cruzadas, cuando ya las cruces no son nada para los que las vocearon tanto» (p. 147).

Es un cruzado oculto que conoce las historias de esa «triste y espaciosa España» (p. 148) y las terribles aventuras y batallas sangrientas del mundo y por eso no alardea de un amor del que no puede despojarse: «Pero él era un Cruzado verdadero que había tenido que pisar la cruz sin quererlo, y para que nadie se la apropiase, y tenía que llegar a Jerusalén puro y limpio de pensamientos y deseos de odio o de desprecio» (p. 147).

Pedro Lodaes sabe que su destino, como el de los viejos cruzados, es Jerusalén. Como también sabe que sus odios y desprecios han empezado a caer a través del relato de sus historias a Lisa y a su hermano. A través de las palabras dichas se ha transmitido la razón del vivir humano: descubrir la cruz que soporta el mal del mundo.

Guadalupe Arbona Abascal
Verano de 2013

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
«LITERATURA»
DE EDICIONES ENCUENTRO

Directora

Guadalupe Arbona Abascal
*Profesora de Literatura Española,
Universidad Complutense de Madrid*

Consejo Editorial

María Dolores de Asís Garrote
*Catedrática de Literatura Universal,
Universidad Complutense de Madrid y San Pablo CEU*

María del Carmen Bobes Naves
*Catedrática de Teoría de la Literatura,
Universidad de Oviedo*

Sergio Cristaldi
*Professore di Letteratura Italiana,
Università di Catania*

Henry (Hank) T. Edmondson III,
*Professor of Liberal Arts and Sciences
Georgia College & State University*

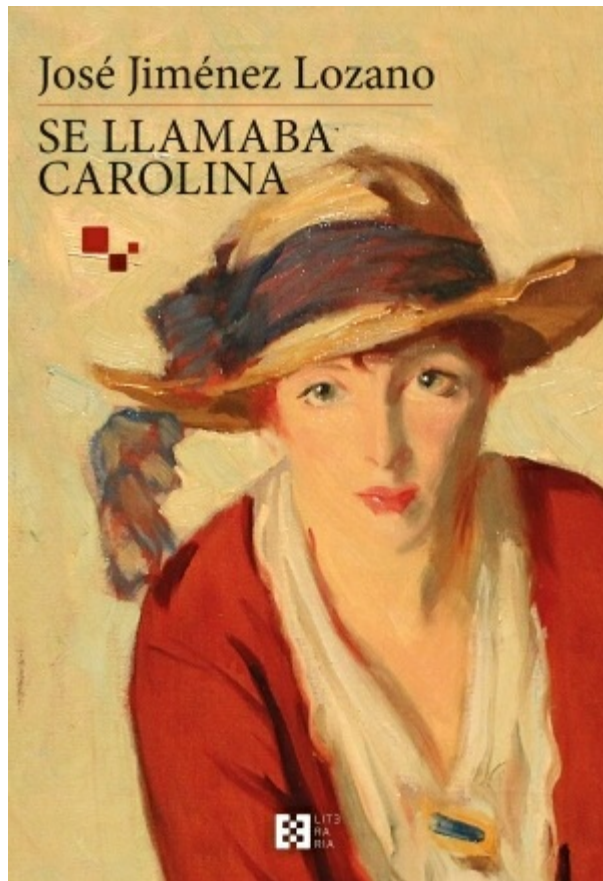
José Jiménez Lozano,
escritor

Jon Juaristi
*Catedrático de Literatura Española,
Universidad de Alcalá de Henares*

José Antonio Millán-Alba
*Catedrático de Literatura Francesa,
Universidad Complutense de Madrid*

Álvaro de la Rica Aranguren
Profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada





Se llamaba Carolina

Lozano, José Jiménez

9788490558058

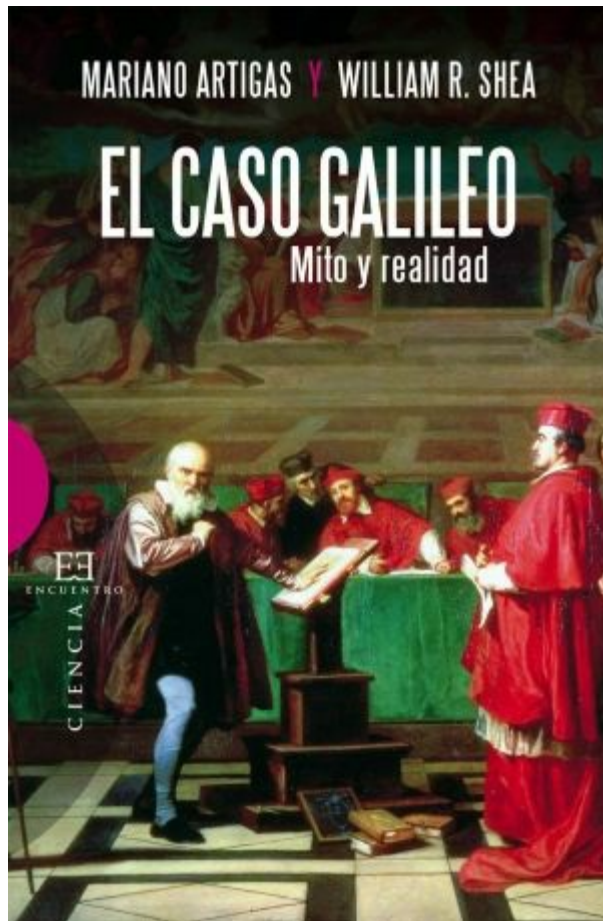
240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta novela es la evocación de la representación del «Hamlet» shakespeariano por artistas ambulantes y gentes de un pueblo de la meseta en la inmediata postguerra; y la evocación, por parte del narrador, de la figura de una de sus maestras, Carolina Donat, «una señorita maestra que iba a ser actriz y ha hecho de Ofelia en el teatro, y tiene además un Arlequín». Tiempos, vidas y teatro --un teatro que ya muchos piensan condenado por el cine-- se entrecruzan de forma magistral a lo largo de sus páginas.

Como señala en el prefacio la profesora Carmen Bobes, «el encanto de Se llamaba Carolina es el que tienen otros textos de su autor, como Ronda de noche o Agua de noria, donde la espontaneidad es la norma, a pesar de que los motivos y la historia puedan ser terribles».

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El caso Galileo

Mayayo, Mariano Artigas

9788499206790

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Probablemente ningún juicio y veredicto ha suscitado tantas interpretaciones y controversias como el de Galileo Galilei. Historiadores, filósofos, novelistas, dramaturgos, periodistas religiosos y científicos se han aproximado a él acentuando un aspecto de la historia, pero a menudo olvidando (u ocultando) otros. A pesar de ello, el caso Galileo se ha convertido en un auténtico mito en la conciencia colectiva, pero el desconocimiento de lo que realmente ocurrió es alarmante. Este libro, escrito por dos de los mayores especialistas en Galileo, trata de aclarar el proceso en el convencimiento de que la verdad es más satisfactoria y provocadora que la propaganda.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Antonio Martín Puerta

ORTEGA Y UNAMUNO EN LA ESPAÑA DE FRANCO

EL DEBATE INTELECTUAL
DURANTE LOS AÑOS
CUARENTA Y CINCUENTA



Ortega y Unamuno en la España de Franco

Puerta, Antonio Martín

9788499206806

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

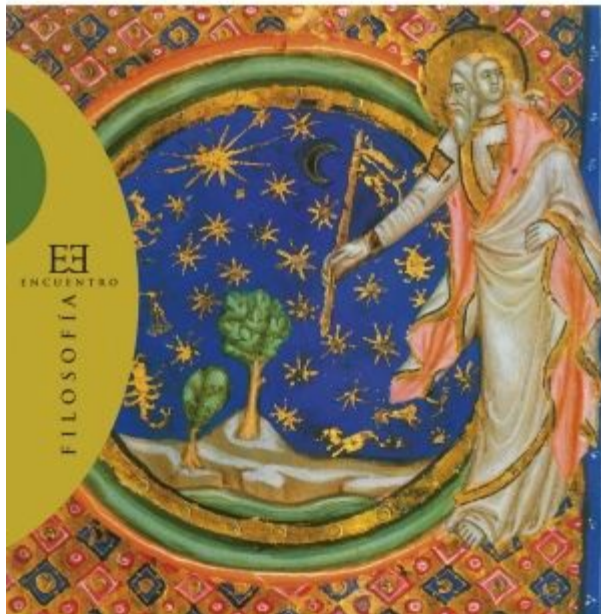
Durante la primera parte del régimen de Franco se desarrolló una fuerte polémica acerca de la apertura cultural, cuestión que fundamentalmente giraba en torno a José Ortega y Gasset y a Miguel de Unamuno. Dos obras de este último acabarían en el Índice de Libros Prohibidos en 1957. La España de la época era un estado confesional, y así una controversia que se inició en ámbitos eclesiásticos concluyó adquiriendo carácter político. Notables personalidades del mundo de la cultura como Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Rafael Calvo Serer, Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Gonzalo Fernández de la Mora, José Luis Aranguren o el Padre Ramírez protagonizaron una polémica en la que también intervinieron obispos y miembros de órdenes religiosas (dominicos, jesuitas y agustinos), socios de grupos religiosos (Opus Dei y Asociación Católica Nacional de Propagandistas), e incluso señalados miembros de la política oficial del momento, como Joaquín Ruiz-Giménez y Manuel Fraga. El libro de Antonio Martín Puerta aporta datos nada conocidos y desvela las fuertes tensiones que una polémica intelectual sobre dos personalidades tan relevantes de la cultura española generó a todos los niveles durante casi veinte años.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RÉMI BRAGUE

LA SABIDURÍA DEL MUNDO

HISTORIA DE LA EXPERIENCIA HUMANA DEL UNIVERSO



La sabiduría del mundo

Brague, Rémi

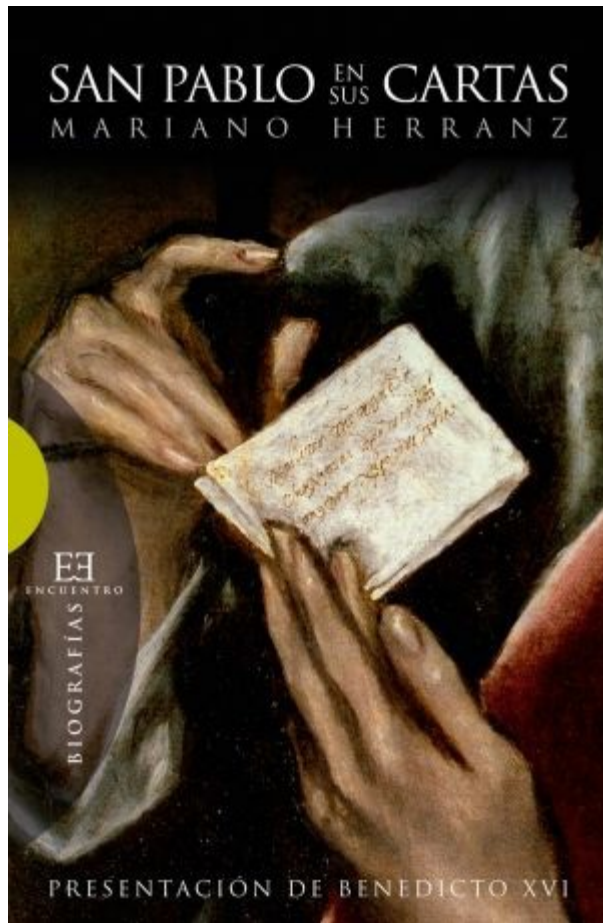
9788499207070

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La sabiduría del mundo. Historia de la experiencia humana del universo, a pesar del poco tiempo transcurrido desde su publicación original en 1999, ha sido traducido a 5 idiomas. Su intención es ambiciosa: desarrollar la historia filosófica de la representación de la noción del mundo. ¿Cómo imaginar nuestra existencia de hombres, nuestra búsqueda del bien, nuestra presencia en el mundo? Para explorar estas cuestiones, Rémi Brague propone navegar por la historia del pensamiento. Su libro nos restituye a la relación que une el hombre con el universo: indaga los orígenes antiguos y las fuentes bíblicas, recorre las inflexiones medievales y describe el naufragio de la época moderna. Durante dos mil años el hombre se ha visto a sí mismo como un mundo en pequeño: orientado hacia el cielo, hecho para contemplarlo. Ha creído que la sabiduría que buscaba estaba conectada con la que ya gobernaba el universo. El orden y la belleza del mundo eran el modelo que marcaba el bien. Pero esta imagen antigua que sobrevivió durante la Edad Media, se iba a difuminar en el alba de la modernidad. Ha dejado su lugar a "visiones del mundo" donde fragmentos de la concepción antigua se mezclan con nuevos modelos, y el cosmos ha dejado de ser el preceptor del hombre. La sabiduría del mundo se nos ha vuelto invisible. Hoy debemos volver a pensarla de nuevo. Brague va trazando el panorama grandioso de las respuestas antiguas a la cuestión filosófica por excelencia: ¿cómo alcanzar la sabiduría? Su tesis es que todas las respuestas se conciben en relación a una idea que se nos ha vuelto lejana: la idea de cosmos, es decir, de un orden inmutable del universo. Llegar a ser sabio no significa otra cosa, para los antiguos, que observar ese orden e imitar esa sabiduría que es la del mismo mundo. La sabiduría del mundo es el primer título de una ambiciosa trilogía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



San Pablo en sus cartas

Marco, Mariano Herranz

9788499207544

360 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Precedido por las recientes catequesis de Benedicto XVI sobre san Pablo, el presente volumen nos ofrece una excelente introducción al estudio científico de la personalidad del Apóstol, tomando inspiración en las cartas que afortunadamente nos dejó. En sus páginas respiramos y vivimos el espíritu y la realidad concreta de la vida de san Pablo, y nos proporcionan momentos de verdadero descanso. El autor, uno de los mejores biblistas españoles, presenta así una obra de divulgación pensada para un amplio círculo de lectores, pero con la profundidad propia del complejo mundo de la exégesis bíblica. De su lectura se podrán beneficiar tanto los predicadores o catequistas como cualquier cristiano que quiera dejarse tocar por la persona de Pablo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

I Historias de tío pedro	6
II El paso de frontera	15
III Oleza	26
IV El colegio de los treinta siglos	40
V El hambre y la lepra	52
VI Los balnearios	59
VII La lucha con el ángel	69
VIII Éste no es un siglo	74
Posfacio Las historias del tío Pedro	85